

Capítulo V

DE LOS CALAMITOSOS AÑOS DE LA GUERRA A LA PROSPERIDAD DE LOS AÑOS VEINTE

La primera guerra mundial (1914-1918) puso fin a la situación de ocultamiento público de los religiosos en Francia, con su reato de problemas laborales, económicos y de captación vocacional. La guerra posee una doble faceta: por un lado, tuvo un inmediato efecto negativo sobre la vida de los marianistas en la Europa central. Más allá de la militarización de unos 340 religiosos y de los 54 caídos en los campos de batalla, la guerra frenó la lenta recuperación demográfica de las provincias marianistas de Francia, cuya personalidad legal había sido suprimida en 1903 por la Tercera República. Pero, por otro lado, la guerra tuvo un efecto positivo, porque a consecuencia de la «Unión sagrada» de todas las fuerzas políticas y sociales, eclesiásticos incluidos, para la defensa de Francia contra el imperio prusiano, y la consiguiente contribución en sangre de los clérigos en el campo de batalla, permitió que tras la victoria militar los gobernantes republicanos abandonaron la actitud beligerante contra la Iglesia, tolerando el regreso de los religiosos. A partir de este momento la Compañía de María conocerá un constante incremento numérico, que no parará hasta los inmediatos años del concilio Vaticano II.

Lo mismo sucederá con el número y el prestigio de las obras docentes marianistas. Los religiosos pueden abrir sus colegios en Francia, pero, sobre todo, se beneficiarán de la gran demanda social de enseñanza media y de la implantación legal que hacen todos los Estados de las corrientes pedagógicas de la escuela nueva en la década de los años veinte. En estas circunstancias la Compañía de María disfrutará de un auge material en hombres y en obras, afectado por la gran crisis económica de 1929, por la implantación de regímenes anticlericales en España (1931) y en Austria-Alemania (1933) y por el nuevo desastre de la segunda guerra mundial (1939-1945). Pero la inmensa deuda económica que se generó por causa de la compra de terrenos y construcción o ampliación de inmuebles escolares y de formación, no supuso un peligro para la estabilidad de la institución, que gozaba ante sus acreedores del crédito que le daba tener sus obras repletas de alumnos y en creciente demanda de plazas escolares.

Justamente al comenzar este proceso de expansión, el código de derecho canónico, publicado en 1917, ayudó a organizar la vida interna de las congregaciones, ahora reconocidas como verdadera vida religiosa. El código permitió a los institutos religiosos dar estabilidad administrativa a sus estructuras de gobierno y de formación, y disciplinar las prácticas religiosas. De esta forma, los capítulos generales y la Administración general dieron a la Compañía de María una organización de gobierno consistente, elevaron el nivel académico de los religiosos en formación y la capacitación profesional de los religiosos docentes, insistiendo en el valor sobrenatural de los votos simples, reconocidos como verdadera vida religiosa en el nuevo código de 1917. Si el Buen Padre Sorret (1922-1933) se orientó más a infundir entre los religiosos la estima por la consagración religiosa, su sucesor, el Buen Padre Kieffer (1934-1940), afamado pedagogo, pudo centrar sus fuerzas en la elevación profesional del religioso docente.

1. Funestas consecuencias de la primera guerra mundial

El camino de la guerra de 1914 vino preparándose a través de una sucesión de crisis diplomáticas entre las potencias industriales y coloniales europeas. La rivalidad política y militar daba lugar a constantes crisis entre las cancillerías europeas. El último eslabón de esta cadena fue la fatalidad de la guerra de 1914. La tensión internacional había saltado en otras ocasiones en la zona de los Balcanes (asesinato del rey Alejandro de Servia en 1903); en la crisis franco-alemana de 1905, a raíz de las declaraciones del emperador Guillermo II en Tánger, con ocasión del reparto colonial de África; en las crisis austro-rusa como consecuencia de la ocupación de Bosnia y Herzegovina por Austria en 1908; en la crisis de Agadir del año 1911, y de nuevo en los Balcanes con la guerra de los años 1912 y 1913. Finalmente, la crisis de julio de 1914 desató los ánimos belicistas y desencadenó la guerra misma, en modo tal que en el plano de las relaciones internacionales el pontificado de Pío X coincide con la llamada «época de las crisis»¹.

a) *Los católicos y la Santa Sede ante la guerra*

La guerra tuvo su origen a raíz del asesinato en Sarajevo el 28 de junio de 1914 del archiduque Francisco Fernando de Austria y su mujer, herederos de la corona del imperio austro-húngaro. El 23 de julio Austria envió a Belgrado un ultimátum. De nada sirvieron las mediaciones diplomáticas de las potencias europeas, pues el 27 de julio Austria declara la guerra a Servia. A partir de este momento se pone en marcha el juego de alianzas político-militares, sin que los esfuerzos de Alemania pudieran circunscribir el conflicto a la zona de los Balcanes. Los acontecimientos desbordaron a los hombres, desatando de nuevo sobre Europa el azote de la guerra. El 1 de agosto de 1914 Rusia invadió Prusia oriental sin previa declaración de guerra. Los acontecimientos se precipitan y Europa se divide en dos bloques beligerantes: los imperios centrales de Austria y Alemania contra la alianza de Inglaterra, Francia y Rusia. Sin la habitual salida diplomática, las potencias europeas se vieron precipitadas en el abismo de la guerra más destructiva de cuantas se habían conocido hasta entonces en la historia, debido al desarrollo técnico del armamento y la movilización obligatoria y masiva de la población civil masculina, pero también porque por primera vez el teatro de operaciones alcanza a la población civil. En medio de un nacionalismo y un belicismo exacerbados, raras son las voces contrarias a la guerra, incluso dentro de la Iglesia. En expresión de Aubert, «la reacción de los círculos católicos nos parece hoy muy decepcionante». La resignación y hasta el franco consentimiento cada vez más frecuente tanto en los círculos eclesiásticos como de los fieles con la glorificación del sentimiento patriótico, explican el ardor con el que los católicos de ambos bandos apoyaron masivamente la lucha.

En todos los países, los católicos se alistaron en los ejércitos nacionales para demostrar a sus compatriotas que también ellos eran ciudadanos interesados en el destino de su país. En la Alemania unificada bajo la política prusiana de impronta luterana, muchos católicos competían con los protestantes y eran cada vez más sensibles a todo lo que se refería a la «grandeza nacional». Aunque las asociaciones católicas no vivieran los excesos del movimiento pangermanista, se habían ido integrando en el nuevo Estado nacional, participando de los valores y sentimientos de la política

¹ R. AUBERT, «El estallido de la primera guerra mundial», en H. JEDIN, *o. c.*, T. VIII, pp. 718-726. Sobre los orígenes de la guerra, J. M. SALAVERRI, *Santiago Gapp. Pasión por la verdad frente al nazismo*. Madrid, SM, 1996, pp. 20-24.

nacional. En Austria, si bien los intelectuales católicos se mantenían alejados del patriotismo, en cambio el nacionalismo era muy activo en el seno del partido social cristiano, mientras que los círculos eclesiásticos ponían su influencia moral al servicio de la dinastía y a la conservación del antiguo imperio, que se veía socavado por las exigencias de las minorías eslavas de confesión ortodoxa. En Italia, las diferencias entre las autoridades eclesiásticas y la monarquía unitaria –que había puesto a los católicos fuera de la vida política– frenaba las manifestaciones públicas de patriotismo en la gente católica; patriotismo que comenzó su auge a partir de las primeras experiencias coloniales en Libia y que la *Civiltà cattolica* llegó a presentar como una cruzada contra el Islam. En realidad, los católicos querían demostrar a sus conciudadanos que en punto a sentimiento nacional no dejaban nada que desear.

Francia era el país donde mayor ardor patriótico habían de demostrar los católicos ante los gobernantes republicanos. En efecto, la mayor parte del clero y los grandes periódicos católicos subrayaban la estrecha alianza entre los sentimientos religioso y patriótico. La actitud no era nueva, pues desde los tiempos del caso Dreyfus los católicos franceses metían en el mismo saco a los «enemigos del ejército», los «amigos de Alemania» y «los destructores del catolicismo». Con ocasión de la beatificación de Juana de Arco en abril de 1909, Francia vivió un paroxismo de sentimiento nacionalista, del que no escaparon los demócrata cristianos ni los «sillonistas», en modo tal que la Liga de católicos franceses por la paz solo pudo reunir a 700 afiliados y, de igual manera, la Liga internacional de pacifistas católicos hubo de poner su sede en Bruselas, porque solamente cuatro obispos franceses le manifestaron su apoyo. La reserva de muchos católicos hacia los movimientos pacifistas se debía al hecho de que en los años 1900 los organizadores de las manifestaciones antimilitaristas eran casi siempre socialistas, anarquistas o francmasones, es decir, los enemigos de la Iglesia.

Finalmente, la posición pacifista tampoco estaba claramente expresada por la Santa Sede, pues, si bien Pío X había condenado reiteradamente el recurso a las armas como medio para resolver los conflictos entre las naciones y había reclamado el procedimiento del arbitraje, no obstante no adoptó una postura enérgica contra la tendencia de los católicos europeos a dejarse arrastrar por la pasión nacionalista. Se discute sobre los sentimientos y juicios de Pío X en torno a los beligerantes. Parece ser que ante el espantoso crimen de Sarajevo el papa y su secretario de Estado, Merry del Val, aprobaban el riguroso proceder de Austria contra Serbia, si bien tampoco deseaban que Austria recurriera a las armas. Una vez iniciado el conflicto, Pío X reprochaba a Rusia haber desencadenado las hostilidades. En todo caso, en las semanas previas a la guerra había en el Vaticano un clima favorable a Austria-Hungría, sin poder afirmar una dependencia del Vaticano respecto a Austria, pues el 24 de junio de 1914 se firmaba un concordato con Serbia a pesar de la oposición de la diplomacia austriaca. Pero Pío X tenía la más alta estima por el emperador Francisco José, modelo de emperador católico, que mostraba públicamente sus sentimientos de fe y su defensa de la Iglesia, máxime que, desde la ruptura de relaciones diplomáticas con Francia, Austria era el único gran Estado católico que quedaba en Europa. Más aún, Austria constituía una doble barrera contra el protestantismo alemán y contra el eslavismo ortodoxo de Rusia, adversario número uno del catolicismo en el próximo Oriente.

En Francia se reprochaban las simpatías del papa hacia Alemania. Era un hecho que durante su pontificado se reforzó la influencia alemana en el Vaticano, consecuencia normal de la ruptura de las relaciones diplomáticas decidida por el gobierno francés. Ahora bien, si el papa no alzó la voz para condenar la guerra y se limitó a llamar a los pueblos a la oración en la exhortación más bien desvaída *Dum*

Europa fere, de 2 de agosto, es porque se hacía cargo de que la posición de la Santa Sede, debilitada en el plano de la diplomacia, no le permitía tomar iniciativa alguna ante las cancillerías europeas. Pío X, enfermo y con 80 años cumplidos, murió casi repentinamente en la noche del 19 al 20 de agosto, dejando a su sucesor el quehacer de abordar los nuevos y graves problemas que planteaba a la Iglesia la guerra que acababa de comenzar.

b) La Compañía de María durante la guerra mundial

Al igual que sus compatriotas, los jóvenes marianistas de Francia, Austria, Alemania, Bélgica, Italia y Japón fueron militarizados; no fue así para los religiosos de Estados Unidos, España y Suiza. Pero en los países europeos también los religiosos de la retaguardia padecieron los sufrimientos de la población civil.

Por primera vez los soldados son ciudadanos separados de su profesión y de su familia y, por millones, participan realmente en la guerra; en una guerra particularmente mortífera, larga y penosa, en la que se encuentran soldados de todas las clases sociales y todos los credos, para compartir una experiencia común que nadie había imaginado, pues nunca los hombres habían tenido que soportar tan duras circunstancias como los combatientes de esta guerra, inmovilizados en trincheras anegadas de barro, mal abastecidos bajo el frío y la lluvia, y martilleados por la artillería, la aviación y las armas de repetición². Las bajas se cuentan por miles; solo a finales de 1915 el ejército inglés había perdido 273.000 hombres y 12.000 oficiales (un tercio de sus efectivos); el francés reconocía 590.000 muertos, de los que 16.000 eran oficiales; y el alemán 628.000 caídos, incluyendo 20.000 oficiales. En el frente occidental fueron puestos fuera de combate más de 2.000.000 de combatientes en un año y en Rusia las pérdidas entre heridos, muertos y desaparecidos se calculan en 3.800.000 hombres solo durante los 2 primeros años de la guerra; y a partir de este momento el ejército ruso sufrió cada semestre la pérdida de 1.000.000 de muertos y heridos, más 500.000 prisioneros. En Austria no hubo ningún movimiento de opinión. La población soportó la guerra en silencio. En estas duras condiciones, el combatiente ha perdido todas sus ilusiones, aunque siga desplegando un enorme coraje. Pero su simpatía se reduce al grupo de sus compañeros de lucha y de los oficiales subalternos con los cuales comparte el peligro. El cansancio y el sentimiento de que tantos sufrimientos son inútiles, se apoderan de la moral de la tropa. Pero aquella convivencia ante la muerte acercó los corazones y desdibujó los odios ideológicos entre proletarios y burgueses, católicos y liberales.

También la retaguardia vive en difíciles condiciones. Los bombardeos aéreos alcanzan a la población civil; el bloqueo marítimo y el desabastecimiento hicieron subir los precios y bajar los salarios. Aunque la guerra no llegue a algunas zonas muy alejadas de los frentes, la población es víctima del hambre, pues los gobiernos se ven obligados a adoptar el racionamiento de alimentos y a hacer circular sucedáneos poco nutritivos. La falta de jabón y de antisépticos favorecen las epidemias. La desmoralización se extiende tanto al ejército como a la población. Para evitar su expansión, se restringen las libertades públicas y se censuran las manifestaciones contrarias a la guerra y a la patria. No obstante la «dictadura de guerra» practicada por todos los gobiernos, se va elevando un clamor de descontento entre la población y los soldados por tanta sangre vertida, libertades perdidas y riquezas destruidas. Crece la oposición a que la guerra prosiga, pues se la considera inútil e incapaz de proporcionar una victoria completa.

² M. CROUZET, «La época contemporánea. En busca de una nueva civilización», en M. CROUZET (dir.), *Historia general de las civilizaciones*, v. VII. Barcelona, Destino, 1967, pp. 21-33.

Las huelgas y motines se van extendiendo en todas las naciones entre los años 1917 y 1918. La revolución rusa encuentra un eco revolucionario entre los pueblos que se hallan al límite de su paciencia y de sus fuerzas; es para muchos un ejemplo a seguir, pues desean la paz a cualquier precio. Los obreros se amotan en Berlín, Leipzig, Dusseldorf, París, Saint-Etienne, Turín, Génova... por la acción de socialistas, sindicalistas, obreros, pacifistas y por la influencia de la encíclica de Benedicto XV, sobre todo de la nota del 1 de agosto de 1917, que calificó la guerra de «carnicería inútil». También en todos los ejércitos se conocen actos de indisciplina, motines y desertiones. Las tropas alemana y rusa llegan a confraternizar y los soldados turcos se niegan a entrar en combate y hasta se dejan hacer prisioneros.

Desde el comienzo de su pontificado, el papa Benedicto XV se opuso a la guerra. La misa pontifical de la coronación se desarrolló modestamente en el interior de la Capilla sixtina por voluntad expresa del pontífice, quien deseaba expresar mediante este recato el luto de la Iglesia por la sangre que se estaba derramando. Cada una de las partes en liza se consideraba como la buena y única que merecía el apoyo de la Santa Sede y exigía a su vez la condena moral del adversario. La resistencia de Benedicto XV a la instrumentalización de su persona le valió ser uno de los papas más incomprendidos y calumniados. Pero Benedicto XV perseguía un triple objetivo: frenar la extensión del conflicto para impedir la intervención de Italia y de Estados Unidos, preservar los intereses católicos y de las naciones que representaban dichos intereses y, finalmente, preparar para después de la guerra una sociedad de inspiración cristiana, provista de una paz duradera, universalmente aceptada y en la que la Santa Sede tuviese un papel aceptado por todos. Tristemente, no consiguió ninguno de sus fines.

Desde el inicio de su pontificado, en la encíclica programática *Ad beatissimi apostolorum principis*, de 1 de noviembre de 1914, Benedicto XV elevó su voz contra el

espectáculo más atroz y luctuoso que quizás ha registrado la historia de los tiempos. El tristísimo fantasma de la guerra domina por doquier (...). Poderosas y opulentas son las naciones que se pelean.

La encíclica tiene como principal finalidad hacer una invitación al cese de las hostilidades. A juicio del papa, las causas de esta guerra han sido la codicia de los bienes temporales provocada por el materialismo y el imperialismo nacionalista, el olvido de la caridad cristiana, el desprecio de la autoridad y la injusticia existente entre las clases sociales; en fin, la guerra era efecto monstruoso de la crisis moral de Europa, por lo que había que juzgarla como un desastre de orden espiritual. A cambio, Benedicto XV proponía establecer en el amplio campo de las relaciones humanas los principios de la sabiduría cristiana y la justicia, como base y requisito de toda reivindicación social, y la fe en la vida eterna como la verdadera felicidad del hombre. Nadie le escuchó. Todos creían tener a Dios de su parte y todos pensaban ganar la guerra³. En otras muchas manifestaciones se expuso públicamente Benedicto XV, condenando la guerra como tal, a la que define «suicidio colectivo de la civilización europea» (4 de marzo de 1916); denunciando la invasión de Bélgica y Holanda; promueve ayuda humanitaria a las víctimas de la guerra y, así, hasta llegar a la nota del 1 de agosto de 1917, enviada a los gobiernos en relaciones con la Santa Sede. En un tono de perfecta neutralidad hacia todos los beligerantes, el papa proponía a la comunidad internacional la reducción de armamentos, un tribunal de arbitraje

³ J. E. SCHENK, «Guerra mundial y Estados totalitarios», en A. FLICHE / V. MARTIN, *o. c.*, vol. XXVI (1), pp. 66-68.121.168-175.

internacional, la libertad de navegación marítima, condono recíproco de los daños y deudas de guerra y recíproca restitución de los territorios ocupados. La nota terminaba con las famosas palabras que calificaban la guerra de «carnicería inútil». La nota precipitó sobre el papa una tormenta de insultos de todos los periódicos de las naciones beligerantes y de sus gobiernos.

La guerra afectó a la Compañía de María, sobre todo en las personas de los religiosos militarizados y el funcionamiento de las obras escolares en los territorios cercanos a la línea del frente en Bélgica, norte de Francia y la casa de Pallanza, convertida en hospital militar. A lo largo de todo el conflicto llegó a haber en armas entre 220 y 230 religiosos (de ellos, 31 sacerdotes) en los ejércitos de Francia, Alemania, Austria, Italia y Japón⁴. Solo se libraron los religiosos de Estados Unidos, que no fueron militarizados, y de España y Suiza, países que permanecieron neutrales. En total, fueron militarizados 340 marianistas. La provincia de París tuvo 62 religiosos bajo las armas; Midi a 56; Austria-Alemania a 28 religiosos; en Japón hubo 12 religiosos militarizados (5 japoneses y otros 7 de origen francés reclamados por su país de origen); la provincia de España vio marchar a 2 hermanos franceses; Italia tuvo a 6 religiosos militarizados y otros 5 franceses reclamados por su país. La provincia de Franco Condado-Alsacia (compuesta por franceses, italianos y suizos), al comenzar el año 1915 tenía 72 religiosos movilizados (14 de ellos sacerdotes), distribuidos en 3 ejércitos: 57 en el ejército francés, 12 en el alemán y 1 en el italiano. En toda la guerra llegó a contar con 75 religiosos movilizados, de los que 16 murieron en combate o desaparecidos. Pero también los hubo en situación militar irregular, que no se presentaron a filas, sobre todo los religiosos alsacianos, de los que 30 no se incorporaron al ejército alemán y 2 se pasaron al francés; 24 alsacianos cambiaron de nombre para no ser alistados en el ejército del *Reich* y poder alistarse en Francia, y 3 religiosos franceses no se presentaron a filas. En toda la Compañía perecieron 54 religiosos (3 sacerdotes), bien sea caídos en el campo de batalla, desaparecidos o muertos en hospital debido a heridas de guerra y a las penalidades sufridas. Pero también fueron condecorados 61 religioso, 115 merecieron citaciones por su valor, otros 41 recibieron cruces de guerra y 6 la cruz de la Legión de honor⁵.

Particularmente condecorados fueron el padre José Coulon y don Julio Menuey, que llegaron a ser miembros de la Administración general⁶. Coulon fue movilizado el 3 de agosto de 1914, sirviendo en artillería con el grado de subteniente. Enviado al frente a petición propia, se distinguió por su valor y sangre fría; fue herido en cuatro ocasiones y citado en la orden de su regimiento de 3 de mayo de 1918; el 25 de diciembre de aquel año fue licenciado y pasó a la reserva. El 22 de abril de 1921 le fue propuesta la cruz de la Legión de honor y, finalmente, el 9 de marzo de 1922 le fue aceptada la dimisión del grado de subteniente, dando fin a su historial militar.

⁴ Hay un *Province de France. Personnel 1914-1919*, con los religiosos movilizados durante la guerra, en AGMAR, PR1. 45 bis.

⁵ Informe del Provincial de Franco Condado-Alsacia, P. Sorret, del 10-II-1915, en AGMAR, 051.3.2 y otro «F. C. A. MOBILISATION (1914-1915)», del 10-VII-1915, en AGMAR, 051.3.1. Otros datos en AGMAR, 051.3.3; 051.3.5 y 6; *Rapport triennal 1911-1919*, a la S. C. de religiosos, apartado «Guerra», en AGMAR, 9G2.2.13. Datos de las condecoraciones, recogidos en el *Libre d'or des religieux français (1914-1921)*, en un artículo titulado «La preuve du sang», en AGMAR, 051.3.14. Los soldados de Franco Condado-Alsacia recibieron 2 medallas militares, 5 cruces de la Legión de honor, 8 cruces de guerra, 19 citaciones de orden, 3 condecoraciones, 2 medallas de honor, 8 condecoraciones por heridas y 4 pensiones de invalidez. La provincia de París tuvo 10 religiosos condecorados con la cruz de guerra y 10 citaciones de orden. La provincia de Midi, 1 cruz de la Legión de honor.

⁶ Currículo militar del P. Coulon en AGMAR, RSM-Joseph Coulon, pp. 46-56. El de Menuey, en AGMAR, RSM-Menuey Jul-21, pp. 44-48.104-106.

En cuanto al señor Menuey, nacido en Oricourt (Alto Saona-Francia) en 1881 y profesado en el noviciado de Courtefontaine en 1898, fue militarizado el 2 de agosto de 1914, incorporándose al 171 regimiento de infantería de Belfort. Su hoja de servicio es impresionante: tomó parte en importantes batallas, entre ellas en Verdun y el Somme. Llegó a alcanzar el grado de subteniente y fue herido en tres ocasiones. Tras 42 meses en el frente y otros 6 hospitalizado, fue licenciado en marzo de 1919, reintegrándose a la vida de comunidad. Por sus acciones militares mereció 2 citaciones al orden y por ley de 15 de junio de 1920 el ministerio de la Guerra le otorgó la distinción de caballero de la Legión de honor. También estaba en posesión de la cruz de guerra y nunca renunció a su grado de oficial en la reserva.

En virtud del decreto *Inter reliquas*, de 1 de enero de 1911, la Sagrada Congregación de religiosos mandaba que los votos temporales de los religiosos llamados al servicio militar cesaban en el momento de la entrada efectiva en el Ejército. Es decir, durante el tiempo del servicio de armas no podían estar vinculados por los votos religiosos. Pero en el estado militar la persona continuaba siendo miembro de su instituto o congregación, puesto bajo la autoridad de sus superiores canónicos, los cuales estaban obligados a cuidar de la vida espiritual y necesidades materiales de estos religiosos (este decreto fue completado con posteriores declaraciones del 1 de febrero de 1912 y de 15 de julio de 1919). Para cumplir este compromiso, las diversas provincias marianistas o grupo de casas de un mismo país publicaron boletines de comunicación interna con los soldados: los marianistas franceses publicaron las *Nouvelles des amis*; en Friburgo la Administración general publicaba mensualmente *Notre chronique de famille*, donde se reproducían las cartas que los soldados enviaban a la Administración general en Nivelles; y los religiosos de Italia compusieron *La voce della famiglia*, que publicaba en Pallanza don Arquímedes Serrechia⁷.

Al terminar el curso a mediados de julio de 1914, los miembros de la Administración general se separaron, para estar presentes en los ejercicios espirituales anuales de los diversos grupos de religiosos en Europa. El padre Lebon partió el día 14 para estar en los retiros de la zona este; el día 17 salieron el Buen Padre y don Miguel Schleich para participar en los retiros del Midi y de España, y asistir a la clausura del congreso eucarístico de Lourdes. La vida marianista se desenvolvía dentro de su normalidad; el 2 de agosto eran ordenados 6 nuevos sacerdotes en Friburgo. Pero el 4 de agosto Alemania invade Bélgica y la guerra se generaliza⁸.

Los religiosos reunidos en el escolasticado de Rèves para cumplir los retiros de veintiún días de preparación a los votos perpetuos, se tienen que dispersar. Al estallar la contienda, el padre Hiss se hallaba de visita en España. Regresó inmediatamente a Nivelles, a donde llegó el 14 de agosto; al poco de llegar, ya se encontró incomunicado del resto de la Compañía de María. El 20 de agosto fallecía el papa Pío X. Mientras tanto, el gobierno francés había decretado la inmediata militarización de todos los varones en edad militar, incluidos los residentes en el extranjero. Estos estaban obligados a presentarse lo antes posible en el consulado más cercano. Así, fueron

⁷ Ejemplares de estas publicaciones en AGMAR, 051.3.17 a 19.

⁸ No existe una monografía marianista dedicada a este período. Solo la provincia de Italia ha publicado las fuentes de archivos de los dos religiosos italianos caídos en combate y la reedición de los números de *La voce della famiglia* (XII-1916 a XII-1918), por A. ALBANO, *Marianisti italiani e la prima guerra mondiale. 1915-1918*, en *Quaderni marianisti del Centenario*, n- 44/6. Roma, 1987. En la historia de la Compañía en Japón, Y. R. KITORA, *o. c.*, pp. 38-40, da noticia pormenorizada de la militarización de los religiosos franceses y japoneses. Hay una «Chronique de la Société de Marie pendant la guerre 1914-1919», en *L'Apôtre de Marie*, . 110 (15-X-1919), pp. 143-152; «Tableau des religieux victimes de la guerre (1914-1918)», anexo a la circular del P. HISS, *Le recours à saint Joseph et la situation présente* (11-IV-1919), pp. 6-7.

llamados a filas los religiosos marianistas franceses que la república había obligado a salir de su país y que, sin embargo, acudieron a la llamada con fervoroso patriotismo y con la voluntad de cumplir un sacrificio religioso a fin de recuperar para la Compañía de María la región de Alsacia, semillero de vocaciones marianistas, que desde 1874 estaba anexionada al imperio prusiano. Con el mismo sentimiento religioso se luchó para liberar las obras marianistas de Bélgica, ocupada por el ejército alemán. Así, religiosos franceses residentes en Bélgica, España, Suiza, Italia y Japón acudieron a la llamada de las armas.

Podemos poner el ejemplo del ya citado don Julio Menuey, que en carta del 3 de enero de 1915 a la Administración general comunicaba la muerte de su íntimo amigo, el joven marianista Juan Barbier, caído en combate el 6 de noviembre de 1914, a los 25 años de edad. Dice:

Ya ha caído en el campo de batalla una élite ¡Cuántas pérdidas!; ¡qué pena! Sin una fe total en el valor del sacrificio, ¿qué podríamos pensar ante este duelo y cómo aceptaríamos los dolores de estas separaciones, el aniquilamiento súbito de todas las energías de estas bellas almas, tan bien dispuestas y capaces de dar su plena medida para nuestra querida Compañía de María?

Igualmente, 12 marianistas franceses, destinados en las casas de Japón, el 7 de agosto acudieron al consulado francés en Yokohama, para brindar con champán por su partida al frente. Durante el brindis, don José Vigroux alzó su copa y exclamó: «¡Los cara de cerdo serán echados a patadas por nuestras madres! ¡Vamos a ayudarlas!». Y todos aclamaron: «¡Bajo la bandera tricolor!». Cuando tomaron el tren en la estación de Yokohama, una masa enfervorecida les despidió al son de la *Marsellesa* y gritos de guerra en japonés. Entre los presentes había un grupo de marianistas con don José Sennetz, el más veterano de los marianistas en Japón, que agitaba un ramo de violetas con los colores de la bandera de Francia, mientras que los religiosos militarizados se adornaban con la bandera tricolor republicana. Al día siguiente, 10 eran embarcados camino del frente europeo. En todos los llamamientos a filas de marianistas franceses en Japón los religiosos abandonaron la ciudad acompañados por sus alumnos en medio de manifestaciones de confraternizaciones militares franco-japonesas⁹. Una escena similar se presenció también el 21 de agosto en la estación de Nivelles, de donde partió el último tren transportando un grupo de marianistas alsacianos, ganosos de enrolarse en el ejército francés para arrebatarle su patria chica a los alemanes.

En ese mismo día aparecían los soldados alemanes en Nivelles (Administración general), Rèves (escolasticado) y Cortil (noviciado). A partir de esta jornada comenzaron a producirse las muertes de los primeros jóvenes marianistas caídos en los campos de batalla: Juan Richard (muerto en Zillisheim, a los 23 años) y al día siguiente, 22, Emilio Delmas (en Gerbéviller, con 32 años) y Renato Collet (caído en Val-et-Chatillon, con 22 años). Del 22 al 24 se entabla la batalla ante Longwy y el postulantado de Saint-Remy-Signeulx, cogido bajo el fuego cruzado de la artillería, sufre destrozos sin importancia; la situación se hace peligrosa para los postulantes y sus profesores.

El mes de septiembre se inaugura con el conclave que el día 3 elige al nuevo papa, Benedicto XV. En ese mismo día el padre Lebon logra regresar a Nivelles. Todos los miembros de la Administración general se encuentran reunidos. Septiembre es un mes negro: son 4 los religiosos caídos en el frente. El papa Benedicto, después de su

⁹ Y. R. KITORA, *o. c.*, pp. 38-39 («Cara de cerdo» era el apelativo denigrante que los franceses daban a los soldados alemanes. Don José Vigroux recibirá los galones de sargento y será gravemente herido el 27 de abril de 1915, cuando asaltaba las trincheras alemanas).

coronación y del primer consistorio, dirige una llamada a los católicos del mundo a favor del restablecimiento de la paz. No será escuchado. El 12 de septiembre los novicios de Cortil hacen su primera profesión bajo los estampidos de los cañones cercanos al noviciado. Inmediatamente parten para Rèves, a continuar sus estudios. En el escolasticado de Rèves se reúnen 50 jóvenes marianistas, que permanecieron en la casa durante toda la guerra. Octubre comienza con la apertura del nuevo curso 1914-1915. Los puestos de los religiosos movilizados son repuestos con profesores seculares contratados. El 1 de noviembre Benedicto XV dirige a la Iglesia la famosa encíclica *Ad beatissimi apostolorum principis*, contra el espectáculo atroz de la guerra en Europa. En Estados Unidos, alejados del conflicto europeo, las dos provincias marianistas continúan su ritmo normal de expansión; la provincia de Cincinnati funda en Detroit la *Holy Name School*. Después de cinco meses de combates, el año 1914 termina con el triste balance de 9 religiosos caídos en el frente. En señal de duelo, a principio de 1915 la Administración general suprime las visitas habituales. Este es el año en que la guerra produce más víctimas: 25 religiosos.

Ocupada Bélgica por el ejército alemán, los miembros de la Administración general no pueden comunicarse con el resto de la Compañía, viéndose obligados a buscar refugio en los países no beligerantes, con el fin de continuar ejerciendo el gobierno de la Compañía. Para salir del país, se debe pedir un permiso al gobierno alemán. El 15 de enero, el Buen Padre Hiss recibe la grata sorpresa de que las autoridades ocupantes le autorizan a abandonar Bélgica para viajar a Suiza. Provisto de un salvo conducto, el 18 de enero de 1915 abandonó Bélgica acompañado por el Asistente de Instrucción, padre Rousseau, y el Adjunto de primaria, don Miguel Schleich. Se refugió en Friburgo (Suiza), a donde llegó el día 20. Aquí permaneció hasta el final de la guerra, salvo algunos viajes por España, Francia, Suiza e Italia. Por su parte el padre Lebon permaneció en Nivelles, guardando la casa y los archivos. Debido a que los miembros de la Administración general se dispersaron, los provinciales se vieron obligados a actuar como superiores delegados y a hacer uso de poderes discrecionales. A duras penas, el Superior general y sus Asistentes pudieron ejercer su dirección a través de la correspondencia y de los viajes de los provinciales a Suiza para entrevistarse con el padre Hiss. Al menos, los Asistentes pudieron visitar las casas de Suiza, España, Austria y Estados Unidos, no afectadas por los combates.

Al poco tiempo de establecerse en Friburgo, el Buen Padre se puso en contacto con todos los religiosos por la circular del 11 de febrero. En ella refleja la lectura de la encíclica de Benedicto XV de 1 de noviembre de 1914, *Ad beatissimi*. Eran muchas las penalidades que se habían sucedido en los últimos cinco meses: las movilizaciones de los religiosos soldados; la muerte del papa Pío X; la elección de Benedicto XV; la muerte del cardenal Ferrata, amigo de la Compañía y ponente de la causa del padre Chaminade; además, al comenzar el nuevo curso escolar los acontecimientos bélicos, si no habían paralizado los colegios, sí turbaron grandemente su funcionamiento. Lógicamente los establecimientos marianistas más afectados se encontraban en Bélgica; pero ni la sede de la Administración general ni las diversas casas de formación habían sufrido daños; las escuelas habían podido abrir sus clases, sin más contratiempos que la necesidad de sustituir a los religiosos militarizados por personal secolar. En los otros países, en cuyo suelo se desarrollaban las operaciones militares, no había habido destrucciones. En algunos lugares se debieron suspender momentáneamente las clases y prestar parte de los edificios para hospital de guerra, sobre todo los internados. Otro efecto negativo había sido la interrupción de la afluencia vocacional a los postulados.

La mayor pérdida afectaba al personal militarizado: había 223 religiosos llamados a las armas; los más jóvenes en el frente y los demás empleados en oficinas y

como enfermeros; algún sacerdote fue nombrado capellán militar. «Nos resignamos sin murmurar a esta prueba»; afirma el padre Hiss, quien, por otra parte, se daba cuenta del efecto positivo que podía tener la convivencia de los religiosos con sus compañeros de armas:

¿Acaso la presencia de sacerdotes y de religiosos bajo las banderas no es un ejemplo reconfortante para los otros soldados, siempre que se sepa en el trato con los compañeros guardar una actitud digna y seria, francamente cristiana y siempre apostólica? Dios tiene sus planes que desbordan e incluso contradicen a veces los nuestros: nuestro deber es remitirnos a su paternidad, siempre buena y misericordiosa.

Pero, los motivos de dolor eran mayores que las ventajas: 12 religiosos habían caído hasta la fecha en el campo de batalla; también los había hospitalizados por heridas o enfermedades, y otros habían sido hechos prisioneros. Igual que el papa, el Superior general lamentaba las pérdidas personales, las ruinas de edificios, el empobrecimiento inevitable, las privaciones de todo género que entrañaba la guerra. «Todo esto hace el presente doloroso y ensombrece el porvenir». Califica la guerra de «holocausto sangrante» que envía al cielo víctimas puras y generosas, que provoca sufrimientos agudos en las almas y en los cuerpos. El padre Hiss invitaba a sus hijos a vivir la prueba con sentido expiatorio, para conducir las almas a la piedad, a la generosidad, al celo y a la santidad, «en previsión de las grandes necesidades que tendremos que sufrir cuando termine esta crisis mundial». Y esperaba que con la llegada de la paz aconteciera un despertar moral y religioso en las costumbres y en las naciones, que removiera poderosamente las almas y les imprimiera un vivo aliento hacia la fe, la virtud y el apostolado.

Al padre Hiss le interesaba enumerar los deberes que habría de imponer la posguerra a los religiosos marianistas, para «secundar esta renovación espiritual». Para ello, comentando la encíclica de Benedicto XV, subraya con el papa las raíces del mal del mundo moderno que ha descompuesto la sociedad y ha desencadenado esta guerra: 1) la ausencia de la benevolencia entre los hombres, 2) el desprecio a la autoridad de los que gobiernan, 3) el antagonismo entre las clases sociales por causa de la injusticia social y 4) la avaricia por los bienes materiales, con desprecio de los bienes espirituales. Señala con el papa que será preciso trabajar en común, para hacer desaparecer estos males, viviendo de los principios cristianos, con verdadero deseo de pacificar la vida pública y aportar una sabia armonía. Benedicto XV convocaba a los fieles a trabajar en la viña de Cristo nuestro Señor, con nuevo celo misionero y apelaba a los marianistas, «los hombres apostólicos», a poner el «cuidado principal en progresar en santidad y en fervor, como conviene a su estado». El Buen Padre exhortaba a sus hijos a «redoblar el fervor en el cumplimiento de sus deberes cotidianos», en las circunstancias actuales. Así como la Providencia suscitó la Compañía de María tras las calamidades de la revolución y Chaminade, con una fe inquebrantable en la Virgen Inmaculada, se aprestó a remediar tanto desorden social y religioso, también ahora sus discípulos estaban convocados a militar en los combates de la Virgen todopoderosa y en la milicia de la Iglesia contra el espíritu del mal. Por lo tanto,

regularidad, piedad, espíritu de familia, actividad en el servicio a las almas, edificación mutua, unión en la obediencia y la disciplina, he aquí el programa que tengo el deber de trazaros en la coyuntura en la que nos pone la Voluntad de Dios, [para] colaborar en el triunfo de la fe, de las costumbres católicas, en la multiplicación de los cristianos, según el ideal del Buen Padre Chaminade.

El padre Hiss terminaba recordando que en 1915 debería reunirse normalmente el Capítulo general. Pero «la situación presente de Europa es tal que, comprenderéis, se impone reenviar esta asamblea al año 1916». Por un rescripto de 6 de febrero de 1915, la S. C. de religiosos autorizaba el traslado del Capítulo general, esperando que la guerra terminaría pronto. Pero no fue así y rescriptos sucesivos del 7 de junio de 1916 y 27 de junio de 1917 posponían la convocatoria capitular¹⁰.

El 25 de febrero de 1915 Hiss partió de Friburgo camino de Roma, para arreglar los requisitos canónicos necesarios para la introducción de la causa del padre Chaminade en sede romana y prestar el saludo de homenaje al nuevo papa. El martes 2 de marzo, Hiss, Rousseau y Subiger fueron recibidos en audiencia privada por Benedicto XV. El padre Subiger le informó del estado de la causa y le regalaron un ejemplar de la biografía del padre Chaminade. Pero la conversación pronto derivó hacia los dolorosos acontecimientos que afligían a Europa y el modo en que estaban afectando a la Compañía de María. Después de la audiencia buscaron en la S. C. de ritos un cardenal ponente de la causa y el mismo prefecto de la Congregación, el cardenal Vico, se ofreció a ello. De regreso a Friburgo, el padre Hiss visitó el colegio-postulantado de Pallanza y los establecimientos suizos del Valais, que se encontraban en su ruta. Solo don Miguel Schleich, en virtud de su nacionalidad americana, pudo cruzar las líneas enemigas y el 20 de marzo regresó a Nivelles, haciendo de enlace entre el Superior general y el Secretario general, señor Crémoux, que se ha quedado en Nivelles para cuidar la casa y atender las necesidades más apremiantes de la gestión de gobierno.

Dada la imposibilidad de acceder al noviciado de Monstreux (Bélgica), común a las tres provincias francesas, el 25 de marzo de 1915 se había erigido un noviciado en la villa de Lequeitio, cercana a Bilbao (España), en la casa de los religiosos ancianos de la provincia de Midi. La neutralidad española durante la guerra permitió el desenvolvimiento pacífico de la vida de esta casa de formación, donde se pudieron reunir casi 25 novicios bajo la guía espiritual del padre José Heyd, ayudado por don Emilio Faur como hermano maestro. Pero la guerra impedía en Francia la actuación de los reclutadores para captar a los niños más piadosos de los pueblos cercanos a las comunidades marianistas.

El 21 de abril, el padre Hiss enviaba una circular a toda la Compañía con los incidentes de su viaje a Roma. Al final de esta carta recordaba «los deberes de la hora presente». Volvía a repetir que, cuando tornara la paz,

la obra de la regeneración religiosa que es urgente por todas partes, se consumará por ella misma y que, sin esfuerzo, estaremos a la altura que el apostolado reclama de nosotros ante tantas necesidades. Por lo tanto, ahora se trata de prever y de prepararnos.

Justamente, la preparación consistía en «redoblar la oración, la penitencia, así como el fervor en la observancia de nuestro santo estado». Se pensaba que la guerra actuaría como una catarsis en las conciencias de todos los hombres, los fieles, los indiferentes, los no religiosos y los adversarios de la Iglesia. Todos juntos habían de «volverse hacia el cielo y regresar a la fe de su bautismo y a la práctica de su *Credo*». También los religiosos marianistas habían de renovar su espíritu de fe y de oración, verdadera fuente de energía moral para mantener la fidelidad en el cumplimiento de sus ejercicios de piedad y para el ministerio apostólico entre la juventud estudiantil. El Superior general informaba que se tenía noticia de 10 hermanos muertos en combate (aunque los caídos eran 14).

¹⁰ Rescriptos de la S. C. de RR. en AGMAR, 027.1.142.1-3.

Al final del curso, el 27 de julio, el señor Schleich regresa a Friburgo, donde el 3 de agosto se tiene la ordenación de 3 nuevos sacerdotes. Pero septiembre es un mes particularmente cruel en los frentes: 9 marianistas caen en el campo de batalla. El año de 1915 fue el más terrible, con 25 religiosos muertos en combate (5 desaparecidos). Por el contrario, en los países neutrales la Compañía continúa con su normal desenvolvimiento e, incluso, expansión: preparando el nuevo curso escolar 1915-1916, a finales de septiembre la provincia de Cincinnati inaugura nueva casa de formación en Mont-Saint-John; en Washington las dos provincias americanas abren una casa de estudios superiores junto a la universidad católica, y la provincia de San Luis abre en Nueva Orleans la *Verrina high school*. Por su parte, la provincia de España abre en Tetuán, capital del protectorado de Marruecos, un colegio para los hijos de los militares y funcionarios españoles, y en Ciudad Real recibe del obispado la dirección de la obra social Instituto popular de la Concepción.

La Administración general de Nivelles padece las restricciones y los peligros de la guerra. El Secretario, señor Crémoux, que se había quedado en la ciudad guardando la casa general y ayudando a los refugiados civiles y a partisanos, fue arrestado por este motivo. Las autoridades militares alemanas lo detuvieron durante tres meses, a partir del 1 de enero de 1916, en la prisión militar de Charleroi y le sometieron a un consejo de guerra que le condenó a seis semanas de prisión, pena que le fue considerada como cumplida por los días de prisión anterior. Terminada la contienda, el 26 de junio de 1924, Crémoux recibió del rey Alberto de Bélgica la medalla cívica de primera clase, «concedida a consecuencia de los actos manifiestos de valor, de entrega y de humanidad». No fue el único caso de humanidad; también don José Kleitz, inspector provincial de París establecido en Rèves desde la expulsión de Francia, ayudó a la población civil y a las autoridades belgas actuando como intérprete de alemán ante las fuerzas de ocupación. Además, se encargó de buscar alimentos para los religiosos, recorriendo las granjas vecinas¹¹.

Hacia nueve años que el padre Hiss había visitado la antigua provincia de América para comprobar su importante crecimiento y estudiar sobre el terreno la conveniencia de su división. El Superior general temía que la guerra alterara la tradición de enviar cada diez años un visitador extraordinario a los establecimientos de América. Por este motivo, el Consejo general designó a don Miguel Schleich para cursar la visita a las dos provincias norteamericanas. El 13 de marzo sale de Friburgo y el día 23 embarca en Rotterdam. El padre Hiss anuncia dicha visita en su circular del 25 de marzo.

1916 y 1917 son años de efemérides marianistas: el 25 de mayo de 1916 se celebra el primer centenario de la fundación del Instituto de las hijas de María Inmaculada y el 2 de octubre de 1917 el de la Compañía de María. Esto y la entrada de la causa de beatificación del padre Chaminade en la curia romana serán los dos acontecimientos que sirvan de alivio en las penalidades de la guerra. El padre Hiss anunciaba por la circular del 11 de febrero de 1916 la preparación del centenario de la Compañía de María y, por otra del 14 de abril, la celebración del centenario de la fundación de las religiosas marianistas. La publicación de la biografía de Chaminade y del *Espíritu de nuestra fundación*, así como el establecimiento en Nivelles de la casa madre de las Hijas de María había facilitado los nexos de unión espiritual y de ayuda fraterna entre ambos Institutos. Hiss cita textos de Chaminade y de Adela de

¹¹ Sobre Crémoux, cf. «M. Jean-Louis Crémoux. Ancien Secrétaire général de la Société de Marie (1843-1935)», en *L'Apôtre de Marie*, n. 283 (VIII-IX 1935), pp. 580-581; sentencia del tribunal militar alemán y condecoración belga de 26-VI-1924 en AGMAR, RSM-Crémoux, p. 35.21.34. Sobre Kleitz, recuerdos del P. Camille Mouguel, en AGMAR, RSM-Kleitz Joseph, p. 29.

Trenquelléon; aduce testimonios de insignes religiosos del pasado y recoge frases de las circulares de sus predecesores en el cargo de Superior general, para resaltar el común patrimonio espiritual. Las celebraciones de ambos centenarios van a propiciar el reforzamiento de los vínculos fraternos entre ambos institutos marianistas, pues las religiosas recurrieron al procurador general de la Compañía, padre Subiger, para obtener la bendición apostólica del Benedicto XV, con motivo de la celebración del centenario de la fundación de las hijas de María Inmaculada, bendición que les fue dada el 9 de mayo de 1916. Así, al siguiente 25 de mayo se tuvieron en Nivelles los actos del centenario de la fundación. La Superiora general, madre Teresa de San José, hizo invitación oficial a la Administración general de los religiosos y el padre Lebon tuvo el sermón de la misa de acción de gracias, en el que explicó la historia del instituto de las hijas de María.¹²

En América y Suiza la paz que les proporciona su neutralidad permite el normal desarrollo de la vida marianista. La provincia de San Luis cambia de provincial el 29 de julio, en la persona del bondadoso padre Luis Tragesser, que sucede al padre José Weckesser; y al comenzar el nuevo curso escolar en el mes de septiembre se abren tres *high schools* en Detroit, Filadelfia y Nueva Orleans. Por su parte, en Friburgo se ordenaron 6 sacerdotes marianistas al terminar el mes de julio. En Bélgica el antiguo noviciado de Cortil es transformado en postulante: el 30 de julio emitieron sus votos los últimos 4 novicios que habían quedado en la casa y, al empezar el curso, el 14 de septiembre, se reciben a los 16 primeros postulantes.

El 23 de noviembre de 1916 el Bu en Padre Hiss emprendió viaje a Roma, acompañado por el padre Sorret, provincial del Franco Condado. Van interesados en presentar el informe trienal de la Compañía en la S. C. de religiosos e informarse del proceso de la causa del padre Chaminade. Solicitaron audiencia con el papa Benedicto XV, que le fue otorgada el miércoles 29 de noviembre. El Santo Padre estaba interesado en conocer la repercusión de la guerra sobre la Compañía de María. En aquel momento había militarizados 300, de los que se tiene noticia de 36 caídos en el campo de batalla (en realidad eran 42), de entre ellos 2 sacerdotes (en 1916 fueron 8 los religiosos muertos en el frente). A pesar de todo, los establecimientos escolares habían podido mantener su actividad normal, gracias a la dedicación de los maestros que habían quedado en las casas y al contrato de profesores seculares –mujeres por primera vez–. Hiss informó de su visita romana por circular del 9 de enero de 1917; en ella comunicaba que el 12 de diciembre, la S. C. de ritos había aprobado la ortodoxia de los escritos del padre Chaminade. Al mismo tiempo, hacía una larga y motivada exhortación a celebrar con todo el ardor, gratitud, espíritu de fe y misionero el centenario de la fundación de la Compañía de María.

En efecto, en medio de los sufrimientos de la guerra, el 2 de octubre acontecía el primer centenario de la fundación de la Compañía de María. Los actos se prodigaron en todas los establecimientos marianistas y sirvieron para dar a conocer al padre Chaminade entre los alumnos, sus familias, benefactores y amigos. El primero en saludar a la Compañía por tan magno acontecimiento fue el papa Benedicto XV. El 4 de marzo recibió en audiencia a los alumnos y profesores del colegio Santa María de Roma y el siguiente día 7 firmaba una carta apostólica dirigida al Buen Padre Hiss, en la que hace la alabanza del celo apostólico del padre Chaminade por restaurar la fe católica después de la revolución. Hiss transmitió la carta apostólica a todos los religiosos por circular del 8 de abril de 1917. Los actos del centenario se prodigaron por doquier. El

¹² Bendición apostólica de Benedicto XV por el cardenal Casparri, Secretaría de Estado, al P. Hiss, Vaticano, 9-V-1916 (n. 16360), en AGMAR, 042.1.1. Invitación de la Superiora general a la A. G., Nivelles, 15-V-1916, en AGMAR, 042.1.2; el sermón del P. Lebon, en AGMAR, 042.1.7.

primer acto tuvo lugar el 1 de mayo en el escolasticado de Rèves, bajo la presidencia del Asistente de Celo, padre Lebon. Dado que los marianistas militarizados no podrían participar en las celebraciones del centenario, el papa Benedicto XV les concede por indulto del 12 de junio ganar las indulgencias plenarias de esta celebración.

En la primavera de aquel año cayeron en el frente 5 religiosos y en todo el año fueron 8 (2 de ellos desaparecidos). Benedicto XV apelaba a la oración, ya que los gobiernos habían desoído su exhortación a la paz: pide insertar en las letanías del santo rosario la invocación a María, «Reina de la Paz», y todos los sacerdotes deben ofrecer el sacrificio de la misa por la paz y las intenciones del papa. En Estados Unidos la lejanía de la guerra permite celebrar con esplendor los fastos del centenario en ambas provincias; en Friburgo se da el sacerdocio a otros 6 jóvenes seminaristas y el 12 de septiembre el padre Hiss preside las fiestas del centenario. En la provincia de España, el 26 de agosto toma el provincialato el primer religioso español, padre Domingo Lázaro. El 2 de octubre es el día del centenario de la fundación de la Compañía que se celebra con todo fasto en Rèves, Burdeos y Dayton, y hasta el final del año en los demás establecimientos marianistas de España, Austria, Italia y Japón. De tal manera que el 6 de enero de 1918 el Buen Padre firmaba la circular con ocasión de la clausura de las fiestas del centenario, enumerando y comentando los elementos constitutivos del espíritu de familia que da una fisonomía común a todos los religiosos de la Compañía, desde sus orígenes.

El año 1918 se abría con la mala noticia de la muerte de la Superiora general de las hijas de María, madre María Teresa, fallecida en Nivelles el 21 de enero. El 8 de abril el padre Hiss advertía por circular de la publicación el 27 de mayo de 1917 del nuevo código de derecho canónico. Hiss explicaba la comprensión de la Compañía de María en el nuevo código y por el canon 489, «resulta necesariamente la obligación de revisar atentamente nuestras Reglas y costumbres para ponerlas en armonía con el nuevo derecho». En fin, se debía abordar la revisión de las *Constituciones*, tarea que se inició a partir de 1920, como ya hemos visto. También de Roma venían noticias, pues el 8 de mayo el papa Benedicto XV había firmado el decreto que introducía en los tribunales romanos la causa del padre Chaminade, feliz noticia que el padre Hiss comunicó por circular del 14 de mayo. El 20 de mayo los alumnos del colegio Santa María de Roma acuden a la audiencia pontificia, para agradecer al Santo Padre la introducción de la causa del fundador. En la misma circular del 14 de mayo, el Buen Padre Hiss pedía a los sacerdotes y hermanos de la Compañía que el próximo 29 de junio ofrecieran el sacrificio de la misa y la comunión, según el deseo de Su Santidad Benedicto XV expresado en el *motu proprio* del pasado día 9, para obtener el cese de las dolorosas pruebas ocasionadas por la guerra. En efecto, este año murieron en el frente 3 religiosos y se padece la única pérdida de un inmueble escolar: la escuela de Braine-le-Comte, destruida por un incendio el 19 de julio durante la ocupación por una unidad del ejército alemán.

Al terminar el curso, a principios de agosto se ordenan 4 sacerdotes en Friburgo y la provincia de San Luis adquiere la propiedad de Maryhurst con vista a la construcción de la nueva casa provincial, postulante, noviciado y escolasticado. Y en la provincia vecina de Cincinnati el 11 de septiembre el padre Bernardo O'Reilly sucede al padre Jorge Meyer en el cargo de provincial. Todavía se sienten algunos ecos del centenario: el 5 de septiembre se cumplían los cien años de la primera profesión de votos perpetuos de los primeros marianistas. Con este motivo, al terminar los retiros anuales en Rèves, se tuvo una misa solemne de acción de gracias y de clausura del año jubilar. La guerra daba a su fin; el 29 de octubre caía en el frente de Barenton-sur-Serre el último religioso marianista muerto en combate, don Juan Bautista Waldvogel. Con él

eran 53 las víctimas marianistas directas en esta guerra. Uno más morirá meses más tarde en el hospital militar.

Desde la intervención de Estados Unidos en abril de 1917, con un renovado potencial de hombres y recursos militares, la guerra se decantó a favor de Francia y de Inglaterra. Entre septiembre y octubre de 1918 se hundieron todos los frentes de los imperios centrales. El 4 de octubre el gobierno alemán pidió la paz a Washington. El *Reich* se disuelve en medio de un conflicto político-social. Los socialistas exigieron la abdicación de Guillermo I, quien, ante la huelga general del 9 de noviembre, renunció a la corona y es proclamada la República. También Austria-Hungría se desintegra y capitula. Desde mediados de julio los pueblos que componía el imperio se escinden y se crean naciones independientes. El ejército austriaco, desmoralizado, se derrumbaba en Piave ante la ofensiva italiana del 24 a 27 de octubre. El 11 de noviembre, al enterarse el emperador Carlos de que en Berlín acababa de estallar la revolución, abandonó Austria y al día siguiente la Asamblea nacional aprobó la instauración de la república y su incorporación a Alemania. La derrota de las potencias centrales fue sancionada por una serie de armisticios sucesivos, firmados con Turquía el 30 de octubre, con Austria-Hungría el 3 de noviembre y con Alemania el 11 de noviembre. Ya antes de estas fechas, el final de las hostilidades permite la apertura de las fronteras y don Miguel Schleich pudo abandonar Madrid y reunirse en Friburgo con el padre Hiss a mediados de septiembre. Igualmente, el 20 de diciembre, el padre Lebon puede salir de Nivelles camino de París y de Suiza. También los religiosos soldados regresaban a las comunidades. De los 340 marianistas que llegó a haber bajo las armas, 78 de ellos abandonaron sus compromisos religiosos al terminar la guerra.

El nuevo año 1919 amanecía en paz. Después del régimen de excepción que la guerra había impuesto, era muy importante reimplantar el espíritu y los hábitos de la vida regular en los religiosos que regresaban del ejército. También había que definir el carácter de la misión docente marianista en orden a la reconstrucción material y moral de la sociedad, que salía tan perturbada de la guerra. Con estas intenciones, el padre Hiss se dirigió a toda la Compañía de María con la circular de 19 de enero de 1919, titulada *Advenimiento de la paz. Reorientarse en el espíritu religioso. Un decreto de la Sagrada Congregación Consistorial (25, octubre, 1918)*. Ante todo, el Buen Padre se felicitaba por la paz que ponía fin a «las grandes crisis que acaban de traspasar al mundo entero». Inmediatamente, expone sus intenciones y la doctrina del nuevo espíritu religioso. Como todos los hombres de Iglesia del momento, Hiss esperaba que la paz trajese un refloreamiento de la religión; por lo tanto, para los religiosos marianistas colaborar en ese reflorcer debía ser el «verdadero fin que es necesario asignar más que nunca a nuestra actividad (docente)». El padre Hiss pedía recuperar la práctica de la regularidad propia de aquel sistema de vida religiosa y aplicarse con serenidad a su tarea escolar.

Hiss enviaba directrices prácticas para la vida de cada día, con el fin de asegurar la fidelidad a la regla. Tras las excepciones forzadas por la guerra y la mentalidad generalizada entre los religiosos a favor del individualismo y la autonomía personal, había que regresar al régimen de la regularidad. El Buen Padre hace un elogio del sistema regular de la vida religiosa en todos sus ámbitos y dimensiones, pues la fidelidad a la regla –afirma– forma los caracteres, educa el sentido moral de la persona, administra el tiempo para la oración, el trabajo, la relación con los hermanos y el recreo; forma en los buenos hábitos del silencio, el examen de conciencia, la oración y ejercicios de piedad, estimula la generosidad. La regla es buena para la persona del religioso y para la colectividad, porque «produce la unión de los esfuerzos de todos hacia un fin y, así, hasta desde el punto de vista temporal, es una de las causas más

eficaces de prosperidad y de éxito», tal como enseñan los artículos 71 y 72 de las *Constituciones*.

Hecha la llamada a la vida regular, expone la doctrina sobre la que se debe basar la tarea escolar marianista con el regreso de la paz. Tras cincuenta y dos meses de convulsiones, el mundo es como un enfermo convaleciente. Hombres de Estado, diplomáticos, sociólogos... se han reunido en conferencias para trazar un vía que asegure la paz, la prosperidad y el progreso.

¿Habremos nosotros de permanecer extraños a este trabajo de restauración para retomar modestamente nuestra tarea sin haber aprendido la lección de la guerra? ¡No lo quiera Dios!

Hiss emplazaba a los religiosos a tomar parte en los trabajos de recuperación material y moral de las sociedades que salían de la guerra. Y exponía la doctrina católica vigente sobre la organización social.

Nosotros creemos, en tanto que católicos, con una fe firme y cierta, que la base de la organización social e internacional, debe basarse necesariamente en el Decálogo y en el Evangelio, de donde brotan para las naciones y para el mundo, así como para los individuos, las obligaciones de la ley moral.

Hiss sostiene la doctrina católica, según la cual, la Iglesia, como educadora y consoladora de la humanidad, tiene la tarea de hacer penetrar el dogma y la moral católica en los espíritus y en los corazones, para conducirlos a una vida superior, sobrenatural. En esta tarea, los religiosos marianistas colaboran mediante el ejemplo de su vida cristiana para restaurar en la sociedad los verdaderos principios del orden social en Jesucristo. Y esto debía hacerse por la «observancia fiel de nuestra regla» y dedicándose a sus deberes de estado, para atraer con su ejemplo a los demás cristianos, sobre todo a los jóvenes que asisten a las escuelas y colegios marianistas. A la importancia del ejemplo, el padre Hiss añadía el valor de la tarea escolar, «por elemental que sea este ministerio», pues ponía a los religiosos en contacto con las almas de los niños para conducirlos a Cristo y a María. El maestro marianista construye en sus alumnos personalidades fuertes; también había que formar a personas selectas, agrupadas en asociaciones juveniles, como las congregaciones marianas de las que se esperaba extraer vocaciones sacerdotales y para el estado religioso, tan necesarias para construir el mundo del mañana.

Podéis ver cómo un religioso verdaderamente apóstol posee mejores recursos que los publicistas cristianos para curar los males de la sociedad moderna: indiferencia religiosa, ignorancia profunda del catecismo, egoísmo refinado, desmoralización creciente y desprecio, casi odio, de toda autoridad.

Hiss pensaba que este programa tan atractivo estaba resumido en los capítulos XXVI a XXVIII de las *Constituciones*, referidos a la tarea educativa y demás obras apostólicas de la Compañía de María.

En conclusión,

dado que el mundo no puede regenerarse nada más que a la luz de la doctrina católica y que vosotros estáis destinados a hacerla brillar en las almas, no lo conseguiréis sino a condición de ser a la vez verdaderos religiosos y apóstoles decididos. Es importante que, para tener parte activa en la reconstrucción social, os decidáis a renovar plenamente el espíritu de vuestro estado.

La parte final de la circular se dedicaba a presentar las medidas a tomar para reintroducir en la disciplina eclesiástica a los sacerdotes y religiosos que regresaban de los cuarteles. Estas medidas estaban tomadas del *Decreto concerniente a los Clérigos y Religiosos que habían regresado del ejército*, emitido por la Sagrada Congregación consistorial el 25 de octubre de 1918. El padre Hiss reconocía y agradecía la fidelidad a los actos religiosos y la perseverancia en la vocación de los religiosos militarizados en las duras condiciones de vida del cuartel y de las trincheras. Pero después de tanto tiempo fuera de la vida comunitaria y sin poder practicar regularmente los actos de piedad, era preciso reeducarse en los actos de regla y en las prácticas de la vida espiritual. Habían sido tanto los sacerdotes, seminaristas y religiosos bajo las banderas que Benedicto XV estaba preocupado por la recuperación moral y espiritual de estos eclesiásticos a su regreso del frente. El Santo Padre pedía a los clérigos ponerse en contacto con sus superiores religiosos antes de los diez días siguientes a su licenciamiento, provistos de la carta de buena conducta dada por su capellán militar, y hacer un retiro de al menos ocho días de duración. Los Superiores mayores tenían la libertad de dictar las medidas que juzgaran oportunas para asegurar a sus hermanos la recuperación de su vida espiritual y de los usos y costumbres de la vida religiosas. Por consiguiente, el padre Hiss urgía a todo religioso desmovilizado a ponerse en contacto con su provincial dentro de los diez días siguientes a su licenciamiento y les enviaba el decreto consistorial, para que cada uno lo leyera y se lo aplicara con la mejor voluntad.

Una vez la familia se haya reconstituido y renovado completamente en el espíritu de la fundación, pondremos al servicio de la Iglesia nuestros medios y recursos y comenzaremos con santo ardor el segundo siglo de nuestra historia que se ha iniciado bajo auspicios tan favorables por la introducción del proceso de beatificación de nuestro venerado Padre.

El inmediato Capítulo general de 1920 retomó dicha preocupación por los religiosos retornados del frente. En el estatuto XIX recordó el estatuto II del Capítulo general de 1910, referido a los «cuidados a dar a los jóvenes profesos en vista a asegurar su perseverancia». En la presentación de las actas capitulares que el padre Hiss hizo en la circular de 22 de enero de 1921 (p. 17) anotaba que «las circunstancias presentes, después de la guerra, hacen más oportunas todavía que hace diez años las exhortaciones que ahora os dirijo». Había que ayudar a los antiguos combatientes «a retomar plenamente el espíritu y las costumbres de nuestro santo estado».

El ecónomo general, señor Gaehlinger, partió el 30 de enero de 1919 para Francia y Alsacia. Era importante comprobar sobre el terreno las pérdidas causadas por la guerra. Y el 27 de febrero regresa a Nivelles. Los demás miembros de la Administración general se van incorporando a la casa madre: el 5 de marzo el padre Lebon y el día 24 entraban el padre Hiss, Rousseau y Schleich. Los despachos de los Asistentes y los archivos generales de la Compañía estaban intactos. Inmediatamente retomaron su labor administrativa ordinaria. La tarea más urgente era reorganizar las relaciones con las provincias; luego vendrían los trabajos importantes de la revisión de las *Constituciones*, para adaptarlas a la reciente publicación del código de derecho canónico; la preparación del Capítulo general, pospuesto año tras año desde 1915, y la revisión del propio litúrgico de la Compañía, ya iniciado antes de la guerra. Pero el trabajo espiritual consistía en recuperar el tono de la vida religiosa regular. Para ello, el padre Hiss se dirigió a todos ellos con la circular del 11 de abril de 1919, ofreciéndoles el modelo de san José en el hogar de Nazaret. A fin de recuperar la vida interior de los religiosos, la regularidad en las comunidades y proporcionar consuelo a los religiosos que se vieron obligados a llevar las armas, «nuestro deber es darnos cuenta exacta del

mal y determinar medidas eficaces para poner un pronto remedio». Este remedio se ve en «la observancia exacta de la regla»; por lo tanto, «ningún Director debe ser negligente en el restablecimiento de las prescripciones de las *Constituciones* y del *Coutumier*». Todos deben seguir los reglamentos para ser «dignos hijos de María» y «ella será vuestra salvaguarda y la garantía de la renovación a la que todos debemos aspirar». Hiss desea que este trabajo de renovación espiritual y material sea puesto bajo la especial protección de san José. Cinco años de guerra habían anulado las esperanzas de recuperación material que la Compañía comenzaba a experimentar en Francia. De nuevo el porvenir arrojaba problemas angustiantes. La situación de la Compañía tenía analogías con las difíciles condiciones de vida de san José cuidando de María y de Jesús. San José era propuesto como modelo de fervor, espíritu religioso, de celo apostólico y práctica de las virtudes. A los superiores les otorgará espíritu de sabiduría y fuerza, para conducir por el bien a sus religiosos; a estos, docilidad para seguir la dirección trazada; a todos, el socorro material de la Providencia divina. Haciéndose eco del temor de los eclesiásticos ante la revolución comunista y los conflictos sociales y políticos inmediatos a la guerra, el padre Hiss termina pidiendo rogar a san José por la humanidad, para que se respetara la autoridad, el orden y la concordia social y las condiciones que habían de favorecer la práctica de la ley divina, como las mejores garantías de la prosperidad social.

Anexo a esta circular, se incluyó un *Tableau des religieux victimes de la guerre (1914-1918)*. Era la estadística final de pérdidas humanas en la Compañía de María: murieron 53 religiosos, de los que 7 se dieron por desaparecidos y el resto caídos en combate (entre las víctimas se debe contar 1 religioso más, fallecido en el hospital después del armisticio, a consecuencia de los sufrimientos del frente). Así, 37 religiosos caídos fueron franceses, 14 austriacos y 2 italianos; las edades van desde los 20 hasta los 44 años; la edad media de los difuntos es de 29 años.

No obstante las pérdidas humanas y materiales, las congregaciones religiosas en Francia obtuvieron ante la sociedad francesa y el gobierno un inmenso reconocimiento moral gracias al alistamiento de sus hombres en el ejército francés. Según estadística de la *Documentation catholique* de 3 de diciembre de 1922, entre 1914 y 1921 fueron movilizados 8.928 religiosos; murieron en combate 1.464; fueron condecorados 2.565; merecieron una citación de orden por actos de valor 4.722; les fueron concedidas 2.418 cruces de guerra y 220 de la Legión de honor. Los datos fueron recogidos en el *Libre d'or des religieux français (1914-1921)*, en un artículo titulado «La prueba de sangre»¹³. El comportamiento patriótico, incluso heroico, de los religiosos y sacerdotes soldados se convirtió en un aval para granjearse la reconciliación con la república.

Cuando los Asistentes retornaron a sus Oficios, era necesario conocer la situación en la que se encontraban los establecimientos y las comunidades. El señor Gaehlinger viaja a París el 14 de abril de 1919; el 18 de junio el padre Rousseau viaja a Suiza; el 23 de julio el padre Enrique Lebon viaja a París y a España; el 29 de julio el padre Hiss, acompañado por el señor Schleich, va a París. El 3 de agosto se ordenan 3 seminaristas y el día 25 el Buen Padre designó al padre Pedro Lebon provincial de París, en sustitución del padre Pablo Verrier, llamado a dirigir el seminario de Friburgo. Las obras en los territorios afectados por las operaciones bélicas también van recuperando su actividad ordinaria. El 26 de abril se abrió el postulante de Saint-Hippolyte (Alsacia) y en Cortil (Bélgica) el 3 de septiembre se reabrió el noviciado con 47 novicios, mientras que el postulante belga fue transferido a Rèves el día 17 del mismo mes.

¹³ Ejemplar en AGMAR, 051.3.14.

Tras la recuperación de la normalidad, el padre Hiss pedía a la S. C. de religiosos la prórroga de sus poderes de Superior general hasta el inmediato Capítulo general. El 28 de febrero de 1919 le era concedida su petición. Seguidamente, por circular de 20 de octubre convocaba el Capítulo general. El Capítulo se reuniría en el próximo año. Desde 1915 se había cumplido el plazo temporal de los poderes de los miembros de la Administración General, que gobernaban gracias a la prórroga concedida por indulto de la Sagrada Congregación de Religiosos. Al Capítulo estaban convocados los representantes de las 5 provincias de Europa, las 2 de Estados Unidos y los de la viceprovincia de Japón. La asamblea capitular se reuniría en la casa de Rèves (Bélgica) y se abrirá el miércoles 28 de julio. Su objeto principal había de ser la elección del Superior general y de sus 3 Asistentes, incluido el Adjunto de primaria. Se abría el período electoral en conformidad con los reglamentos. En las comunidades había de leerse la instrucción del B. P. Simler sobre la autoridad, del 25 de marzo de 1896.

c) Celebraciones del centenario de la fundación de la Compañía de María

El 2 de octubre de 1917 ocurría el primer centenario de la fundación de la Compañía de María. Por este motivo, los miembros del Capítulo general de 1910 mandaron crear comisiones preparatorias en las diferentes provincias. Se deseaba favorecer la glorificación del padre Chaminade¹⁴. Sobre esta intención estaban los religiosos cuando sobrevino la guerra.

No obstante la situación bélica, en todos los lugares donde los acontecimientos militares lo permitieron, se celebró el centenario de la fundación de la Compañía, cuyos actos sirvieron de gran consolación para los religiosos durante aquellos tristes años de la guerra europea. El Buen Padre Hiss se dirigió a los religiosos, por la circular de 11 de febrero de 1916, para que todos se preparasen espiritualmente durante aquel año, penetrándose del espíritu de la Compañía y de Chaminade por la lectura del *Espíritu de nuestra fundación* y demás actos piadosos y ascéticos; entre ellos, sufrir con mansedumbre los dolores de la guerra. Lógicamente, también ocurría en 1916 el primer centenario de la fundación del instituto de las Hijas de María. El padre Hiss volvió a hacerse eco de este evento en la circular de 14 de abril de 1916. Hiss invitaba a los religiosos

a asociarse a la celebración del jubileo. Para nosotros, en efecto, el Instituto de las Hijas de María merece una consideración fuera de lo normal, pues tiene el mismo Fundador que nosotros y, durante muchos años, el Superior de la Compañía era al mismo tiempo el Superior del Instituto. La regla que el P. Chaminade dio a las dos familias fue, más o menos, la misma, y el Decreto de alabanza, dado en 1839 por Su Santidad Gregorio XVI, se aplicó por igual a las dos Sociedades.

Y, citando al fundador, afirma que «nuestras dos Órdenes, caminan juntas hacia el mismo fin, sobre dos líneas paralelas». Hiss hace una sucinta historia de la separación de ambos institutos y de la historia de las hijas de María, para afirmar que entre las hijas de Adela de Trenquelléon «el espíritu del P. Chaminade se ha conservado siempre fielmente». El padre Hiss mandaba a cada comunidad recitar el *Magnificat* durante nueve días consecutivos a partir del 25 de mayo; a cada sacerdote ofrecer el santo sacrificio de la misa y a cada religioso la comunión.

¹⁴ Capítulo general de 1910, Proceso verbal, en AGMAR, 08.1.2.

En noviembre de 1916 el Buen Padre emprendió viaje a Roma. Solicitó una audiencia con el papa Benedicto XV, que se le concedió para el miércoles 29 de noviembre. El Santo Padre estaba interesado en conocer la repercusión de la guerra sobre la Compañía de María. Además de esta información, el padre Hiss hizo saber a Su Santidad que la Compañía celebraría el centenario de su fundación el 2 de octubre del próximo año. El papa se ofreció para escribir una carta de felicitación, acordando indulgencias especiales. Al iniciarse el año del centenario, el padre Hiss informaba de esta visita por circular de 9 de enero de 1917, que tenía como finalidad convocar a los actos del primer centenario de la fundación de la Compañía de María. El General explicaba prolijamente los motivos, fines y actitudes personales con los que se debían celebrar los actos, y los frutos que se debían pedir. La circular era un elogio del pensamiento espiritual y de la misión del padre Chaminade, con abundantes citas de sus textos y de la historia de la fundación.

Tal como se había ofrecido, Benedicto XV escribió al Superior general la carta de bendición apostólica, *Exeunte anno centesimo a Societate condita*, datada el 7 de marzo de 1917, que publicaron las *Acta apostolicae sedis* (26 de marzo de 1917), en la que exaltaba la figura del fundador por la heroicidad de su ministerio sacerdotal durante la revolución, porque «vivía solo para Dios y seguía en todo el impulso del Espíritu Santo». Luego, durante su exilio en Zaragoza Chaminade «comprendió las miras de la bondad divina sobre Francia: por María había de atraerla hacia Jesús». El papa alaba

aquella Congregación llamada de Burdeos, que por una maravillosa red de obras provocó el renacimiento cristiano en la región bordelesa, primero, y en otras varias provincias, después. Fue aquel verdaderamente un vivero para la reconstitución de la Francia católica; en su seno y teniendo en cuenta las nuevas necesidades, se formaron y llegaron a madurez poco a poco, bajo la influencia y los auspicios de la Virgen Inmaculada, los elementos de los dos Institutos religiosos que sucesivamente vinieron a la existencia: las Hijas de María, primero, y luego vuestra misma Compañía. A justo título puede decirse que esta es la más característica de las iniciativas de Guillermo José Chaminade.

Por lo tanto, el papa manifiesta:

¡Con cuánta alegría, con cuánta gratitud hacia el Altísimo saludamos Nos mismo estos éxitos que han coronado los esfuerzos de Guillermo José Chaminade, de ese hombre visiblemente suscitado por Dios para el bien de la Santa Iglesia!

Benedicto XV concedía indulgencia plenaria para cuantos visitaran las iglesias y capillas de las casas de la Compañía de María durante la celebración del centenario, favor que se extendía a los institutos religiosos a cuya creación había contribuido el padre Chaminade, a saber, las hijas de María de Agen y de Auch, y a las Damas de la misericordia de Burdeos.

Era la primera vez que la voz de la Iglesia exponía y alababa el programa recristianizador del padre Chaminade, en un tono muy apologético contra los principios liberales impuestos por la revolución francesa, que conllevaban la pérdida pública del régimen de cristiandad. El Buen Padre publicó la carta apostólica en su circular del 8 de abril de 1917, con el fin de

reavivar en vuestros corazones la llama del celo apostólico. (...) Celo del fundador y de sus discípulos, que el Santo Padre ha querido recordarnos con elogiosas palabras, que a nuestros ojos tienen un gran valor.

Hiss hacía un amplio comentario del texto pontificio en el mismo tono beligerante del documento contra el laicismo de Estado y la secularización de la cultura, empleando textos del padre Chaminade y exhortando a los religiosos a abrazar con celo apostólico su tarea educativa. Era una llamada a reforzar la verdadera misión marianista y los rasgos característicos de la Compañía de María. Así esta carta apostólica de exaltación de la persona y de la obra del fundador, acompañada por el comentario del Superior general, fue recibida como un «documento de incomparable valor para la Compañía, que llenó de alegría a todos sus hijos»¹⁵.

Además de la carta apostólica, apareció en las *Acta apostolicae sedis* el texto del decreto para la introducción de la causa de beatificación y de canonización del siervo de Dios Guillermo José Chaminade. Firmado por el cardenal Vico, prefecto de la S. C. de ritos el 8 de mayo de 1918, este otro documento se enviaba a los cardenales, arzobispos, obispos y superiores mayores. De manera sucinta pero precisa, hacía una exposición de la vida y las obras apostólicas del padre Chaminade. Gracias a estas acciones de la Santa Sede, el padre Hiss anotaba en su circular del 1 de junio de 1918 que el Buen Padre Chaminade salía del ámbito restringido y local de la Compañía de María, para comenzar a ser conocido en el orbe católico. El reconocimiento de la espiritualidad y de la misión del fundador comportaba el aprecio de los religiosos, alumnos y amigos, así como de los obispos y demás miembros de la Iglesia, por la Compañía de María y sus obras. Sin lugar a dudas, este fue el mejor fruto de la celebración del centenario de la fundación de la Compañía: a partir de este momento, la vida, doctrina espiritual y misión del padre Chaminade pasaron a ser consideradas por los religiosos marianistas el patrimonio y la espiritualidad propia del instituto.

En todas las provincias de la Compañía se celebraron ostensibles actos conmemorativos para dar a conocer al fundador¹⁶. Solo en Francia se procedió con prudencia, para no atraer la atención de las autoridades, pues la Compañía no tenía reconocimiento legal y no había libertad para los religiosos. No obstante, se envió copia del breve pontificio de Benedicto XV a los obispos de las diócesis donde la Compañía tenía casa, a los superiores mayores de diversos institutos religiosos y colegios que habían sido propiedad de la Compañía hasta su supresión legal, como fue el caso del Stanislas de París. Diversos boletines religiosos de las diócesis francesas publicaron la carta del papa al padre Hiss, que también apareció en el *Journal de la grotte de Lourdes* del domingo 29 de abril de 1917. La provincia del Franco Condado, mayoritariamente extendida en Suiza, pudo celebrar las jornadas del centenario con mayor libertad. La presencia del padre Hiss en Friburgo, al amparo de la neutralidad militar suiza, permitió que en esta ciudad los actos del centenario se celebraran con particular esplendor durante la fiesta del Santo nombre de María, 12 de septiembre de 1917. Pero también el provincial Sorret celebró los fastos del centenario en Sión y en Martigny. También la provincia de París, en sus casas de Bélgica, no obstante la ocupación alemana, celebró el centenario con importantes actos religiosos; sobre todo en Rèves y Nivelles.

En España, por primera vez después de treinta años en este país, la celebración del centenario fue la ocasión para dar a conocer a las familias y autoridades civiles y religiosas la naturaleza religiosa y la obra escolar de la Compañía de María. Con este motivo, se publicó una *Breve reseña histórica de la Compañía de María (Marianistas). Su Fundador, desarrollo y organización* (Madrid, 1917), que contenía la carta del papa Benedicto XV al Superior general. La *Revista de educación familiar. Revista práctica*

¹⁵ H. LEBON, *Notice biographique B. P. Hiss*, circular (1-XI-1922), p. 40; Carta apostólica de Benedicto XV al P. Hiss, con ocasión del centenario de la Compañía en AGMAR, 049.1.1-2; saludo y bendición apostólica de Benedicto XV al P. Hiss, autógrafo, en AGMAR, 027.1.147.

¹⁶ Documentación sobre el centenario en AGMAR, 049.1-4 y 050.1-5.

de educación destinada a las familias, donde el provincial Domingo Lázaro era un habitual colaborador, publicó en su número de diciembre de 1917 un artículo sobre el «Centenario de la Compañía de María (Marianistas) 1817-1917», escrito por el padre Francisco Martínez de Atristáin. En todas las casas se tuvieron actos conmemorativos, anunciados con gran esplendor de medios, con participación de las autoridades locales religiosas y civiles, y con la colaboración de las asociaciones de antiguos alumnos y benefactores. La viceprovincia de Japón presentaba un caso similar al de la provincia de España. El padre Heinrich aprovechó la ocasión para buscar el apoyo de las autoridades japonesas y francesas a la obra escolar marianista. En la gran fiesta del jubileo, tenida el 4 de noviembre de 1917 en el colegio de Tokio, participaron el presidente del Consejo de ministros, conde Terauchi, los ministros de Instrucción pública, señor Okada, y de Asuntos extranjeros, vizconde Motono, y el señor embajador de Francia, señor Renault. También las autoridades religiosas fueron invitadas, con motivo de la celebración de la misa de pontifical, presidida el 7 de octubre en la capilla del colegio de Tokio por el arzobispo, monseñor Rey. La provincia de Austria celebró el centenario con solemnidad en Freistadt y publicó una breve reseña histórica de los Superiores generales marianistas, desde el padre Chaminade hasta Hiss. El *Marianum* de Graz tuvo la fiesta del centenario el 13 de diciembre de 1917, con el estreno del oratorio musical *W. J. Chaminade*, compuesto para la ocasión por el padre José Jung sobre texto del marianista don Juan Winkelbauer. La composición mereció los elogios de la prensa local¹⁷.

La provincia que más destacó por sus festejos fue la de Cincinnati. Una reunión de directores, tenida el 31 de julio de 1916 en la propiedad de Nazaret, Dayton, presididos por el señor inspector don Jorge Sauer, estableció el programa de actos y sugirió diversas acciones de propaganda: publicación de una biografía breve del padre Chaminade y de una historia de la Compañía de María, estampas y medallas con la imagen de Chaminade, artículos en las publicaciones católicas más importantes del país, conferencias a los alumnos y sus familias, dedicación de placas conmemorativas en presencia de las autoridades religiosas y civiles y los antiguos alumnos. En las escuelas parroquiales y ciudades donde los marianistas dirigían un colegio, se tuvieron actos conmemorativos. Fueron reseñados los actos del jubileo celebrados en los establecimientos de Baltimore, Brooklyn, Cincinnati, Dayton, Detroit, Erie, Hamilton, los colegios de las islas Hawai, en Osborne, Peoria, Pittsburg, San Francisco, San José, Stockton y Washington. La celebración provincial del centenario se inauguró el miércoles 8 de agosto de 1917 en el colegio Santa María de Dayton con una misa mayor de pontifical presidida por el arzobispo de Cincinnati, monseñor Henry Moeller, y sermón del obispo de Harrisburg, monseñor Philip R. McDevitt. La conmemoración principal fue tenida el 2 de octubre, día de la fundación de la Compañía de María, con la misa solemne en la gran iglesia de la casa de formación de Mount-Saint-John, presidida por el delegado apostólico, monseñor Bonzano, y sermón de monseñor Joseph Schrembs, obispo de Toledo. Finalmente, el centenario se clausuró el martes 11 de diciembre, con la misa presidida por el cardenal-arzobispo de Baltimore, monseñor Gibbons.

También la provincia de San Luis dio la mayor solemnidad al centenario. El provincial, padre Luis Tragesser, envió un ejemplar de la carta del papa Benedicto XV a todos los obispos de las diócesis donde residía una comunidad marianista de su

¹⁷ J. WINKELHAUER / FR. J. JUNG, *Wilh Josef Chaminade. Lebensbild 1817-1917. Festoratorium zur Jahrhundertfeier d. Gesellsch. Mariae*, en AGMAR, 165.2.4; ID., *W. J. Chaminade. Ein lebensbild. Text von J. Winkelbauer (S. M.). Musik von F. J. Jung (S. M.)*. Graz, Druck v. Senefelder, en AGMAR, 165.2.5.

provincia. En la catedral de San Luis se tuvo el 2 de octubre la misa solemne, con presencia de los religiosos, alumnos y familias de la *Kenrick catholic boys' high School* y de las escuelas parroquiales de San Pedro y San Pablo y de San Antonio, y el 21 de noviembre se celebró un acto académico-cultural en el *Saint Louis College Auditorium*. Los demás establecimientos escolares de la provincia también celebraron el centenario: la *Catedral high School* de Bellville, la escuela *Saint Michael* de Chicago, la *Verrina high School* de Nueva Orleans y los centros de Peoria, Dyersville, Victoria, Ferguson, San Antonio... Sobresaliente fue la dedicación de una estatua al padre Chaminade en el *Chaminade College* de Clayton. En Canadá, la comunidad de San Bonifacio celebró el centenario el día 6 de diciembre, con diversos actos académicos y culturales, y el día 7 se tuvo en la catedral de la ciudad una misa solemne, presidida por el señor obispo; la revista eclesiástica *Les cloches de Saint Boniface* (número de 15 de diciembre de 1917) dedicó un artículo a «Le Centenaire des Frères de Marie». La revista de los marianistas en Estados Unidos, *The Apostle of Mary*, de noviembre de 1917, dedicó un *Centenary number*, monográfico a la celebración del jubileo; igualmente, una artística publicación titulada *Centenary souvenir of the Society of Mary. 1817-1917*, presentó con gran lujo de fotografías la vida de Chaminade y la historia de la Compañía. De la misma manera, la prensa local dio noticia de las celebraciones marianistas tenidas en las diversas ciudades.

El Buen Padre Hiss dio noticia de los actos de clausura del centenario en la circular de 6 de enero de 1918. Aprovechó el envío para dar noticias de la situación de la causa de beatificación del fundador y para exponer –una vez más– los «signos distintivos», «el espíritu de familia» o «fisonomía», «el carácter propio» de la Compañía de María, expresados en los textos del padre Chaminade y en las enseñanzas de los Superiores generales que le habían seguido. En cuanto a los actos del centenario, afirma: «Me parece (...) verdadero y justo decir que la celebración del primer centenario contará en nuestros anales entre los acontecimientos memorables». Las dificultades de la guerra no paralizaron las voluntades, sino que por todas partes los amigos de la Compañía se asociaron a los actos: parroquias enteras, el clero diocesano, obispos, superiores generales de diversos institutos religiosos y autoridades civiles habían mostrado su simpatía hacia la Compañía desde los púlpitos de las iglesias, catedrales y la tribuna de los oradores públicos. También las páginas de los diarios dieron noticia de los actos en cada localidad. Hubo actos religiosos, culturales, representaciones teatrales y composiciones musicales sobre Chaminade y la Compañía, procesiones religiosas, conferencias, comidas con autoridades religiosas y civiles y numerosos actos oficiales. Se escribieron las primeras historias de la Compañía y breves biografías divulgativas de la vida y la obra de Chaminade. Tarjetas de invitaciones y hojas de publicidad anunciaron los actos y presentaron la fisonomía de la Compañía. Las numerosas asociaciones de antiguos alumnos rivalizaron en la dedicación de bustos y estatuas del padre Chaminade, inauguradas en solemnes sesiones públicas, contribuyendo a la creación de la primera iconografía del fundador, caracterizado como canónigo bordelés y apóstol de la Virgen María. Los primeros fascículos del *Espíritu de nuestra fundación* ofrecieron textos para ser usados por los sacerdotes marianistas en sus predicaciones, instrucciones y retiros. También los religiosos militarizados se unieron con sus oraciones a la alegría de las fiestas conmemorativas.

Por primera vez en su breve historia los religiosos marianistas abandonaban su labor callada en la escuela, para hacerse conocer ante el gran público, dando publicidad a su fundador, la historia del instituto, la espiritualidad mariana, la misión escolar y la expansión mundial de la Compañía de María.

2. Reorganización tras la guerra

a) Advenimiento de la paz y lenta recuperación material

Las negociaciones de paz, iniciadas en 1919, se inspiraron en el programa formulado por el presidente de Estados Unidos, Wilson, que pretendía una «paz justa y duradera». Pero no se le escuchó. Alemania fue declarada responsable de la guerra y se le impuso una multa de 400.000 millones de marcos oro para pagar las reparaciones de las pérdidas de la guerra. Solo después se firmaron los tratados de Versalles el 28 de junio de 1919. En 1921 un comité de expertos volvió a estimar la cuantía total de las reparaciones en 132 billones de marcos-oro (33 billones de dólares). Pero a fines de 1922, la moneda alemana se depreció, hasta el punto de que Alemania quedó incapacitada para satisfacer esta deuda. Entonces Francia decidió hacerse pagar por sí misma y, contra la opinión mundial, ocupó la cuenca industrial del Ruhr y se apropió de las minas del Sarre. Así se incubaba la segunda guerra mundial. Alemania estabilizó su moneda y suscribió un plan de pagos mediante hipoteca sobre sus ferrocarriles y algunas grandes industrias. Entonces Francia abandonó el Ruhr en 1930. Solo al sobrevenir la crisis económica mundial de 1929, Alemania dejó de pagar en 1931.

El plan Wilson también defendía el derecho de todo pueblo a decidir por sí mismo y proponía la creación de democracias parlamentarias. La aplicación del plan condujo a la desmembración de la antigua monarquía de los Habsburgo en beneficio de Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania, Yugoslavia e Italia. También se hundió la Alemania de los Hohenzollern, que tuvo que ceder territorios a Polonia, Bélgica, Dinamarca y Alsacia y Lorena a Francia. Los imperios centroeuropeos de Alemania y Austria fueron sustituidos por repúblicas parlamentarias. Todos los Estados entraron a formar parte de la nueva Sociedad de Naciones, cuya sede se fijó en Ginebra. Fuera de los tratados de Versalles quedó Rusia, enfrascada en una revolución proletaria y en una guerra civil. Las potencias liberales crearon un cinturón de estados satélites para aislar el comunismo victorioso en Rusia y sofocar los focos comunistas en Alemania, Hungría y Baviera.

El balance de la guerra es muy duro para Europa¹⁸. La guerra acumuló enormes ruinas materiales, principalmente en el norte de Francia, en Bélgica, Polonia y Rusia. Destruyó la riqueza acumulada durante cuarenta años de paz y costó, aproximadamente, 13.000.000 de vidas humanas: Alemania tuvo 1.827.000 muertos en combate; Austria en torno a 1.350.000; Francia 1.400.000; Inglaterra 744.000; Italia 1.350.000; Rusia padeció 1.700.000 durante la fase aliada y probablemente 5.000.000 para el período de la revolución comunista, entre 1917-1920; mientras que Estados Unidos tuvo 115.000 caídos. Las pérdidas de varones entre los 15 y 50 años comportaba el descenso de los nacimientos. A las pérdidas de combatientes se debe añadir las de las poblaciones civiles, a causa de las invasiones, las epidemias, restricciones alimenticias y el déficit de la natalidad. En conjunto, la disminución de hombres de 20 a 40 años puede estimarse en un 16 % para Francia y Alemania y en 7 % para Gran Bretaña. Por su parte, las pérdidas materiales alcanzan cifras impresionantes. El coste total de la guerra representa el 30 % de la riqueza nacional francesa, el 22 % de la de alemana, el 32 % de la inglesa, el 26 % de la italiana y el 9% de la de Estados Unidos. Reponerse de las pérdidas humanas y económicas provocó el déficit económico de los presupuestos nacionales. Los países se endeudan y esto significa que Europa se subordina a la mayor potencia financiera, que ahora es Estados Unidos. El prestigio de la victoria militar adornó a los

¹⁸ M. CROUZET, «La época contemporánea. En busca de una nueva civilización», en M. CROUZET (dir.), *o. c.*, vol. VII, pp. 44-51.

ejércitos franceses e ingleses, pero la fuerza real pertenece al gran estado americano, al que la guerra ha enriquecido prodigiosamente y que ahora se convierte en la mayor potencia del planeta. Japón, Estados Unidos, Canadá y Argentina son los países que más se van a beneficiar de las necesidades de productos industriales y agrícolas de los nuevos y minúsculos estados europeos. Estados Unidos y Japón aprovecharon la guerra para impulsar su desarrollo industrial y arrebatarse mercados a las potencias del viejo continente, incapaces para realizar exportaciones.

La guerra del 14 puso fin al liberalismo político y económico, y quebrantó la solidaridad de los pueblos europeos. Ni los vencedores se entendieron para proponer condiciones de paz, ni los vencidos estuvieron dispuestos a facilitar fórmulas de avenencia. Las penalidades de los combatientes y de la población de la retaguardia provocaron que espontáneamente se asociara el capitalismo con la guerra. El prestigio de los liberales en los gobiernos europeos, que no supieron evitar la guerra ni acortarla para ahorrar vidas humanas, se ha debilitado y aumenta el malestar de las masas contra el parlamentarismo burgués, que da síntomas de agotamiento político. Al principio, el conflicto político y de clases quedó oculto bajo la ola de los nacionalismos, surgida a la caída de los imperios centrales y alentada por la doctrina Wilson. Pero el proletariado tiene puestas sus esperanzas de redención social en la revolución rusa y las clases medias confían en las soluciones técnicas del Estado interventor para modernizar los países. De esta forma, las organizaciones obreras y los fascismos rampantes actuarán para acelerar el desmoronamiento del Estado burgués y su juego político basado en el parlamentarismo liberal. La semilla de la guerra germinará en la década 1930-1940 como vía violenta para resolver los conflictos sociales.

En la inmediata posguerra, el paso a una economía normal provocó graves alteraciones. La reconstrucción material suscitó una intensa corriente de especulación y una demanda febril, la desmovilización de los soldados y la adaptación a sus nuevos puestos de trabajo plantearon graves problemas laborales, la oleada inflacionista alcanzó puntos críticos en muchos países y los gobiernos vieron perturbada su acción por agitaciones y huelgas masivas. Todas estas razones explican la agitación social y política de estos primeros años de la posguerra. Solo desde mediados de 1922 comienza lentamente la recuperación económica mundial, pero hasta 1924 no puede decirse que la economía de los países europeos haya entrado en la normalidad. En fin, a partir de 1925 puede darse por concluida la reconstrucción europea, lográndose en casi todos los países los niveles productivos de la preguerra. A partir de este año se inicia un gran *boom* industrial, que no se extinguirá hasta el *crack* financiero neoyorkino de octubre de 1929. Son los años de la *prosperity* americana y «los felices veinte» en Europa, en los que vuelve a vivirse un clima de euforia y de confianza en el capitalismo. Esta prosperidad era, sin embargo, bastante ficticia, pues fue lograda a costa de un enorme esfuerzo de racionalización monetaria y de bajada de beneficios empresariales; pero los precios continuaron deprimidos y las cifras de desempleo elevadas en relación con el aparente progreso. Esto no quita que aparezca un nuevo consumo, basado en los viajes, el uso de los primeros electrodomésticos, la aparición del ocio de masas: el cine, el fútbol, la radio, la prensa...

b) Las secuelas materiales de la guerra sobre la Compañía de María

El paulatino crecimiento en hombres, recursos económicos y candidatos en las casas de formación, dado a la Compañía de María por la Administración general surgida del Capítulo de 1905 a fin de superar las pérdidas de religiosos y de obras en Francia, se vio frenado por la guerra mundial. Los informes de los Asistentes al Capítulo general de

1920 y los *Rapport* 1911-1919 y 1919-1926 a la S. C. de religiosos reflejan el estancamiento del personal y de las obras de la Compañía de María tras cuatro años de guerra y la difícil recuperación económica de las naciones europeas beligerantes.

La larga y terrible guerra que ha afectado a tantas familias y ha multiplicado los duelos y las ruinas, ha alcanzado brutalmente también a la Compañía de María, que ha sufrido en su personal, en sus obras y en el reclutamiento vocacional.

Así lo reconocía el Buen Padre Hiss ante los capitulares generales reunidos en Rèves, en agosto de 1920. Solamente a partir de 1925, al final del período de reconstrucción europea y de la estabilización monetaria mundial, pudieron las provincias marianistas experimentar el incremento del número de sus religiosos, formandos, obras y alumnos¹⁹.

Los años de la guerra mundial afectaron negativamente al crecimiento del personal de la Compañía de María y no tanto por las muertes en combate de 54 religiosos y las defecciones entre los religiosos militarizados, cuanto por el miedo de las familias que no dejaron a sus hijos partir de sus hogares hacia los postulados de la Compañía en tiempos tan calamitosos. El descenso vocacional frenó el ritmo de profesiones religiosas y la consiguiente recuperación del personal.

El número de aspirantes se redujo fuertemente en los países afectados por los conflictos militares, sobre todo, en las provincias francesas. París tenía su postulante en Saint-Remy-Signeulx (Bélgica). Hasta 1914 había gozado de una creciente prosperidad, pero en octubre de aquel año los postulantes fueron evacuados y todos regresaron a sus hogares. La casa quedó sin empleo hasta que en junio de 1919 fue habitada por los novicios, que antes residían en Cortil. Sin embargo, durante la ocupación de Bélgica los religiosos hicieron una propaganda activa por el país y en 1917 se reunió en Cortil a un grupo de muchachos belgas deseosos de entrar en la Compañía. El postulante de la provincia de Midi estaba situado en Lequeitio (España) desde 1905. También conoció un aumento de candidatos, hasta que al declararse la guerra, España cerró sus fronteras. Sin otra solución, la Administración provincial reunió los postulantes con el grupo de internos del colegio de Requista. Como esta mezcla no era buena para la formación, en octubre de 1920 todos los postulantes, incluidos los de Lequeitio, fueron reunidos en una casa independiente en Montauban. Franco Condado-Alsacia tenía sus postulantes en Martigny (Suiza), la mayoría de ellos provenientes de Alsacia. Aunque Suiza permaneció neutral, Alsacia quedó bajo las operaciones militares, haciendo imposible toda captación vocacional. Entonces se intensificó la propaganda vocacional en Suiza y se pudo mantener abierto el postulante con jóvenes del país. Los marianistas se felicitaron, porque esta era la mejor manera de asegurar a la Compañía el medio de alimentar sus escuelas en Suiza. Gracias a que el armisticio de 1918 reintegró Alsacia a Francia, la Compañía abrió un postulante en el establecimiento de Saint-Hippolyte, que volvió así a su primitiva función. Al establecerse la paz, Alsacia volvió a ser un semillero vocacional y en octubre de 1919 más de 80 aspirantes ocupaban la casa; en abril de 1920 los jóvenes sobrepasaban el centenar.

Los postulantes italianos estaban recogidos en el colegio de Pallanza. El colegio fue requisado para hospital militar y el número de aspirantes descendió durante la

¹⁹ Datos del Informe del Oficio de Instrucción al Capítulo general de 1910, en AGMAR, 02.2.3; *Rapport triennal 1911-1919 y 1919-1926* a la S. C. de religiosos, ambos en AGMAR: 9G2.2.13 y 9G2.3.1; *Rapport de l'Office de Zéle*, del P. H. LEBON al Capítulo general de 1920, en AGMAR, 03.3.2; *Rapport de l'Office d'Instruction*, del P. E. ROUSSEAU al Capítulo general de 1920, en AGMAR: 03.3.3.

guerra. La convivencia entre heridos, militares, alumnos y postulantes era muy dificultosa para la tarea escolar y la formación. Tras la derrota de Caporetto, en octubre de 1917, el hospital militar intensificó su actividad. Hubo que transferir el postulantedo a Roma en 1918, donde permaneció muy disminuido hasta su retorno a Pallanza en febrero de 1919. El postulantedo fue transformado en la escuela apostólica Santa María, por decreto del obispo diocesano de Novara, de 19 septiembre de 1920, y en 1925 los postulantes alcanzan la cifra de 50 jóvenes, distribuidos en las 4 clases del gimnasio. También la provincia de Austria, muy afectada por la guerra, vio descender el número de aspirantes en su postulantedo de Freistadt. No obstante, la casa se pudo mantener abierta, si bien, con muchos problemas.

De otro lado, estaban las provincias asentadas en países alejados del teatro de operaciones militares. En España, en las dos provincias de América y en Japón los postulantedos continuaron con su vida ordinaria. La provincia de España mantenía sus postulantes desde 1895 en la gran propiedad del convento Nuestra Señora del Pilar, en Escoriaza. Muy concurrido, a pesar de la adversidad de los tiempos, este semillero alimentaba el noviciado y satisfacía las necesidades vocacionales de la provincia. En Estados Unidos, cada una de las provincias mantenía su propio postulantedo: Monte San Juan en Dayton para Cincinnati y Villa San José en Ferguson para San Luis. Ambos recibían la mayor parte de sus candidatas de las escuelas parroquiales dirigidas por los religiosos, pero con dificultad proporcionaban el personal necesario para las obras provinciales. Finalmente, Japón extraía sus candidatas de la escuela apostólica de Urakami. Los candidatas japonesas asistían a clase con sus compañeros de la escuela y solo hacían aparte algunos ejercicios piadosos para iniciarse en la vida religiosa y prepararse para entrar en el noviciado. A principios de 1920 había un total de 332 postulantes en toda la Compañía; 26 menos que en 1910, un síntoma de cómo la guerra había frenado el ritmo expansivo vocacional. Para satisfacer toda su demanda apostólica, la Compañía necesitaba el doble de candidatas²⁰.

La guerra frenó la ya lenta recuperación del personal religioso en las provincias francesas y el paulatino incremento vocacional en Austria e Italia, cuyas casas de formación se encontraron vacías al terminar la contienda. El gran problema de la Compañía al comenzar el padre Hiss su generalato en 1905, era recuperarse de la pérdida de religiosos que había sufrido en Francia a consecuencia de la supresión legal. Poco a poco comenzaron a remontar las cifras: si en 1905 había 1.684 religiosos, al comenzar la década, en 1910, la Compañía tenía 1.706 religiosos (distribuidos en 1.222 profesos definitivos y 384 temporales; los sacerdotes eran 145 –8,4 %– y en período de formación en el escolasticado estaban 149 jóvenes). Pero la guerra frenó drásticamente el ritmo de crecimiento, pues el 1 de enero de 1919 se contaba con 1.730 miembros (468 con votos temporales y 1.262 perpetuos); es decir, solo 24 religiosos más que en 1910. Todavía el número descendió, pues el 1 de enero de 1920 se contaban 1.642 religiosos (de ellos 413 eran profesos temporales, 1.229 definitivos y en el estado eclesiástico había 170 sacerdotes –10,3 %–). En toda la década, el personal de la Compañía había descendido en 64 religiosos, si bien los sacerdotes habían aumentado en 25.

Además, las pérdidas habían sido cuantiosas: desde el último informe a la Sagrada Congregación en 1911 hasta el de 1919, habían emitido sus primeros votos 694

²⁰ La estadística de postulantes era de 15 en Rèves para las obras de Bélgica; 81 alsacianos en Saint-Hippolyte y 31 suizos en Martigny, para la provincia de Franco Condado-Alsacia; 12 italianos en Roma; 31 en Requista para Midi; 90 en Escoriaza (España); 12 en Freistadt para Austria; 34 en Monte San Juan para Cincinnati; 21 en Ferguson para San Luis; y 5 japonesas en Urakami. Cf. E. ROUSSEAU, 1920. *Chapitre général. Rapport de l'Office d'Instruction (1910-1920)*, p. 15, en AGMAR, 03.3.3.

novicios, de los que 573 habían llegado a la profesión definitiva; pero 254 religiosos se habían retirado de la Compañía (de estos, 207 con votos temporales y 47 ya perpetuos) y el número de fallecidos se había elevado a 290; es decir, una pérdida global de 544 hombres. Y en toda la década, de 1910 a 1920, las pérdidas habían sido de 717 religiosos: 336 por defunción (54 caídos en combate) y 381 por defección (de ellos 78 religiosos soldados que no regresaron al terminar la guerra). Los religiosos jóvenes en casas de formación siguiendo estudios habían descendido sensiblemente de los 156 escolásticos en 1910 a los 90 en 1920. A la vista de estas cifras, el padre Rousseau manifestaba a los capitulares generales de 1920:

Podéis constatar que la Compañía ha participado ampliamente de las funestas consecuencias de la gran guerra²¹.

La caída general de personal provino de las pérdidas sufridas por las 3 provincias francesas, que, al comenzar el curso 1919-1920, tenían 370 religiosos marianistas empleados en las obras de Francia; es decir, 21 religiosos menos que 10 años antes. El padre Rousseau explica:

Sin la guerra, nuestro número habría aumentado notablemente; ha sido a consecuencia de esta lucha gigantesca, donde debemos buscar la causa de la flexión constatada de 1910 a 1920²².

No obstante, cabía un moderado optimismo ante la existencia de 6 noviciados en toda la Compañía: el noviciado de las 3 Provincias francesas se encontraba en Cortil-Noirmont (Bélgica) desde el año 1912; durante la guerra llegó a quedarse sin novicios y, al llegar la paz, en junio de 1919 fue trasladado a los locales del antiguo postulante de Saint-Remy-Signeulx (Bélgica). En enero de 1920 albergaba a 52 muchachos, una cantidad nunca vista en la historia de la Compañía. El noviciado de España continuaba en Vitoria y en el año 1924 fue trasladado a Elorrio; en Mount Saint John, Dayton, residía el noviciado de la provincia de Cincinnati y en Kirkwood, en San Luis, el de esta provincia; en Greisinghof, el de Austria y Alemania, y en Urakami el de Japón. El 1 de enero de 1919 75 novicios habitaban estas casas. 7 años después la cifra de novicios había subido a 145 candidatos y entre 1919 y 1926 habían profesado 814 novicios. El aumento de novicios se debía a que las provincias francesas habían creado sus propios postulantes en territorio francés y religiosos reclutadores recorrían los pueblos, atrayendo a los niños más piadosos.

Los nuevos postulantes habían sido creados en Saint-Hippolyte, en 1919, para Franco Condado-Alsacia; en Clayton, en 1910, y en Antony, en 1920, para París y en Montauban para Midi. También las provincias de San Luis, Austria y la viceprovincia de Japón habían tenido que crear su postulante. De esta forma, 1.690 postulantes en toda la Compañía habían pasado por estos colegios vocacionales entre los años 1919 y 1926. En Estados Unidos los niños provenían de las escuelas parroquiales dirigidas por los marianistas y en las demás provincias de la acción de los reclutadores que recurrían a la ayuda de los curas párrocos amigos, interesados en las obras escolares marianistas. Japón continuaba captando sus candidatos entre los hijos de las familias pobres de los viejos cristianos en el entorno de Nagasaki.

Estos procedimientos de captación vocacional permitieron incrementar el número de profesos: de los 1.730 existentes en 1919 se había subido a 1.880 religiosos

²¹ *Ibid.*, p. 9.

²² *Ibid.*, p. 2.

(455 temporales y 1.425 perpetuos) en 1926, si bien las cifras de abandonos continuaban siendo altas, con un total de 279 defecciones en el mismo período temporal. Unido al incremento del número de religiosos, se dio un leve aumento del número de sacerdotes. En la década 1910-1920 fueron ordenados 58 sacerdotes marianistas. El número se consideraba insuficiente para sostener la vida espiritual de los religiosos y de los alumnos, dado que el porcentaje de sacerdotes en 1920 era del 10,3 %. Además, su distribución era muy irregular: en la provincia de Cincinnati solo había sacerdotes en 4 establecimientos. En las pequeñas comunidades de escuelas parroquiales en Estados Unidos y de fundaciones privadas en Europa no había sacerdote marianista. Los servicios clericales corrían a cargo del párroco del lugar. Era preciso aumentar el número de sacerdotes y mejorar su formación teológica. El padre Lebon esperaba que la aplicación del código de derecho canónico podría ayudar a mejorar la formación, porque imponía 2 años de filosofía y 4 de teología para recibir la ordenación.

En el campo escolar marianista, también se acusó el estancamiento provocado por la guerra. Al comenzar el nuevo curso de la paz en 1919, la Compañía regentaba un total de 157 establecimientos escolares, donde 1.544 religiosos educaban a 32.050 alumnos. Comparativamente con el año 1910 solo se había aumentado en 3 establecimientos, pero el número de religiosos empleados en la docencia había disminuido en 65 hombres.

La guerra también afectó a la economía de la Compañía de María, debido a la depreciación del franco francés y belga con los que trabajaba la Administración general²³. La guerra obligó a los gobiernos y compañías privadas a suspender los pagos de sus valores en bolsa; por este motivo, la Administración general no pudo ingresar los beneficios bursátiles que le reportaban los títulos, fondos de reserva y valores del Estado y de ferrocarriles, que componían la mitad de sus ingresos económicos. Sobre todo fueron muy graves las pérdidas financieras invertidas en los valores rusos, que ya no fueron pagados a partir de abril de 1918 a consecuencia de la revolución soviética, y de los valores invertidos en el antiguo imperio austro-húngaro, de los que ya no se recibieron beneficios desde 1915, primero a consecuencia de la guerra y después a causa del colapso social, político y económico que siguió a la desaparición del imperio. Aunque hubo que esperar a la paz para comenzar a recibir los beneficios, a comienzo de enero de 1920 las pérdidas financieras de la Administración general se elevaban a 260.000 francos. Pero el capital continuó intacto, pues la caja común de la Compañía no tenía deudas, si bien las provincias, por recomendación de la Santa Sede, habían hipotecado sus inmuebles colegiales para disuadir a los gobernantes liberales de una posible expropiación. También se debe contar que con la disminución de alumnos y de maestros marianistas durante la guerra, los ingresos provenientes de los colegios fueron menores. Otro gasto provino del deterioro de los edificios, cuyo mantenimiento no se pudo atender durante los años del conflicto bélico. Con la vuelta de la paz había que arreglar tejados, canalizaciones de aguas...; incluido el vestuario de los religiosos y la ropa de hogar que en muchos casos no se habían renovado. La situación de inflación y de altos precios hacía muy costosa su renovación.

Entre 1911 a 1919 los ingresos de la Administración general habían sido de 1.289.332 francos y los gastos de 1.252.832 francos. Los grandes gastos vinieron de la necesidad de construir o mejorar las casas de formación en las nuevas provincias de Estados Unidos, Austria, Franco Condado y París en Bélgica, y de mejorar las instalaciones de los colegios. Los marianistas tuvieron que comprar terrenos e

²³ Datos de los *Rapport triennal 1911-1919* y de *1919-1926* a la S. C. de religiosos, ambos en AGMAR, 9G2.2.13 y 9G2.3.1; E. GAHLINGER, *Rapport décennal de l'Office de Travail* al Capítulo general 1920, en AGMAR, 03.3.7.

inmuebles en Austria por valor de 106.948 francos, en Estados Unidos por 392.630 francos para la provincia de San Luis y 133.835 francos para Cincinnati en Canadá por 30.000 francos, y en Japón por 431.590 francos. Comprados los terrenos, tuvieron que proceder a la construcción o mejora de los edificios: la provincia de París para sus casas de formación en Rèves y St.-Remy (241.330 francos); Midi en el colegio de Cannes (31.000 francos); Franco Condado en sus casas de formación de Martigny, Friburgo y Pallanza (99.000 francos); Austria en Freistadt y Graz (85.803 francos); Cincinnati en la construcción de la casa de formación de Mont Saint John (1.733.795 francos); San Luis en San Bonifacio (Canadá) y en la casa de formación de Ferguson (280.130 francos). Las deudas contraídas desde 1911 hasta el final de la guerra, por la edificación de colegios y mantenimiento de las casas de formación y de ancianos, se elevaron a 1.535.700 francos. Para pagarlas, se tuvo que recurrir a vender solares en Dayton, Patterson, Suiza y Bélgica. Por temor a que los inmuebles fuesen expropiados por los gobiernos, se cargaron con deudas hipotecarias y quirográficas (el 31 de diciembre de 1918 estas eran de 1.581.500 francos y 2.060.900 francos respectivamente y en 1920 se elevaban a 1.8840.874 las hipotecarias y a 1.863.137 las quirográficas). Con la misma finalidad, para asegurar la propiedad de los colegios de Roma, Pallanza y Túnez (los dos primeros figuraban a título personal de los religiosos y el de Túnez reposaba desde 1905 sobre la propiedad de un tercero ajeno a la Compañía), en 1913 se creó en Roma la *Società Anonima Italiana per Frabbricati Scolastici*, con un capital fundacional de 1.200.000 liras en 2.400 acciones de 500 liras. *Frabbricati Scolastici*, con sede en el *collegio Santa Maria*, comenzó su actividad civil en octubre de 1913, como persona jurídica propietaria ante el gobierno de Italia y alquilaba el uso de sus inmuebles a la Compañía de María para fines escolares, si bien la Compañía era la propietaria financiera.

En total, entre 1910 y 1919 el patrimonio inmobiliario de la Compañía se había acrecentado de forma sensible; aunque su valor en mercado no siguió la misma progresión debido a la depreciación monetaria causada por la guerra. También se recibieron donaciones para misas por valor de 39.394 francos y otros 226.644 francos de *Propaganda fide* para el colegio apostólico de Urakami en Japón. No obstante, la base de los ingresos de la Compañía continuaron siendo los pagos escolares de los alumnos. En total, de 1911 a 1918 la media anual de ingresos de la Administración general fue de 622.053 francos.

En la opinión del ecónomo general, don Enrique Gaehlinger, en su informe al Capítulo general de 1920, estos buenos resultados podían ser atribuidos a las siguientes causas favorables²⁴: la primera causa consistió en que durante el periodo 1915-1919 las provincias europeas no pudieron hacer gastos extraordinarios; la segunda causa, a que en los mismos años numerosas provincias habituadas en el pasado a recibir subsidios de la Administración general, pidieron menos ayudas a Nivelles, sea porque sus recursos aumentaron, como fue el caso de la provincia de España y el colegio de Roma, sea porque las casas de formación vieron descender el número de candidatos durante los años de la guerra, siendo menores sus gastos; y otra tercera causa, paradójicamente, se debe atribuir a las dificultades que impuso la guerra a las comunicaciones y a la crisis del cambio de moneda en 1919, circunstancias que impidieron a la Administración general enviar ayudas económicas a las provincias²⁵. Por este motivo, los superiores

²⁴ E. GAEHLINGER, 1920. *Chapitre général. Rapport décennal... de Travail*, pp. 2.7, en AGMAR, 03.3.7.

²⁵ Las remesas de francos enviados por la A.G a las provincias en el decenio 1910-1920 fueron: San Luis, 14.444 fr.; Midi, 24.781 fr.; París, 68.074 fr; Franco Condado-Alsacia, 73.253 fr.; España, 130.233 fr. y Austria 441.706 fr. El colegio de Roma recibió 46.841 fr. y el seminario y escolasticado superior de Friburgo 134.393 fr. Cf., E. GAEHLINGER, 1920. *Chapitre général...*, p. 7, en AGMAR. 03.3.7.

locales tuvieron que desarrollar el ingenio para encontrar recursos por sí mismos. No había sido menos importante la decisión tomada en 1913 de que el colegio de Roma fuera adscrito a la provincia de Franco Condado-Alsacia. De esta forma, la caja general de la Compañía se descargó de la permanente deuda que esta casa arrastraba desde su fundación. Otra importante medida administrativa fue la decisión de que los gastos de mantenimiento de los seminaristas, religiosos estudiantes en la universidad de Friburgo y escolásticos de segunda enseñanza en la Villa Saint-Jean, corriesen a cuenta de sus provincias respectivas a partir del 1 de enero de 1914. Con esta decisión la caja general de la Compañía se vio dispensada de un importante gasto.

En contra de lo que se podría pensar, en la década 1910-1920 la Compañía de María desarrolló una intensa actividad económica, debido, básicamente, a la necesidad de dotar de casas de formación a las provincias surgidas de la reestructuración en Centroeuropa y en Estados Unidos, y a la mejora de los inmuebles escolares. «La construcción solo estuvo parada en la provincia de España»²⁶. A pesar de la guerra, los recursos económicos aportados por el trabajo y el espíritu de ahorro de los religiosos, completados por los ingresos de los fondos financieros, fueron suficientes para afrontar los gastos ordinarios de funcionamiento. Gastos que se pudieron hacer sin pérdidas en las reservas financieras y sin solicitar grandes préstamos. Pero la expansión de muchas obras educativas y de las casas de formación obligó a pedir préstamos para comprar o construir inmuebles. Por esta razón el pasivo económico de la Compañía aumentó considerablemente, provocando una situación muy onerosa. Los superiores aprovecharon la ocasión para mejorar la administración, obligando a las provincias y a las casas a programar la actividad económica, a centralizar los gastos y los ingresos en la caja provincial y hacer los balances mensuales y anuales que ayudasen a controlar y administrar el gasto, pues hasta la fecha la administración de los establecimientos era muy rudimentaria y la inmensa mayoría de los directores, e incluso administradores, desconocían los métodos contables. Por este motivo el estatuto XX del Capítulo general de 1920 mandó que los ecónomos locales hiciesen balances económicos semanales o quincenales, y que diesen cuenta de su gestión al director del establecimiento, responsable último de toda la casa. Aunque muchos de los administradores no tenían preparación técnica, la medida favoreció el ahorro y la tendencia a aumentar los ingresos.

Al terminar la Gran Guerra, la subida del coste de la vida se disparó, pues si en 1914 un religioso en Bélgica necesitaba para vivir una media de 473,30 francos por año, en 1920 esta proporción se había elevado a 1.044,50 francos. Esta situación obligó a revisar los contratos de trabajo y los salarios de los maestros marianistas con las instituciones propietarias de las obras escolares, parroquias, fundaciones y asociaciones católicas. También se hubo de recurrir a subir las tarifas escolares a pagar por los alumnos y los internos.

En consecuencia, según informa don Enrique Gaehlinger a los capitulares generales de 1922, la situación financiera de la Compañía se caracterizaba por el crecimiento de la deuda, «como nunca antes se había visto en su historia»²⁷, debido sobre todo al aumento del patrimonio inmobiliario. Pero era un gasto sometido a control, pues las provincias tenían capacidad para pagar estas compras con sus intereses. El señor Gaehlinger aseguraba que la bolsa estaba equilibrada. Además, tras la guerra subió el precio de la vida y con ello aumentó el mantenimiento de los formandos y candidatos que se encontraban en ascensión vocacional.

²⁶ *Ibid.*, pp. 16.18-25.

²⁷ E. GAEHLINGER, al Capítulo general de 1922, en el Proceso verbal, en AGMAR, 08.2.2.

En total el movimiento económico de 1919 a 1926 había supuesto para la Administración general unos gastos de 552.854 francos frente a unos ingresos de 244.147 fr. En cuanto a las provincias, al final del período de reconstrucción posbélica, en 1926, Franco Condado adeudaba 298.849 francos, Midi 13.000 francos; España 3.270.787 pesetas para la compra del estupendo edificio del colegio del Pilar en Madrid, Cincinnati 456.462 dólares, San Luis 573.117 dólares y Japón 80.000 yenes, a pesar del terremoto de 1923, que supuso cuantiosas pérdidas que se hubieron de reponer por valor de 500.000 yenes. Pero eran deudas que reclamaban futuros ingresos, pues respondían a la expansión de las obras escolares y de las casas de formación. Afortunadamente, en 1926 la caja común no tenía deudas.

Se puede apreciar cómo el incipiente crecimiento que a partir de 1910 comenzaba a despuntar en toda la Compañía de María, se vio truncado por los efectos de la guerra mundial. La ralentización del personal produjo un estancamiento en el número de obras y de alumnos; pues en el año 1914 no se abrió ninguna casa nueva y durante los años de la guerra solo se crearon 20 nuevas comunidades, todas en Estados Unidos salvo 2 en España. El estancamiento se notaba en que en 1919 la Compañía seguía instruyendo más o menos al mismo número de alumnos que en 1911: unos 28.000. En el septenio 1919 a 1926 se abrieron 15 nuevas casas, la mayoría escuelas de primaria, pero otras 15 se debieron abandonar o cerrar por falta de religiosos o de penuria económica en los patronatos.

Con el fin de no verse obligados a abandonar obras, se tuvo que recurrir a contratar profesores seculares (llamados «auxiliares»), en contradicción con el artículo 472 de las *Constituciones*, que recomendaba no fundar «ninguna casa, si no se tiene bastante personal para poder casi prescindir de auxiliares». Pero la penuria de los tiempos obligaba a contar con esta ayuda secular. Solo cabía recomendar a los directores elegir bien a los maestros contratados. Gracias a este recurso se pudo recibir a más alumnos, si bien disminuyeron el número de obras. De hecho, en 1926 había 156 establecimientos, 11 menos que en 1916. Francia había descendido a 46 obras, Alemania a 1, Austria continuaba con 8, Bélgica descendía a 7, España se mantenía en 14, Italia volvía a los 2 colegios de Roma y Pallanza, Suiza también se mantenía con 12, en el Norte de África continuaban los colegios de Túnez y Tetuán; Estados Unidos había perdido una obra, con 52 en el país, más las 2 escuelas del Canadá y los 3 establecimientos de Hawai. Japón se mantenía en sus 6 casas. Pero la estabilidad económica mundial había favorecido el incremento general de la escolarización, motivo por el que en 1926 la Compañía escolarizaba a 6.000 alumnos más que en 1919.

En cuanto al número de provincias canónicas no había variado; continuaban siendo 7: las 3 francesas de París, Midi y Franco Condado-Alsacia; la provincia de España, la de Austria, las 2 norteamericanas de Cincinnati y San Luis, y la viceprovincia administrativa de Japón. Por causa de la guerra no se habían podido renovar los superiores provinciales. No obstante, terminada la contienda, todos los religiosos trabajaban en obras de la Compañía, observando fielmente la regla. «Gracias a Dios nuestras comunidades viven en paz», sometidas a la autoridad de los superiores, afirmaba el informe de 1919 a la Sagrada Congregación. En el siguiente informe de 1926 se hace notar cómo la introducción oficial de la causa del padre Chaminade en la Congregación de ritos había suscitado entre los religiosos un sentimiento de piedad filial por la memoria del fundador y esto producía una renovación espiritual en las comunidades, el entusiasmo por la tarea escolar, el deseo de reclutar más vocaciones y el celo apostólico en las obras posescolares. Entre los alumnos proliferaban las asociaciones de piedad y de formación social, sobre todo la congregación mariana.

La reconstrucción moral y material de las pérdidas humanas y económicas de la guerra exigía, ante todo, un fuerte rearme espiritual. El padre Rousseau lo sabe y así se lo manifiesta a los capitulares reunidos en el Capítulo general de 1920:

En una situación tan aflictiva tenemos que aceptar religiosamente la voluntad impenetrable del Señor; es un misterio que debe ayudarnos a ejercitar nuestra fe y a afirmar nuestra confianza. Nos será fácil, si ponemos en paralelo los dos términos de este angustioso problema: de una parte, la amargura del holocausto que se ha llevado para la futura mies a los mejores operarios y, del otro, el valor inmenso de estos sacrificios, unidos a la sangre de nuestro divino Salvador. Así pues, no se debe dudar que estas muertes no sean fecundas; a nosotros pertenece hacerlas fructificar; Jesús y María ayudarán, tanto por nuestra fidelidad a la Regla, como por una actividad apostólica que ha de ser intensa, desinteresada, generosa y que favorecerá con hechos nuestro buen reclutamiento.

El espíritu religioso y el reclutamiento vocacional debían verse acompañados del celo en la misión educadora de la juventud. A los provinciales no les preocupaba tanto la disminución del número de obras o el lento crecimiento de la estadística de alumnos. Les preocupaba que los religiosos se mostrasen negligentes en la educación moral y religiosa de los alumnos. No eran «suficientemente celosos» en su «misión de educadores cristianos». Las lecciones del catecismo se reducían a la recitación seca del texto, en algunas escuelas había caído en desuso la misa de los jueves para los alumnos (contra lo establecido en el *Méthode* de la pedagogía marianista), la *Oración de las tres* apenas si se recitaba, los sábados apenas se recitaban las letanías de la Santísima Virgen, también había decaído el deseo de formar congregaciones marianas entre los alumnos. Los provinciales y sus inspectores continuaban insistiendo en hacer la lectura espiritual con los alumnos, en el sacramento de la penitencia y de la eucaristía, y la preparación de la primera comunión.

Los religiosos docentes serían los constructores de una sociedad moral y cristiana, si formaban en tales valores a sus alumnos.

Porque ahora más que nunca, es preciso restaurar la fe, la moralidad, el fervor y la acción por el bien. Para alcanzar este fin, debemos preparar a la Iglesia generaciones de alumnos cuidadosamente instruidos en su religión; sólidamente anclados en sus convicciones; prestos a irradiar en sus entornos el espíritu y las prácticas de un sincero cristianismo²⁸.

Estas fueron las motivaciones de fondo que animarán los estatutos del Capítulo reunido después de la guerra, en el verano de 1920.

c) Convocatoria y reunión del XV Capítulo General en 1920

En 1915 se debería haber celebrado el decimoquinto Capítulo general de la Compañía de María, con el fin de elegir nueva Administración general. De hecho, el Consejo general había acordado en su sesión del 13 de julio de 1914 abrir el Capítulo el 4 de agosto de 1915. Pero la guerra obligó a pedir a la Santa Sede retrasar la asamblea capitular hasta la llegada de la paz y prorrogar en sus puestos a los miembros de la Administración general. Por la circular de 11 de febrero de 1915, el padre Hiss comunicaba a los religiosos la necesidad de reenviar la asamblea capitular al año 1916; justo un año después, otra circular de 11 de febrero de 1916 volvía a reenviar el Capítulo por los mismos motivos. «Comprenderéis que es un caso de fuerza mayor».

²⁸ E. ROUSSEAU, 1920. *Chapitre général. Rapport... d'Instruction*, p. 11, en AGMAR, 03.3.3.

Con la llegada de la paz, por circular del 20 de octubre de 1919 el Buen Padre convocaba el Capítulo para los días 28 de julio a 10 de agosto de 1920 en el establecimiento de Rèves (Bélgica). El Capítulo tenía como tareas urgentes elegir al Superior general y sus Asistentes, cuyos períodos de mandato habían terminado en 1915, y adaptar las *Constituciones* al nuevo código de derecho canónico, aparecido en el 27 de mayo de 1917. Hechas las elecciones, la circular del 3 de abril de 1920 daba la lista de los capitulares miembros de la Administración general y los representantes de las provincias de Cincinnati, San Luis, España, Austria y la viceprovincia de Japón. Pero no los de las tres Provincias francesas de París, Franco Condado-Alsacia y Midi, cuyas elecciones eran más complicadas debido a la dispersión de sus miembros y comunidades. No obstante, el día de la apertura del Capítulo se encontraban presentes todos los capitulares menos don Alfonso Thibinger, por España, y el señor Zach, inspector de Austria²⁹.

La primera sesión se tuvo el jueves 29 de julio con la formación de la mesa del Capítulo y el reglamento capitular. El viernes 30 leyeron sus informes los Asistentes de Celo, Instrucción y Trabajo y, luego, el Superior general. La presentación del informe del General al Capítulo de la Compañía de María era un hecho excepcional, que solamente las circunstancias lo aconsejaban. De hecho, este informe del padre Hiss al Capítulo de 1920 era la tercera ocasión en que un Superior se dirigía a la asamblea general marianista. El primero había sido el padre Simler en 1886 y una segunda vez en 1896. Al terminar su informe, el Buen Padre pidió a los capitulares ser descargado del peso del generalato, que a su edad –74 años– se le hacía cada día más oneroso. El Capítulo se emocionó ante sus palabras, pero en las elecciones del día siguiente, por votación unánime renovó su confianza en todos los miembros de la Administración general, que continuaron ocupando sus mismos puestos. De esta forma, el Buen Padre Hiss retomó su alta responsabilidad en la que se desgastó hasta la extinción, dos años después de ser reelegido.

Tras las elecciones, el primer trabajo del Capítulo fue la revisión de las *Constituciones* para adecuarlas al código de derecho canónico. El padre Hiss había informado de la aparición del código por la circular de 8 de abril de 1918. En ella explicaba la nueva comprensión canónica de la vida religiosa y su efecto sobre las congregaciones modernas. Basándose sobre el principio de que el estado religioso se constituía por la emisión pública de los votos, el código reconocía las congregaciones de votos simples como verdadero estado religioso en la Iglesia católica. Era el reconocimiento canónico pleno del movimiento congregacional, pues los votos simples de los institutos nacidos en el siglo XIX, por ser emitidos públicamente en la Iglesia, tienen el mismo valor que los votos solemnes de las órdenes monásticas y conventuales.

Dado que un decreto de 26 de junio de 1918 de la S. C. de religiosos mandaba a todas las congregaciones y órdenes religiosas la revisión de sus constituciones para

²⁹ Según el *Proceso verbal*, fueron capitulares todos los miembros de la Administración general (Hiss, Lebon, Rousseau, Gaehlinger y Schleich), los religiosos de Cincinnati (el provincial O'Reilly y su inspector, Sauer, más los sacerdotes Meyer, Yeske y los hermanos Deck y Wohllenben); los de San Luis (el provincial Tragesser y su inspector Waldron, y los sacerdotes Canning y Ei y los hermanos Hollinger y Muller); la representación de España (el provincial Lázaro y el inspector Gabel, los sacerdotes López de Luzuriaga y Martínez de Murguía y los hermanos Heintz y Thibinger); los representantes de la provincia de Austria (Nagel y Zach y los electos padres Hamm y Jung y hermanos Munch y Schloeder); los de la viceprovincia de Japón (el padre Heinrich y el señor Wolff); París (el provincial, padre Pedro Lebon, y su inspector, el señor Kleitz, más los capitulares electos Cousin, Bernard, Longchamp y Schellhorn); Midi (el provincial Py y el señor Fayret, más los electos Bonnet, Senaux, Barthélémy y Arnould); y Franco Condado-Alsacia (provincial Sorret e inspector Wittmann, y los elegidos Hoch, Walter, Kieffer y Macker), cf. en AGMAR, 08.2.1.

ponerlas en armonía con las prescripciones del código, en noviembre de 1919 el padre Lebon viajó a Roma con el fin de informarse del procedimiento a seguir. Además, la Compañía de María debía preservar la composición mixta, al mismo tiempo que se querían retener los beneficios de una congregación clerical. No hubo dificultades; la Comisión de interpretación del código en respuesta del 27 de noviembre de 1919 reconoció el carácter clerical de la Compañía de María y los privilegios que de ello se derivaban. Con estas precisiones el Consejo general recompuso la redacción de aquellos artículos que quedaban afectados por el código para su estudio en el próximo Capítulo general del verano de 1920. Los capitulares discutieron la propuesta de la Administración general y solo aportaron algunas modificaciones de detalle. Entre las más destacadas estuvo la definición de funciones del adjunto general de primaria y de los inspectores provinciales. También decidieron que el procurador y el secretario de la Administración general pasasen a ser miembros de derecho del Capítulo general. Con estas correcciones, el Consejo general quedó encargado de hacer la redacción final de los artículos revisados para su aprobación por la S. C. de religiosos. Este trabajo estuvo terminado el 13 de febrero de 1922 y el padre Lebon se encargó de llevarlo a Roma; de tal forma que el 12 de diciembre de 1922 un indulto aprobaba todas las modificaciones del texto de las *Constituciones*. Feliz noticia que ya dio el nuevo Superior general, padre Ernesto Sorret, por circular de 22 de febrero de 1923.

Las demás medidas tomadas en el Capítulo fueron consecuencia de la adaptación de las *Constituciones* al código y del deseo de adaptar los diversos aspectos de la vida interna y de la tarea escolar a los avances de las sociedades modernas, después de la guerra. Estos cambios afectaban, sobre todo, a la formación inicial y a la administración de la Compañía.³⁰

Respecto a la formación, hay que tener en cuenta que a principios de 1920 había un total de 333 postulantes en toda la Compañía. Eran adolescentes que ingresaban entre los 12 y 13 años, y permanecían en el postulante durante 3 años, antes de continuar al noviciado o regresar a sus hogares. En este tiempo cursaban las clases superiores de la primera enseñanza o el bachillerato elemental, según los países. Niños piadosos de familias católicas, se les daba una educación que les inclinara hacia el deseo de pedir el noviciado. Pero había voces, como la del provincial de España, Domingo Lázaro, descontentas por la falta de calidad moral, intelectual y religiosa de los candidatos.

En su «Memoria» al Capítulo general, el provincial español sostenía que el reclutamiento estaba mal planteado y que la formación inicial era superficial. «Los niños (postulantes) provienen de familias trabajadoras y en general muy cristianas», pero con una instrucción mediocre. Son familias cristianas, de ambientes rurales y moralmente sanos, pero viven en la pobreza y la pobreza no forma un ambiente propicio para el desarrollo de las grandes virtudes. Los ambientes rurales de origen carecen de apertura y amplitud de espíritu; dan un tipo desconfiado, retraído y apegado a lo terreno. Esto da un catolicismo no esclarecido, vulgar, tradicional y conservador. Si hay fe, el trabajo de formación es bueno y sólido, pero si falta –cosa que suele suceder–, el trabajo ha sido en falso. «Con estos elementos hay que hacer religiosos». Los formadores trabajan en formar las conciencias de sus pupilos en las virtudes morales y en elevar sus ideales y aspiraciones. Pero los resultados no se corresponden con los esfuerzos, debido a que falta un plan orgánico y continuo en todos los grados de la formación inicial y en cada uno de sus niveles; a que se forma en la fidelidad a los reglamentos y la repetición a las tradiciones del instituto; para ello, las casas de formación se rigen por una «vida mecanizada»; finalmente, el padre Lázaro lamenta la estrechez de miras de los

³⁰ *Proceso verbal*, en AGMAR, 08.2.1; J. HISS, *Actes du Chapitre général de 1920*, circular del 22-I-1921.

formadores, muchos de ellos piadosos sacerdotes y fieles religiosos pero escasamente formados, preocupados por formar las conductas y la fidelidad a la regla. Se puede decir que el método didáctico se basaba más en un moralismo que buscaba moldear las conciencias a través de las conductas, que en cultivar la vida teológica de Cristo en las almas. El resultado era la insuficiente formación en las virtudes naturales y esta era la causa principal de las defecciones y del bajo nivel religioso de muchos de los que perseveran.

El resultado es –concluye Lázaro– que «nuestros postulantes van al noviciado todavía muy inconscientes, muy infantiles y pasablemente vulgares». Al entrar en el noviciado con 16 años, los jóvenes no poseen ni la madurez psicológica ni la formación intelectual suficiente. Por lo tanto, no se puede realizar más que una iniciación a la vida religiosa. El tiempo de verdadera edificación religiosa debe hacerse en el escolasticado, que se convierte para estos jóvenes, entre los 17 y 20 años, «en una necesaria continuación del noviciado». Pero no es así, pues los escolásticos debían preparar exámenes para obtener los grados de bachillerato y de las escuelas normales. Los estudios civiles formaban en el trabajo y elevaban el nivel cultural, pero invadían la vida interior y los estudios religiosos, llevándose así la hegemonía sobre el espíritu y el ideal religioso y marianista. Urgidos a estudiar para aprobar los exámenes oficiales en el menor número de años posible, tampoco la forma de realizar el trabajo intelectual era satisfactoria, pues los estudios tendían más a llenar la cabeza que a formarla³¹.

El análisis de Domingo Lázaro se refleja en la Memoria del Oficio de Instrucción. En ella, el padre Rousseau decía a los capitulares generales que los postulantes eran niños buenos, pero «vulgares» (la expresión era de Domingo Lázaro). Por eso, había que darles una cierta distinción en sus maneras sociales y elevar sus pensamientos e ideales. Junto con el cuidado de los estudios, era preciso insistir en una mayor formación moral y religiosa. Es decir, los mismos principios que animaban la pedagogía marianista, debían ser aplicados, pero con más premura, a los candidatos a ser los futuros religiosos docentes.

Rousseau proponía diversos medios: destinar a las casas de formación a los religiosos más aptos; admitir a los candidatos con mayores capacidades intelectuales y cualidades morales; no establecer a los postulantes en los internados escolares bajo la influencia de alumnos externos, sino separarlos con una organización independiente, pues en un postulante se necesitaba una disciplina más exigente para educar los comportamientos y modelar el alma; la disciplina debía apelar a la conciencia de cada formando y no basarse en el castigo de las infracciones del reglamento; en fin, había que educar en una piedad sincera e intensa, en una vida austera, en el trabajo manual y formar en el espíritu de familia. Solo así se les podía preparar para la prueba del noviciado.

Pero las propuestas de Rousseau no obtendrán buenos resultados en todo el período de entreguerras. Todavía en el Capítulo general de 1939, el Asistente de Celo,

³¹ D. LÁZARO, *Rapport decennal pour le Chapitre de 1920* (Madrid, 14 de marzo de 1920), en AGMAR, 03.2.3. La estadística de postulantes era: 15 en Rêves para las obras de Bélgica; 81 alsacianos en Saint-Hippolyte y 31 suizos en Martigny para la provincia de Franco Condado-Alsacia, 12 italianos en Roma, 31 en Requista para Midi; 90 en Escoriaza (España), 12 en Freistadt para Austria, 34 en Monte San Juan para Cincinnati, 21 en Ferguson para San Luis y 5 japoneses en Urakami. Cf. E. ROUSSEAU, *1920. Chapitre général... Instruction*, pp. 15-16, en AGMAR, 03.3.3. Todavía al final de la década en 1928 detectaban los inspectores de París y Midi, don Eugenio Pierrel y el señor Fayret, que los postulantes venían muy atrasados en sus estudios y casi ignorantes de la lengua francesa. Cf. E. PIERREL, *Province de Paris, Office d'Instruction. Renseignement fournis en vue de Chapitre général de 1928*, p. 4, en AGMAR, 04.2.13. El inspector de Midi, señor G. FAYRET, informaba: «Nos postulants nous arrivent à peine dégrossis et fort en retard», en *Mémoire au Chapitre général*, 1928, p. 10, en AGMAR, 04.2.14.

padre Jung, repite en su informe el mismo problema: entre 1934 y 1939 se habían recibido 1.677 postulantes, de los que 599 habían regresado a sus casas (el 35,7 %) y el resto continuaban en los postulados, noviciados o con votos; de estos, habían abandonado otros 84, en tal modo que hasta 1939 habían abandonado 683 y perseveraban 994, es decir una eficacia vocacional del 59 %. A criterio del padre Jung, el problema radicaba en que los postulantes eran recibidos a la tierna edad de 10 u 11 años. Después de su paso por el postulante y antes de marchar al noviciado, muchos de estos jóvenes no tenían una clara decisión vocacional; eran «sujetos dudosos». Era normal que muchos de ellos abandonaran durante las etapas de la formación inicial y, lo que es peor, el gran número de jóvenes que abandonaban después de la profesión definitiva. En el mismo sentido se manifestó el padre Coulon, Asistente de Instrucción. Coulon describe a los postulantes como niños provenientes de hogares «modestos», con una «educación insuficiente» en todo lo referente a las formas y maneras sociales, de modo que lo primero que sus formadores debían hacer en el postulante era completar estas lagunas, para hacer de estos jóvenes religiosos educadores, si bien se ha implantado la tendencia a que durante el postulante estudien el bachillerato o cuatro años de un ciclo completo de segunda enseñanza. Esto les permite poseer el título para la docencia de primera enseñanza y les obliga a llegar al noviciado con 16 años, lo cual les proporcionaba mayor madurez moral e intelectual³².

Una de las soluciones presentadas por Rousseau para aumentar la eficacia vocacional, seguida por sus sucesores en el cargo, era apelar a la necesidad de enviar a las casas de formación un personal selecto, que estuviera a la altura de su importante misión, capaz de mantener el espíritu formativo durante los años de postulante. Se debía reaccionar contra el espíritu colegial y proponer los motivos sobrenaturales de la vocación. En los mismos términos se expresaba todavía el padre Coulon en el Capítulo general de 1939. Perduraba la queja, porque el tiempo y el esfuerzo dedicado a los estudios civiles en el escolasticado se sobreponían al estudio religioso. En cuanto a los seminaristas, carecían de una sólida formación filosófica previa a su entrada en el seminario.

Los análisis y reflexiones sobre los postulantes se extendieron a los escolásticos, «los futuros maestros de la Compañía». Según sus aptitudes los jóvenes profesos eran destinados a los estudios de primera enseñanza o de enseñanza media. De estos últimos, algunos eran llamados a proseguir estudios de grado universitario o similar.

Las tres provincias de Francia agrupaban sus escolásticos destinados a la enseñanza primaria en la casa de Rèves. Aquí estudiaban el *brevet* exigido tanto en Francia como en Bélgica. En la última década, 65 religiosos habían obtenido su *brevet* elemental en Francia y 4 en Bélgica. Otros 10 jóvenes franceses y 2 belgas alcanzaron un certificado de aptitud pedagógica. Los escolásticos españoles estudiaban en la casa de formación de Escoriaza y los austriacos en el escolasticado de Freistadt. Los jóvenes estudiaban internos en casa con profesores marianistas y se presentaban a los exámenes oficiales para obtener el título. En estas condiciones, 43 jóvenes españoles obtuvieron el *brevet* elemental y 3 el superior. En la provincia de Austria los religiosos estudiaban el magisterio de primera enseñanza, pues las carreras universitarias exigían mucha dedicación y mucho tiempo. En Freistadt, los escolásticos austriacos gozaban la ventaja de que el tribunal lo formaban sus profesores y estaba presidido por un representante del Estado. En estas condiciones 73 habían alcanzado el *brevet* elemental, 22 el certificado de capacitación para enseñanzas especiales y 9 el *brevet* superior. Los jóvenes religiosos

³² F. J. JUNG, *Chapitre général de 1939. Rapport de l'Office de Zèle. 1939*, p. 21, en AGMAR, 06.2.1; J. COULON, *Rapport de l'Office d'Instruction au XX^e Chapitre général 1934-1939*, pp. 12-15, en AGMAR, 06.2.2.

de las 2 provincias americanas habían sido reunidos en el escolasticado de Monte San Juan, en Dayton; 54 de ellos lograron el *brevet* superior.

La organización de los estudios de los escolásticos destinados a la enseñanza media se mantenía estable desde 1910, salvo en Estados Unidos. Los escolásticos franceses estaban agrupados en Rèves y para terminar el ciclo del bachillerato eran enviados a la Villa Saint Jean en Friburgo. Durante la guerra se vieron obligados a permanecer en Rèves. También en este nivel, el trabajo intelectual de los religiosos había sido productivo en la década transcurrida, con 33 franceses diplomados en bachillerato de letras y 4 en el de ciencias. En Escoriaza los escolásticos destinados a la enseñanza media permanecían junto con sus compañeros de primaria. Como los programas de bachillerato estaban sobrecargados, los jóvenes debían permanecer tres cursos en el escolasticado. En la década transcurrida, 54 de ellos habían obtenido el diploma de bachillerato de letras y 5 de comercio. En Japón solo existía el bachillerato moderno con asignaturas de ciencias y lenguas vivas. Los escolásticos destinados a este nivel docente eran agrupados, desde 1914, en Tokio en locales independientes dentro del Estrella de la Mañana. Durante tres años seguían los cursos de bachillerato como alumnos del colegio. Superados los exámenes legales, recibían el título para ingresar en una escuela superior. Desde 1910, habían obtenido el título de fin de estudios medios 21 jóvenes religiosos. Estados Unidos era el país que presentaba mayor novedad, pues los planes de estudio civiles habían hecho necesario modificar los planes de estudio de los escolásticos marianistas. Dado que a los alumnos que salían de las *high schools* se les exigía el conocimiento del latín, todos los escolásticos –salvo excepciones– tuvieron que seguir cursos de latín; y los que tenían que estudiar lenguas clásicas según el programa de los *colleges* (sobre todo los que estaban destinados al sacerdocio), fueron reunidos en la Institución Santa María de Dayton. Siguiendo este plan, 21 religiosos obtuvieron el bachillerato de letras y 13 el de ciencias.

Además del nuevo plan de estudios, los religiosos norteamericanos comenzaron a cursar carreras universitarias para obtener los diplomas que les permitiera tener los conocimientos y la titulación para dar clase en las *high schools* que las dos provincias comenzaron a dirigir y en los cursos de ingeniería que se inauguraron en el establecimiento de Dayton. Entonces, enviaron religiosos a Friburgo (Suiza), para seguir las carreras científicas en la universidad, viviendo en el seminario. Para los licenciados en letras, las dos provincias abrieron en Washington una pequeña comunidad de estudiantes, que estaban matriculados en la Universidad católica. Esta iniciativa se había mostrado muy eficaz, pues los hermanos norteamericanos habían obtenido en el decenio 1910-1920 3 doctorados en letras y 9 licenciados por la universidad de Washington y 2 doctores en ciencias y 10 licenciados por la de Friburgo.

En la provincia de España, los religiosos hacían estudios universitarios como alumnos libres (matriculados en la universidad y estudiando por su cuenta en los tiempos libres que les dejaban sus ocupaciones escolares). Solo en los últimos cursos los superiores provinciales destinaban al religioso a Escoriaza o a la comunidad del colegio de Madrid para que frecuentara las aulas universitarias y completara la licenciatura. Los motivos de este proceder eran varios: desde la necesidad del ahorro, para no gastar demasiado en formación, y la falta de religiosos para las obras, que obligaba a compaginar el trabajo en la escuela con los estudios, hasta el miedo al anticlericalismo de los profesores universitarios, las malas influencias morales de la vida estudiantil y las consignas antimodernistas de la Santa Sede a la hora de frecuentar universidades civiles. Con todas estas prevenciones, en la Universidad central de Madrid 2 religiosos habían obtenido la licencia en filosofía, 4 en historia y 2 en ciencias. Entre los religiosos franceses 4 se licenciaron en letras y 2 en ciencias, y 3

japoneses consiguieron un certificado de estudios superiores. En fin, en 1920 había 90 religiosos en formación siguiendo el plan de estudios de primera y segunda enseñanza.

Era lógico que en los debates capitulares se hablara de dar más tiempo de estudio a los jóvenes religiosos, para aumentar la cantidad y el nivel de los grados académicos a obtener, el nivel de conocimientos intelectuales y la elevación de los ideales y valores espirituales que les acompaña. Además de formar a las personas en los valores morales del estudio, dos causas obligaban a dar más formación académica: primero, la general elevación de los planes de estudio en todos los países y, en segundo lugar, los marianistas eran llamados, cada vez más, a dirigir establecimientos de segunda enseñanza. Pero la recepción de obras de enseñanza media estaba produciendo un cambio en la fisonomía de la educación marianista, que en el pasado había sido preponderantemente una congregación docente de primera enseñanza. Esta novedad se había iniciado en Francia, en donde, a raíz de la expulsión de la enseñanza, se perdieron muchas escuelas de primaria y todos los orfanatos. Pero también obligó a hacer este cambio la mayor demanda de este nivel docente, sobre todo en Estados Unidos. Por doquier, en España, Francia, Italia, Japón... «las familias interesadas en la formación humana de sus hijos» preferían los centros escolares de las congregaciones docentes a las del Estado, porque «la enseñanza dada les daba más garantías de éxito (escolar)»³³.

El Capítulo mandó que a los religiosos destinados a la primera enseñanza se les concedieran tres años de estudios en las casas de formación, a fin de obtener el título de magisterio que la legislación de casi todos los Estados comenzaba a exigir para ejercer la docencia, y esto a pesar de las dificultades económicas, la penuria de personal y las urgencias por la labor escolar en todas las provincias (estatuto XIV). Los sucesivos Capítulos generales insistirán en la misma línea de actuación, de tal modo que en el Capítulo de 1939 el Asistente de Instrucción, padre Coulon, se mostraba satisfecho porque en todos los escolasticados de la Compañía los escolásticos permanecían un mínimo de tres años, siguiendo un curso académico que les permitía ejercer legalmente la docencia. La misma insistencia en la formación de los religiosos destinados a la enseñanza manifestaron los capitulares a hora de establecer en el estatuto XVI la obligación de dar una formación profesional más completa a los hermanos obreros, con el fin de disponer de especialistas en algunos oficios.

El Capítulo se ocupó de mejorar diversos aspectos de la organización administrativa de la Compañía. En primer lugar, quiso asegurar la repartición de los tres Oficios en las Administraciones provinciales y en los grandes establecimientos, para mejora su gobierno; «pero hay un principio que nunca se puede perder de vista, a saber, que la unidad de dirección debe estar siempre asegurada». Por lo tanto, correspondía al director de la casa distribuir el trabajo de sus ayudantes (estatuto XVIII). Sobre la manera de mejorar el trabajo del Capítulo provincial, se mandó que con antelación a la reunión capitular se debía informar a los capitulares de las materias que se iban a tratar, enviándoles por escrito los informes y demás propuestas; durante el debate capitular, la discusión debía ser libre y, terminado el Capítulo, la Administración provincial debía dar a conocer a los religiosos, bien mediante circulares o en los retiros anuales, el desarrollo de los debates, algunos aspectos de los informes presentados y los acuerdos y estatutos dictados (estatuto XXI). También se acordó la libertad de correspondencia entre los religiosos durante el período de elecciones al Capítulo provincial y general (estatuto XXII); este era un gran avance en la libertad personal, los tiempos conflictivos en torno a la composición mixta de la Compañía se habían terminado. Finalmente, se mandó a los ecónomos locales hacer caja «todos los ocho y quince días al menos»

³³ E. ROUSSEAU, 1920. *Chapitre général. Rapport d'Instruction*, p. 18, en AGMAR, 03.3.3.

(estatuto XX), para garantizar «el orden, la buena administración y la prosperidad material de las obras» explicaba el padre Hiss.

El padre Hiss notificó a toda la Compañía la reelección de los miembros de la Administración general por medio de la circular de 15 de agosto de 1920 y, por la siguiente de 22 de enero de 1921, las actas capitulares aprobadas por la Santa Sede.

En el año 1921 el padre Hiss celebraba el cincuentenario de su ordenación sacerdotal, recibida el 23 de diciembre de 1871 en la catedral de Montauban por imposición de manos de monseñor Legain. La efeméride se celebró el 9 de junio, día de la clausura del retiro de los provinciales de Europa. La noticia de la celebración fue dada por el número de julio de 1921 de *L'Apôtre de Marie*; posteriormente, el B. P. Hiss agradeció a todos los religiosos sus manifestaciones de cariño en la circular del 13 de enero de 1922. La circular vino a ser su testamento espiritual, una carta de agradecimiento, despedida y bendición del venerable anciano, cuyos días daban a su fin. No en vano terminaba con el saludo: «Vuestro Padre completamente entregado a Jesús y a María».

d) Muerte del B. P. Hiss y elección del padre Ernesto Sorret

Reelegido por el Capítulo general de 1920, el Buen Padre José Hiss conservaba una buena salud. A sus 74 años de edad continuaba escribiendo multitud de cartas sin que le temblara la mano; solo las piernas se le habían debilitado a causa de una flebitis. Insensiblemente, sin embargo, las fuerzas iban disminuyendo. Se daba menos al trabajo de despacho y prolongaba el tiempo de oración y de lectura espiritual. Así permaneció hasta finales de julio de 1922, cuando una trombosis le dejó postrado en cama el sábado 21 de julio. Sin poder hablar, inmóvil del lado izquierdo y la respiración jadeante, el jueves 27 de julio de 1922 fallecía el quinto Superior general de la Compañía de María, tras permanecer cuarenta y un años en la Administración general y diecisiete al frente de la misma. Sus funerales se tuvieron el lunes 31 de julio en la colegial de Santa Gertrudis de Nivelles y sus restos mortales fueron conducidos al cementerio de Saint-Hippolyte, en Alsacia, al lado de la tumba del padre Simler.

Por circular del 27 de agosto de 1922, el primer Asistente, padre Enrique Lebon, en calidad de vicario general de la Compañía, convocaba el Capítulo general para elegir Superior general. La circular de 16 de noviembre daba la lista de los capitulares. Se incluía la novedad acordada en el anterior Capítulo general, por la que eran miembros de derecho el procurador general y el secretario general, el padre Augusto Subiger y don Juan Crémoux respectivamente. Esto suponía un total de 49 capitulares, pertenecientes 5 a la Administración general y 6 para cada una de las provincias de París, Midi, Franco Condado-Alsacia, Cincinnati, España, Austria y San Luis y el provincial e inspector de los establecimientos de Japón³⁴.

³⁴ H. LEBON, *Membres du Chapitre général*, circular (16-XI-1922): Administración general: Lebon, Rousseau, Gaehlinger, Schleich, Subiger y Crémoux; París: provincial Pierre Lebon e inspector José Kleitz, y los electos P. Francisco Kieffer, P. José Schellhorn, D. Louis Cousin y D. Aloisio Gross; Midi: provincial P. José Py e inspector D. Germán Fayret, y los cuatro capitulares electos P. Marcelo Arnauld, P. Juan Bonnet, D. Juan Bacquier y D. Marcos Barthélémy; Franco Condado-Alsacia: provincial José Coulon y viceprovincial Carlos Wittmann, y los electos P. Emilio Macker, P. Ernesto Sorret, D. Alberto Hoeh y D. Antonio Walter; Cincinnati: provincial Bernardo O'Reilly e inspector D. Jorge Sauer, y los electos P. Juan Ott, P. Walter Tredtin, D. Adán Hofman y D. José Schtuz; España: provincial Domingo Lázaro e inspector D. Alfonso Thibinger, y los electos P. Francisco Martínez Atristáin, P. Salvador López de Luzuriaga, D. Luis Heintz y D. Clemente Gabel; Austria: provincial Rodolfo Nagel e inspector D. Juan Zach, y los electos P. Hipólito Hamm, P. José Jung, D. Carlos Munsch y D. Emilio Vogel; San Luis: provincial Luis Tragesser e inspector D. Juan Waldron, y los electos P. Augusto Frische, P. José

El decimosexto Capítulo general de la Compañía se abrió en la casa del escolasticado-postulantado de Rèves (Bélgica) el 28 de diciembre de 1922, con la tarea de elegir Superior general³⁵. Antes de la elección, los Asistentes leyeron sus informes, para dar a conocer a los capitulares el estado material y espiritual de la Compañía. Tras esta información, el domingo 31 de diciembre fue elegido sexto Superior general el padre Ernesto Sorret, en la primera ronda con 32 votos a su favor. Además, fueron revalidados en sus respectivos Oficios los demás miembros de la Administración general: primer asistente (de celo) el padre Enrique Lebon, segundo asistente (de instrucción) el padre Enrique Rousseau, tercer asistente (de trabajo) don Enrique Gaehlinger, inspector general don Miguel Schleich, procurador general el padre Augusto Subiger y secretario general don Juan Crémoux. La instalación en sus cargos se tuvo el martes 2 de enero a las 18:00 horas en la capilla del escolasticado.

En el momento de ser elegido Superior general, el padre Sorret tenía 57 años cumplidos y era rector del escolasticado superior de Friburgo. Su aspecto físico era de buena talla, cuerpo recto, cabellos rubios, la frente amplia y despejada y la mirada velada por la miopía; digno en su porte externo y habitualmente sonriente, su figura emanaba bondad. Haber sido rector del seminario marianista en sus dos sedes de Antony y Friburgo y, luego, provincial del Franco Condado-Alsacia durante los difíciles años de la guerra mundial, fueron sus mejores créditos para ser elevado a la máxima autoridad de la Compañía de María³⁶.

Ernesto Claudio Esteban Sorret Gavaille había nacido el 28 de septiembre de 1866 en Bognon, pequeña población de 400 habitantes, cerca de Vesoul, en el Alto Saona. Tercer y último hijo de una familia de agricultores, desde muy niño se sintió atraído por el estado eclesiástico y el cura párroco del pueblo le dio las primeras nociones de latín. Conociendo sus disposiciones al sacerdocio, tras la primera comunión, a los 12 años, sus padres le inscribieron en el internado de primera enseñanza de Marast, creado y dirigido por la Compañía de María en 1826. Aquí comenzó el joven Sorret sus estudios en 1878. En aquel entonces, el establecimiento escolarizaba a unos 60 alumnos. Aconsejado por el capellán, padre Leonardo Henry, orientó su vocación sacerdotal hacia la Compañía de María. No con mucha convicción y más interesado en los estudios que en la vocación marianista, ingresó como postulante en Belfort el 23 de septiembre de 1880, pero a causa de una grave pulmonía el 5 de marzo del año siguiente hubo de regresar al hogar paterno. La convalecencia duró más de dos años y, al recuperar la salud, había perdido el funcionamiento del pulmón derecho. En el otoño de 1883 debe retomar sus estudios, pero se encuentra muy retrasado, por lo que antes de volver al postulantado pasa un año en Marast. Ernesto Sorret poseía una inteligencia bien dotada para los estudios, una magnífica memoria y capacidad reflexiva, que unía a una fuerza de trabajo tenaz, por lo que, sin poseer una personalidad intelectualmente brillante, ocupó los primeros puestos entre sus compañeros de estudio. De hecho, al final de aquel último curso en Marast recibe el premio de honor por obtener el primer puesto en los exámenes. Seguidamente, se presenta al examen de *brevet simple*, que obtiene el 31 de julio de 1884 por la Academia de Besanzón.

Weckesser, D. José Fink y D. Juan Kautz; viceprovincia de Japón: viceprovincial P. Alfonso Heinrich y don José Vernier.

³⁵ Proceso verbal del XVI Capítulo general de 1922, en AGMAR, 08.2.2.

³⁶ Datos biográficos en AGMAR, RSM-Sorret Ernest; ANÓNIMO, *Notice biographique sur le T. R. P. Ernest-Joseph Sorret. Sixième Supérieur General de la Société de Marie*. S. l., s. f.; diario personal de Sorret, *Chapitre général. 1923. 1928. 1933*, p. 15, en AGMAR, 03.5.8.

Pero el resultado más importante de aquel año en Marast, fruto del trabajo espiritual de los años de enfermedad y del ejemplo de don Luis Charmier, fue la decisión vocacional a favor de la Compañía de María.

Durante los tres años de enfermedad, y finalmente durante el nuevo año pasado en Marast, (...) había pedido reiteradamente a la Santísima Virgen (...) que se dignara recibirme en su privilegiada Compañía. Mis oraciones fueron escuchadas y en el mes de septiembre de 1884 fui admitido al noviciado.

Comenzó su noviciado en Courtefontaine el 23 de septiembre de 1884, bajo la dirección del padre Miguel Mattern y don Nicolás Thiersé, dos venerables religiosos que desde 1870 y durante treinta años formaron numerosas promociones de novicios. Desde los primeros momentos, el joven Sorret mostró una madurez precoz y gran iniciativa, gracias a su juicio pronto y seguro. Pero no era autosuficiente ni autoritario; por el contrario, su carácter era abierto, de trato sencillo, sociable y conciliador; cualidades por las que siempre fue muy querido por sus compañeros de estudio, por los escolásticos y seminaristas a los que dirigió. Fiel a la regla pero flexible, de muy buenas disposiciones religiosas, vivía una piedad sólida y esclarecida. Sus cualidades dejaron profunda impresión en el señor Thiersé y el 1 de octubre de 1885 Sorret emitió sus primeros votos.

Después de su profesión fue enviado al escolasticado de segunda enseñanza de Besanzón –adscrito a la *Institution Sainte Marie*–, para proseguir sus estudios secundarios. Sin destacar pero dedicado al estudio, el 17 de julio de 1889 alcanzó el bachillerato en letras por la Academia de París. Tenía 23 años. Al empezar el curso comienza como profesor de historia en la *Institution Sainte Marie* de Besanzón, donde estará cinco años. Solicita los votos perpetuos y la comunidad informa de él: *très bon religieux*. Al mismo tiempo solicita la admisión al estado eclesiástico. El 4 de septiembre de 1890 emite la profesión definitiva en Saint-Remy; tres meses después, y tras prepararse con la meditación del *Traité des Saints Ordres* de Olier y las *Méditations* del padre Perreyve, el 20 de diciembre recibe en Besanzón la tonsura de las órdenes menores.

En el otoño de 1894 el joven clérigo fue enviado a Roma para completar la formación sacerdotal y obtener los grados en teología. Junto a otros sacerdotes marianistas colaboraba en la vigilancia de los alumnos del colegio Santa María, al tiempo que seguía los cursos en la facultad de teología de los dominicos, donde los marianistas contaban con la protección del padre Lepidi, gran amigo que había ayudado para la aprobación de las *Constituciones* y el asentamiento de los primeros marianistas en Roma. Al mismo tiempo, Sorret seguía en el Colegio romano (Universidad gregoriana de los padres jesuitas) los cursos de moral del sabio padre Bucciaroni, que ejerció profunda influencia en el espíritu del joven seminarista. También recibió la influencia de su compañero, Carlos Klobb, que le comunicó el entusiasmo por la arqueología cristiana. Finalmente, obtuvo el bachillerato y la licencia en teología el 22 de enero de 1895 y el doctorado el 23 de junio de 1896 por la Minerva de los dominicos. Un mes antes, el 30 de mayo de 1896, había recibido la ordenación sacerdotal en la basílica de San Juan de Letrán de manos del cardenal Parrochi.

De regreso a Francia, en 1896 fue encargado de los escolásticos en el importante escolasticado de Besanzón, al tiempo que era profesor de historia en el colegio. El escolasticado acogía a unos 40 escolásticos venidos de todas las provincias marianistas, incluidos norteamericanos y españoles. El padre Sorret desempeñó esta tarea con el sentido calmado y sereno de su origen campesino. Imponía su autoridad gracias a su juicio recto y sentido práctico del gobierno. Con la misma parsimonia preparaba los

apuntes de las clases como reparaba los desperfectos de la casa o cultivaba el jardín. El joven director gobernaba por medio de su bondad y discreción, por la confianza que depositaba en sus súbditos y recibía de ellos.

Sorret no debía pasar más de dos años en el escolasticado. Fue llamado a colaborar en una obra más importante, el seminario de la Compañía. En el otoño de 1898 lo vemos en el seminario de Antony, junto al rector Riest, que era su discípulo y amigo. A su llegada había una docena de seminaristas, que recibían en casa la enseñanza de las ciencias sagradas. Sorret impartió las asignaturas de filosofía escolástica, historia de la Iglesia y teología moral, además de encargarse de la economía de la casa. Le gusta la docencia de las ciencias sagradas («El género de estudios a los que me dedico, me acercan sobremanera a Dios», confesaba a sus superiores) y compone sus cuadernos de apuntes con meticolosa densidad.

Pero el fin de siglo son años revueltos entre los jóvenes clérigos franceses, atraídos por los nuevos métodos y contenidos teológicos. Ya vimos cómo el padre Riest, amigo de Loisy, orientó algunos seminaristas a seguir las conferencias privadas del eximio exégeta. También Sorret, que no era un espíritu integrista, leyó y siguió de cerca el pensamiento de Loisy y demás autores modernistas. Pero, a diferencia de su discípulo Riest, el padre Sorret poseía una psicología más estable y convicciones religiosas profundas y serenas; formaba a sus seminaristas en el estudio serio y tenaz; pero, ni crédulo ni temerario, les pedía practicar la humildad de espíritu. En fin, ante los problemas que las nuevas corrientes teológicas suscitaron en los seminaristas de Antony, en 1902 los superiores nombraron a Sorret rector del seminario en sustitución de Riest, muy influido por Loisy, cargo que el padre Sorret desempeñará durante nueve años.

Conjurado el problema teológico del modernismo, sobrevino el conflicto político con los radicales de la Tercera República, que acabaron expulsando de la enseñanza a todas las congregaciones docentes, persiguiendo la vida común de los religiosos y poniendo dificultades legales a la captación vocacional. Esto obligó a trasladar las casas de formación a los países vecinos. Aconsejado por la Administración general, el padre Sorret optó por la secularización legal, que recibió el 27 de septiembre de 1902, figurando como adscrito a la diócesis de Besanzón. Llegada la supresión civil de la Compañía de María en Francia el 19 de marzo de 1903, los superiores planificaron con Sorret el traslado del seminario a la ciudad suiza de Friburgo. Allí se estableció en el mes de mayo. Pero tantas preocupaciones habían minado su salud y debió guardar reposo en un sanatorio de montaña.

Establecidos en Friburgo y matriculados en la facultad de teología regida por los padres dominicos, por primera vez los seminaristas de la Compañía frecuentan las aulas universitarias para seguir el curso completo de las ciencias eclesiológicas. En contrapartida, han de recibir en el seminario la formación pastoral y espiritual específica de sus futuras tareas sacerdotales. El padre Sorret se encarga de los cursos de ascetismo, pastoral y liturgia. De estos trabajos quedan sus manuscritos, cuidadosamente preparados y puestos al día con referencias a los últimos libros y artículos aparecidos sobre la materia³⁷. Como en el tiempo de maestro de escolásticos en Besanzón, también de rector gozó del aprecio de sus compañeros sacerdotes y de sus seminaristas. El padre Neubert recuerda que el mérito de los cursos del padre Sorret no residía en «la

³⁷ Los apuntes de estado religioso, teología ascética y oración mental (1904-1910); los de vida interior (1902-1909); los de moral y bibliografía de historia eclesiológica (1904); los de liturgia, breviario y misa (1899-1906); y otros cursos diversos (entre 1921-1938), se conservan en AGMAR, 0175. Otros cursos de historia y artículos (1901-1913), y un dossier sobre el problema modernista (1907-1912), en AGMAR, 0176.6-7. Uno de estos estudios, sobre la crisis de vocación en los jóvenes, mereció la publicación en *L'Apôtre de Marie* a lo largo de los años 1907-1909.

originalidad de su espíritu, sino en la seguridad de su buen sentido y de su buen espíritu administrativo», y el provincial Landelino Beck, en el informe de 28 de febrero de 1906, lo define como «excelente superior de Seminario en todos los aspectos. Señor, consérvanoslo».

Gracias a esta multitud de lecturas y escritos, Sorret vino a convertirse en un conocedor profundo de psicología y pedagogía aplicadas a la moral y a la vida espiritual, de historia de la Iglesia y derecho canónico, de espiritualidad y liturgia y, sobre todo, de los métodos y contenidos del neotomismo, componentes que nutrirán los contenidos de sus no muy numerosas pero sí extensas y densas circulares como Superior general. Circulares en las que tratará de los obstáculos en la vida espiritual y el modo de vencerlos; de la práctica de la vida interior y de la práctica de las virtudes de la prudencia, la fidelidad, la paz, la fortaleza, la generosidad y del abandono en la Providencia; en otras circulares tratará sobre la obra de la educación cristiana y la misión de educadores de los religiosos marianistas; y se preocupará de la marcha de la causa del padre Chaminade y la veneración a su persona. Todos estos escritos poseen una sólida estructura y contenidos tomistas, pero están anclados en el realismo de las dificultades económicas y políticas internacionales de los años de entreguerras, sobre todo, la depresión económica de 1929 y la persecución religiosa de la II República española a las congregaciones, objeto de la circular del 22 de enero de 1932.

Ya de por sí, Sorret era un espíritu observador y perspicaz, pero sus lecturas de psicología y pedagogía le convirtieron en psicólogo avezado. Se hizo, entonces, un estimado director espiritual, lúcido y juicioso, esclarecido por sus estudios de moral, teología y derecho, que le ayudaron a saber dar a cada persona la solución más clara y sólida a su caso de conciencia. Prueba de este ministerio espiritual es su abundante correspondencia personal con los religiosos, compañeros sacerdotes, religiosos militarizados... que buscan su consejo. Llegado a esta madurez, es de comprender por qué el padre Hiss, en carta del 28 de julio de 1911, lo nombró provincial de Franco Condado-Alsacia. La «obediencia» tenía fecha del 31 de agosto. Diez años se ocupó de las casas de esta provincia, distribuidas entre Francia, Alemania, Suiza e Italia. Grande fue la prueba de los años de la Gran Guerra, en que religiosos de todos los ejércitos beligerantes pertenecían la misma provincia. Se hubo de contratar a profesores seculares para sustituir a los religiosos militarizados, mantener contacto con estos y sostener el ánimo de los que habían quedado en las casas cumpliendo sus tareas escolares. Al llegar la paz, hubo de hacer frente a los problemas económicos provocados por la inflación galopante y la subida de los precios. Guiado por su sentido práctico, Sorret impuso una rígida economía basada en «disminuir los gastos, aumentar los ingresos»; él mismo revisa las tarifas y recurre al consejo de hombres de negocios. Logró, así, reaccionar contra una situación económica deficitaria y, al entregar el gobierno de la provincia, los recursos económicos, siendo limitados, permitían esperar una prosperidad relativa que hizo posible la fundación de la viceprovincia de Italia en 1931.

Dos quinquenios de gobierno al frente de la provincia en tiempos tan calamitosos habían extenuado sus fuerzas. No extraña que el padre Hiss pensara confiarle a la salida de su cargo la dirección de una casa importante pero cómoda de gobernar, nombrándole director del escolasticado superior de Friburgo, junto al seminario. Sorret recibió la nueva «obediencia» emocionado y agradecido, y en el otoño de 1921 volvió a su amada tarea de forma a los jóvenes marianistas. Un manípulo de 10 o 12 jóvenes componían la llamada cariñosamente entre los marianistas «La Normal». También volvió a impartir a los seminaristas los cursos de liturgia. Se mostraba gozoso de haber retomado sus antiguas ocupaciones intelectuales y su salud se recuperó. Pero en esta tarea solo estuvo un año, pues su dilatada experiencia de rector del seminario y

de provincial en los difíciles tiempos de la guerra le hacía el candidato más firme para suceder al difunto padre Hiss, puesto para el que fue elegido el 31 de diciembre de 1922 y que juró el 2 de enero de 1923.

3. Los años de la *prosperidad*

Terminada la Gran Guerra, la reconstrucción de Europa proporcionó una aparente recuperación económica y un breve bienestar social, que desapareció con la grave depresión de 1929. La prosperidad de los años veinte no solamente se sintió en el campo de los bienes materiales a favor de formas de vida más confortables, sino que también afectó a la cultura, propiciando un cambio de mentalidades. Si la guerra fue sentida como un enorme cataclismo de la civilización europea, la victoria no comportó una permanente inestabilidad económica y política y, con ello, social y cultural. El resultado fue el desprestigio de los valores del orden burgués –el esfuerzo y las privaciones– y de sus instituciones, sobre todo, el parlamentarismo liberal decimonónico. En efecto, a las penalidades padecidas por combatientes y población civil durante la guerra, se sumaron las dificultades económicas y laborales sobrevenidas durante la paz. Y esto no solo en las potencias vencidas (Austria y Alemania), sino también en los vencedores. Todos se preguntaban la razón de haber hecho tantos sacrificios durante la guerra, para perder seguidamente los beneficios de la victoria. Esta confusa situación propició la difusión de una sensibilidad hedonista e independiente, que va generando en las masas nuevos usos sociales secularizados. La secularización de las mentalidades y de los comportamientos afectará al concepto decimonónico de la vida religiosa concebida como esfuerzo, renuncia y exactitud en la observancia de los reglamentos. Los superiores y los capítulos combatirán para mantener la regularidad, si bien la batalla contra la secularización se ganará, ante todo, por vía espiritual en virtud del reforzamiento de la identidad del estado religioso de votos simples, ahora reconocidos por el nuevo código de derecho canónico, la estima de la consagración religiosa y la elevación del prestigio social y de la conciencia profesional del religioso docente.

Pero el bienestar material no solo comportó un efecto secularizador negativo, sino que la difusión de la cultura urbana y de masas benefició la expansión de la educación escolar. Las corrientes de la escuela nueva maduraron en los años veinte y treinta y los Estados aplicaron políticas educativas para extender la educación a todos los grupos sociales con la finalidad de erradicar el analfabetismo y elevar la cultura media de la población.

También dentro de la Iglesia católica se vive un momento de optimismo, aumentado por la reacción victoriosa frente al modernismo teológico y la promulgación del código de derecho canónico, en el que viene recogido el nuevo ordenamiento eclesiástico que se había ido formando a lo largo del siglo XIX en el contexto de la sociedad liberal. El código de 1917 ayudó a regular y dar estabilidad a las instituciones eclesiásticas surgidas durante el siglo XIX y fortaleció el centralismo de la curia romana y de las congregaciones religiosas. De esta forma, durante el pontificado de Pío XI (1922-1939) se tiene la impresión de un ascenso del catolicismo, que volvía a tomar carta de naturaleza en la cultura europea. Una pléyade de teólogos, filósofos y literatos católicos elevan el prestigio de la Iglesia en el mundo de la cultura. Gilson, Maritain, Garrigou-Lagrange, Ramírez, Léon Bloy, Péguy, Bernanos, Mauriac, Chesterton... daban prestancia a un catolicismo que tenía altura intelectual y sensibilidad humanista. También comenzaban a dar resultado las reformas de la piedad y de los movimientos de apostolados emprendidos por la acción de León XIII y del papa Sarto. De la *Rerum*

novarum (1891) a la *Quadragesimo anno* (1931) han ido surgiendo movimientos seculares a favor del mundo del trabajo, entre los más destacados figura la Acción católica. Las grandes concentraciones católicas muestran la imagen pública de un catolicismo de masas, organizado en movimientos apostólicos, para mostrar la fuerza de la fe y de la Iglesia, como una sociedad paralela enfrentada con el liberalismo, el socialismo y el fascismo.

No ha sido de poca importancia la firma en 1929 de los pactos lateranenses, junto al concordato con el Estado italiano. Por los pactos de Letrán viene reconocido el Estado de la Ciudad del Vaticano y la soberanía del papa. Ambos actos concedieron a la Santa Sede la posesión de una personalidad política que, a partir de ahora, le permitió actuar como sujeto de derecho internacional. Gracias a ello, los papas podrán, a través de sus representantes, exponer la doctrina social de la Iglesia en los organismos internacionales creados después de la Gran Guerra. Y como Estado soberano, la Santa Sede podrá negociar acuerdos y tratados diplomáticos con los gobiernos totalitarios o anticlericales en defensa de las Iglesias locales.

La Compañía de María va a integrarse en este nuevo impulso de la Iglesia. El padre Sorret, Superior general entre 1923 y 1933, con sus grandes circulares doctrinales y sus viajes por las provincias, alentará el entusiasmo por la vocación y la misión docente de los religiosos marianistas. Su sucesor, padre Francisco Kieffer (1934 a 1940), un afamado pedagogo, pondrá el mayor interés en hacer cultivar a los religiosos su conciencia profesional de educadores. Pero también tendrá que sostener la fe y la esperanza en sus hombres ante las duras pruebas de la guerra y el martirio en España y de la persecución del nazismo a la Iglesia católica en Alemania y Austria.

a) Pax Christi in Regno Christi

Un nuevo papa, Pío XI, elegido el 6 de febrero de 1922, inauguraba su pontificado en los inicios de la recuperación económica posterior a la guerra. Pero no hay que confundirse, la aparente bonanza económica era artificial y no será capaz de ocultar los enormes problemas políticos, laborales, militares... que habían quedado pendientes de solución después de los armisticios y tratados de paz. El papa pensaba que el origen de tantos males estaba en el afán de lucro y poder, propios de una visión materialista del hombre, la sociedad, las instituciones, el Estado..., sin conexión con los valores sobrenaturales. Solo instaurando la paz de Cristo y su reinado se encontraría la paz política, militar y social perdida.

Aquiles Ratti ocupará la sede de Pedro en los años de entreguerras, hasta su fallecimiento el 10 de febrero de 1939. Pío XI era un erudito con dotes de organizador y capacidad para captar los problemas de la política contemporánea, a la vez que realista para darse cuenta del predominio de las doctrinas nacionalistas en las mentes de los católicos. «Pío XI advirtió con claridad que después de la guerra los problemas se planteaban cada vez más a escala mundial»³⁸. La Iglesia católica no se debía identificar con la Europa occidental. De aquí sus gestos para intensificar unas buenas relaciones con Estados Unidos y su esfuerzo por aumentar la expansión misionera, pero sin hacer de los misioneros agentes de propagación cultural de las potencias colonizadoras; era necesario desnacionalizar las misiones, practicar la adaptación y promover el clero indígena. A este movimiento expansivo le corresponde otro de concentración,

³⁸ R. AUBERT, «El medio siglo que preparó el Vaticano II», en R. AUBERT (dir.), *o. c.*, vol. V, pp. 478-490; G. JARLOT, «Guerra mundial y Estados totalitarios. 2», en A. FLICHE / V. MARTIN (dirs.), *o. c.*, vol. XXVI (2), pp. 68-72; D. VENERUSO, «Il pontificato di Pio XI», en E. GUERRIERO (dir.), *La Chiesa e le dittature, Storia del cristianesimo. 1878-2005*, vol. 3. Milán, 2005, pp. 1-37.

ordenando a las órdenes religiosas trasladar a Roma su sede central. La encíclica *Rerum Ecclesiae*, de 28 de febrero de 1926, y la consagración de los seis primeros obispos chinos, hecha por el papa, señala la tendencia a una nueva forma de expansión del catolicismo.

Pío XI buscaba realizar una obra profunda, más que extender la Iglesia romana en el espacio. Cuando Aquiles Ratti es elevado al solio pontificio, Europa acaba de salir de una cruenta guerra; han desaparecido los imperios alemán, austro-húngaro y ruso y han nacido nuevas naciones. Un nacionalismo inmoderado ha desmembrado los antiguos imperios y amenaza la estabilidad geoestratégica europea. Rusia se halla en un proceso revolucionario, que es visto con simpatía por los proletarios de todos los países. Alemania se encuentra sumida en un profundo desorden económico, político y social. Italia, aunque vencedora en la guerra, padece un profundo descontento, porque en la paz no ha recibido todas las recompensas territoriales esperadas. Los aliados no coinciden en las sanciones que se deben imponer a Alemania, a la que hacen responsable de la guerra. Pero sobre todo Europa ha salido perdedora de una guerra, que ha dejada tras de sí una inmensidad de muertos, destrucción material y parados. Convenía ir a fondo en el análisis de las causas que estaban en el origen de tantos errores y sufrimientos. Tal fue el objeto de su primera encíclica programática *Ubi arcano. Sobre la paz de Cristo en el reino de Cristo*, de 23 de diciembre de 1922. En ella concreta y define su divisa *Pax Christi in regno Christi*. Pío XI entiende que se debe crear una nueva cristiandad, que debía renunciar a las formas institucionales del Antiguo régimen, para tratar de suscitar el espíritu cristiano en la sociedad contemporánea con medios modernos, en contraposición a la «exclusión social de Dios», como causa principal de los males que en la hora actual afligen al mundo. Tal era el programa que trazó en la *Ubi arcano*.

Entiende Pío XI que todos los actuales males proceden de que los tratados de paz no han sido grabados en los corazones, pues durante mucho tiempo ha triunfado el derecho de la fuerza, que ha embotado el sentimiento de bondad que la divina caridad perfecciona; porque por todas partes se ha extendido el desdén por los fines eternos, suplantados por el ansia de poseer los bienes materiales. Ahora bien, mientras que los primeros unen el corazón de los hombres, los segundos son fuente de discordia entre los pueblos. Bajo la apariencia del bien público y del patriotismo se ha impuesto la trasgresión de la justicia y el derecho. Pío XI piensa que la causa de los males que afligen Europa se debe buscar en el olvido de Dios y de Jesucristo, excluidos de la legislación y de los asuntos públicos. Por ello, la sociedad ha sido entregada como presa a las facciones políticas que intrigan por el poder para asegurar sus propios intereses y no los de la patria. De la misma manera, las instituciones primarias, la familia y la educación, han perdido sus fundamentos en la santidad de Dios y son incapaces de procurar hombres de costumbres ordenadas, partidarios del orden y de la paz. «No hay que extrañarse de los gérmenes de discordia sembrados por todas partes (...) hayan terminado por producir este execrable fruto de guerra», que ha alimentado los odios internacionales y sociales con mayor violencia y sangre.

Pío XI denuncia el agnosticismo, el laicismo, el liberalismo y el positivismo jurídico, que ya habían combatido sus predecesores León XIII, Pío X y Benedicto XV. Los valora como corrientes materialistas, que él agrupa y designa bajo el término de «nueva especie de modernismo moral, jurídico y social», a los que condena «tan formalmente como el modernismo dogmático», porque esta nueva forma de modernismo implicaba «la separación del orden natural y del orden sobrenatural», reivindicando para aquel el derecho de constituirse, desarrollarse y actuar sin tener en cuenta a este segundo. Por eso, con su divisa de «la paz de Cristo en el reino de Cristo» afirma que no hay otro modo de restaurar la paz en el corazón de los pueblos, en las

clases sociales, las instituciones públicas y privadas, y en los individuos, que ofreciéndoles la paz de Cristo, en quien somos hermanos. Esta paz cristiana prescribe el respeto al orden, a la ley, a la autoridad. El reino de Cristo se ha de instaurar en las personas, en la familia y en la sociedad. De esta manera, Pío XI quiso determinar el error fundamental, que es raíz de los males de su tiempo, bajo la denominación de «modernismo social». El término, que ya se había usado al final del pontificado de Pío X, toma aquí un sentido preciso: se trata de la laicización de la vida política en todos los aspectos, el económico, el político y las relaciones internacionales. Hombre culto y erudito, admitía la distinción establecida por León XIII entre el poder temporal y el espiritual, cada uno soberano en su propio terreno. Pero rechaza una vida pública en la que Dios estuviera ausente.

Consecuentemente, Pío XI reaccionó sistemáticamente y con energía en todos los campos contra la secularización de las instituciones públicas y de las costumbres, combatiendo al liberalismo laicizante, al ateísmo marxista y el paganismo nazista. Contra esta secularización, el papa defenderá el sentido sobrenatural y moral con el que se han de vivir el matrimonio (*Casti connubi* de 31 de diciembre de 1930), la educación de la juventud (*Divini illius Magistri* de 31 de diciembre de 1929), la economía y el trabajo (*Quadragesimo anno* de 15 de mayo de 1931), los nuevos medios de comunicación y de ocio moderno, sobre todo la prensa (*Rerum omnium* de 26 de enero de 1923) y el cine (*Vigilanti cura* de 29 de junio de 1936). Este mismo afán explica los esfuerzos con que estimuló la organización de la Acción católica, exhortando a los católicos a colaborar en la tarea de inculcar los principios cristianos en las instituciones y costumbres modernas.

En su lucha contra el laicismo, Pío XI buscó que las medidas legislativas emitidas por los gobiernos fuesen favorables al ideal cristiano de la familia, de la escuela, del trabajo... o, al menos, se mostrasen neutrales ante las actuaciones de la Acción católica de los seculares para imbuir de valores cristianos la ciudad secular. Donde vio que esto era posible, Pío XI fue más lejos y trató de lograr la garantía diplomática de un concordato. Aunque ha sido muy criticada la «manía» concordataria de Pío XI, parece que él y sus consejeros veían en los concordatos la posibilidad de introducir en las legislaciones civiles cierto número de estipulaciones del derecho canónico en materia de legislación matrimonial y escolar, al mismo tiempo de garantizar a la Santa Sede el derecho de designar libremente los obispos. Cuestiones, todas ellas, inconcebibles antes de 1914.

Nada más terminar la contienda mundial, la coyuntura parecía esperanzadora para este programa de recuperación del sentido sobrenatural y cristiano de la vida. En Francia el anticlericalismo de la Tercera República se hallaba en franco retroceso; en Italia, el fascismo se mostró favorable a solucionar la cuestión romana; en Alemania, la República de Weimar abandonó las viejas sospechas bismarckianas hacia los católicos y el movimiento litúrgico y el asociacionismo juvenil católico propició un despertar de la Iglesia en las almas; en Estados Unidos el catolicismo continuaba progresando con regularidad; y las relaciones eran buenas, en general, con los nuevos Estados nacidos de la guerra. Por doquier, el ideal liberal de la separación entre la sociedad civil y la Iglesia parecía dar paso a una colaboración con la autoridad moral que ahora representaba el papado.

Dado que la encíclica *Ubi arcano* era teológica, tuvo poco eco entre los hombres políticos. Pero, como iba dirigida a los obispos y demás personas con autoridad en la Iglesia, los rectores de seminarios, superiores generales y formadores en las congregaciones religiosas secundarán la llamada del papa a combatir este nuevo modernismo social, que excluía a Dios de las instituciones y del sentido de la vida. Es

comprensible que las enseñanzas y las actuaciones de gobierno del Buen Padre Sorret y los Capítulos generales de la Compañía actúen para reforzar en los religiosos el sentido sobrenatural de sus vidas y misión, contra la secularización del pensamiento y de las costumbres. El Superior general lo hará a través de sus circulares, llamando al cultivo de las virtudes morales y teologales, a la fidelidad a los compromisos religiosos y al sentido sobrenatural y misionero de la labor docente del religioso marianista entre la juventud. El sacerdote marianista debe distinguirse por su dedicación a su misión espiritual entre sus hermanos de religión y los alumnos, por encima de la excesiva ocupación en la actividad docente. Los Capítulos seguirán la línea de reforzar los elementos institucionales, insistiendo en el cumplimiento de los reglamentos como instrumento para sostener la vida espiritual.

b) Prosperidad e incipientes síntomas de secularización

Los graves problemas socio-culturales, económicos y morales subsiguientes a la Gran Guerra arrojaron retos importantes, a los que respondieron las orientaciones de gobierno de los Capítulos y de las Administraciones generales durante los generalatos del padre Sorret (1923-1933) y Kieffer (1934-1940).

El período de entreguerras se caracteriza por ser un tiempo de profundos cambios políticos y culturales en Europa y Estados Unidos. Los millones de combatientes caídos en el frente y las penalidades sufridas por la población civil en la retaguardia generaron, al advenimiento de la paz, un escepticismo hacia los valores burgueses que habían provocado este cataclismo europeo, significado en la desaparición de los grandes imperios del siglo XIX: la Rusia zarista destruida por una revolución proletaria y los imperios prusiano y austriaco convertidos en repúblicas de inestable vida económica, política y social. Pero no solo el factor político, sino también el económico-social fueron determinantes para caracterizar el cambio de mentalidades posterior a la guerra. En todas las naciones europeas el deseo de reconstruir las ruinas dejadas por la guerra y la voluntad de relanzar la economía trajeron un aparente bienestar material y un difuso hedonismo. Pero estos años de bienestar fueron pasajeros y la fluctuación de las monedas nacionales, con sus periódicas devaluaciones, creó en los ciudadanos un difundido sentimiento de inseguridad. Cuando los gobiernos pensaron que se podía estabilizar la vida económica y política, la crisis de 1929 volvió a arrojar en el paro a millones de trabajadores. Al mismo tiempo, a partir de 1933 la situación internacional se fue degradando ante la agresividad militar de Japón y Alemania y los acontecimientos de la guerra de España. Ante tanta confusión, el ciudadano medio no comprende cómo después de tantos sacrificios hechos durante la guerra y la posterior reconstrucción de las economías nacionales, apenas transcurrida una década retrocede la recuperación material y se pierde la seguridad de la paz. Gran parte de la población de comerciantes, funcionarios, agricultores... vieron devaluarse sus ahorros y bienes patrimoniales, y modestos y grandes inversores perdieron las inversiones depositadas en el imperio zarista. Las consecuencias morales de tanta desolación fueron graves y entre la población se difunde un pesimismo que pone en tela de juicio la concepción predominante de los principios liberales del esfuerzo y las privaciones que garantizaban la estabilidad y la seguridad pública y privada. En consecuencia, cada uno buscó por cuenta propia sobreponerse a la crisis económica y moral, actitud que propició el individualismo y el deseo de independencia personal.

En la esfera religiosa las sociedades occidentales asisten a los primeros síntomas de secularización de la vida en las masas populares. Todo esto invade también a las congregaciones religiosas y los superiores no comprenden en su totalidad el cambio

económico y cultural que está aconteciendo y que es la causa de la secularización de las conductas. Piensan que se debe reprimir con más austeridad y más acentuación de las prácticas espirituales. En el mejor de los casos, se debe reaccionar con mayor formación espiritual y profesional-intelectual y prestando más atención a los hermanos jóvenes por parte del director de la casa. El padre Lebon manifiesta su preocupación en el Capítulo general de 1920, ante «el nuevo peligro» que es la «invasión del espíritu mundano» en las comunidades, cuyos síntomas son la frivolidad y la disipación. Por primera vez, Lebon habla de la *secularización* y de sus efectos sobre la perseverancia de los religiosos. De hecho, en la década 1910-1920, habían abandonado la Compañía 394 religiosos (habían ingresado 694), a un promedio de 39 defecciones por año. El Capítulo general recordó a

los Directores, capellanes y predicadores de ejercicios, vigilar y tratar de la oración (mental) y del examen particular en las conferencias religiosas, las instrucciones de retiros y las glosas (estatuto V).

También, frente a la petición de algunas mociones de revisar la práctica del capítulo de culpas, el Capítulo mantuvo su ejercicio, como medio para «intensificar el espíritu sobrenatural en las comunidades, que es preciso intensificar» (estatuto VI).

También el Buen Padre Hiss, inmediatamente después de la guerra, ya señaló estos cambios socio-culturales en la circular de 22 de enero de 1921, de presentación de las actas capitulares de 1920.

Después de haberos notificado los estatutos del Capítulo general, me parece oportuno, queridos hijos, dirigiros algunas recomendaciones destinadas a reafirmar entre vosotros la observancia regular, según los informes de los Provinciales presentados al Capítulo, que nos han hecho sentir esta necesidad³⁹.

Hiss llamaba la atención sobre aquellos puntos más importantes relativos a los votos, la economía, el ejercicio de la autoridad, la puntualidad, el silencio y la fidelidad a la vida común, que eran relegados en la práctica cotidiana de los religiosos y comunidades. Subyacía la preocupación por defenderse «con energía contra el *espíritu del mundo*» y poner la mayor insistencia en la observancia de los diversos aspectos de la regla.

Numerosas razones nos fuerzan a hacer, en este momento, un esfuerzo general para reavivar en nuestra Compañía lo que nuestras *Constituciones* llaman «su primer fervor y su primer espíritu» (art. 367).

Para el padre Hiss, estas negligencias se debían a los largos años de «persecución» en Francia y a las «profundas perturbaciones causadas en el mundo entero por el contragolpe de la guerra». La guerra era vista como la fuente de todos los males: había hecho aumentar en exceso el número de defecciones; había obligado a contratar personal femenino para el servicio doméstico de las casas y, a consecuencia del aumento del coste de la vida, de las perturbaciones financieras y de las pérdidas materiales, era necesario economizar para mantener las casas de formación. En la circular siguiente de 29 de marzo de 1921, *Nuestra separación del mundo*, volvió sobre los mismos pasos. La nueva sociedad de masas se guiaba por una conducta utilitarista (*pratique*) e individualista, que solo buscaba «la satisfacción del egoísmo». Era una cultura profana, contra la que había que reaccionar para no sucumbir a su «contagio».

³⁹ J. HISS, circular de 22 de enero de 1921, presentación de las actas capitulares de 1920, p. 20.

Se perdía el sentido religioso por efecto del «virus de la mundanidad» y, para «escapar a esta epidemia reinante», había que poner el escudo de las reglas de reserva y vigilancia, y practicar todos los medios de la vida espiritual. El debate para restaurar la disciplina conventual se hará recurrente en toda la década de los «felices veinte».

El padre Sorret calificó de «hedonismo» los nuevos comportamientos religiosos. Es decir, comportamientos mundanos contrarios al rigor ascético de la vida religiosa, que se manifestaban en abusos contra las normas mandadas por las *Constituciones*. Los superiores fueron conscientes de que

el mundo ha evolucionado significativamente, desde la fundación de nuestra Compañía y continúa evolucionando a un ritmo siempre más acelerado. ¡Qué diferencia externamente entre la vida de nuestras primeras comunidades, incluso de nuestras comunidades de hace cincuenta o veinticinco años, y la vida de nuestras comunidades actuales!

Así exclama Lebon ante los capitulares generales de 1933. El debate que se estable, entonces, es el de la necesaria adaptación de un concepto de vida religiosa formada en el siglo XIX a los nuevos usos sociales de la sociedad urbana y de masas.

Pero adaptarse –explica Lebon– no significa degenerar. Tradición y progreso, lejos de excluirse, se suponen. Se debe permanecer fiel al pasado acentuando el movimiento hacia delante. Se puede ser muy religioso y muy moderno. ¿Cómo?⁴⁰.

En este «cómo» se centró el debate. Para Lebon consistía en

aferrarse a los grandes principios de la vida religiosa y atreverse a proseguir las nuevas iniciativas. Se trata de incorporar todos los elementos sanos del progreso en vista al fin a alcanzar, la gloria de Dios, el honor de María, la salvación de las almas, eliminando todos los elementos peligrosos.

Elementos que para Lebon son los componentes del hombre masa: el espíritu de independencia, de banalidad (*jouissance*), de curiosidad (p. 48). En la corrección de los abusos se usarán medidas disciplinares, pero, ante todo, los superiores seguirán un programa de fortalecimiento espiritual, porque, como afirma Lebon:

Cuanto más agitada es nuestra vida exterior, más debemos fortificar nuestra vida interior, de manera que nuestra acción externa no sea sino la expansión de la fuerza interior (p. 48).

La reconstrucción material de los países beligerantes necesitó una enorme inversión de capitales y de medidas políticas para estabilizar las monedas nacionales. Esta recuperación del capitalismo propició una oleada de bienestar generalizado, que caracterizó la vida de los «felices veinte», sobre todo en Estados Unidos. La emigración rural provocó el crecimiento de las ciudades, que ahora se convierten en los centros de decisión cultural y económica. Las revoluciones técnicas dan origen a las formas de vida cotidiana, de ocio y de bienestar propios de la vida urbana, que la hace más atractiva que la vida tradicional y rural. En los años veinte asistimos a la divulgación de la radio, el cinematógrafo, la máquina de escribir y el teléfono, la popularización del fútbol y del deporte en general como ocio y elemento aglutinante de los grupos sociales y de la identidad de los países, los automóviles, los viajes, las excursiones y los baños en las playas; aparecen las primeras máquinas para las tareas domésticas y se populariza

⁴⁰ H. LEBON, *Chapitre général de 1933. Rapport de l'Office de Zèle*, p. 47, en AGMAR, 05.2.2.

el concepto del confort en el hogar. Comienza a configurarse la nueva cultura de masas, en la que las nuevas rotativas cambian el concepto de la prensa, que pasa a ser más de información que de opinión y, por lo tanto, más atrayente para la lectura de un público consumidor. La difusión masiva de los periódicos los convierte en soporte de la publicidad y estímulos para el consumo de los nuevos espectáculos de masas: el cine y los deportes.

Todos estos cambios contribuyen a crear las formas de vida características del siglo XX en múltiples aspectos de la vida privada y social: por ejemplo, el vestido, que evoluciona hacia formas más funcionales. La burguesía –cuyos principios y valores han sufrido un profundo desprestigio por causa de la guerra que ella ha provocado– va perdiendo sus pretensiones de asimilarse a la aristocracia y adopta modas y costumbres más uniformadas con el proletariado urbano. Los hombres abandonan las levitas y tabardos decimonónicos, los sombreros de copa y las solemnes barbas, y ahora visten chaqueta, fuman cigarrillos y aparecen afeitados. Las mujeres visten faldas cortas, fuman en público, practican deportes y lucen trajes de baño en las playas. El voto femenino y el trabajo fuera del hogar, en comercios, oficinas y en fábricas, y el acceso a la segunda enseñanza y a la universidad se extiende cada vez más. Se divulgan los viajes en tranvía y tren, y el automóvil invade las calles de la ciudad.

Lógicamente, todos estos cambios socio-culturales van a impactar sobre los comportamientos de los religiosos marianistas, cuyo porte de seglar y el contacto profesional con alumnos, padres de familia y autoridades académicas y civiles les hace recibir la influencia directa de estas nuevas formas de vida. Los superiores provinciales y generales lo denunciarán y lo perseguirán, pensando que se trataba de una relajación y de infracciones a la regla. En el fondo, se estaba produciendo un profundo cambio de orden cultural. El derrumbe de los valores burgueses arrastró consigo la disolución del concepto decimonónico de la religión entendida y vivida como orden y regularidad, para iniciarse una vivencia religiosa más personal y plural. Pero este proceso suponía el inicio de la lenta erosión de las *Constituciones* del padre Simler y de todo el reglamento legal que las acompañaba. Ya el provincial español, padre Domingo Lázaro, en su Memoria al Capítulo general de 1920, se hacía eco de estos cambios en el comportamiento de los religiosos de su provincia. También el Asistente de Celo, padre Lebon, se refirió a ello y el Buen Padre, José Hiss, los destacó con fuerza en la circular que daba a conocer las actas capitulares⁴¹.

El padre Lebon reconocía que, si la guerra había aumentado en los religiosos el sentido del ahorro y la austeridad, sin embargo había aumentado en las comunidades el servicio femenino para las labores domésticas. Lamentaba que aparecieran nuevos gastos en la vida cotidiana, tales como el desayuno de café con leche en vez de las campesinas sopas de vino con pan; por supuesto, denostaba el «abuso del tabaco» entre los directores y sacerdotes, puestos más en relación con los seglares. Los religiosos se ven sometidos a una mayor «sobrecarga de deberes profesionales», que va en detrimento de la vida espiritual. Para descansar del trabajo escolar, hacen uso de las formas del moderno ocio de masas: el cine, los juegos deportivos y espectáculo del fútbol y *baseball*, el uso de la fotografía y la lectura de la prensa diaria. En fin, el mal que ahora sufre la Compañía de María, y que constituirá el gran peligro en la década entrante, es el «debilitamiento del espíritu interior», concluye Lebon en su Informe al Capítulo general

⁴¹ A. GASCÓN, *Compañía de María (Marianistas en España)*, o. c., vol. I, pp. 428-437; D. LÁZARO, *Rapport décennal pour le Chapitre de 1920* -Memoria sobre la provincia de España, en AGMAR, 03.2.3; J. HISS, Circular (22, I, 1921) con las actas del Capítulo general de 1920; P. MARTÍNEZ DE MURGUÍA, Memoria al Capítulo provincial de 1.2-I-1927, apartado III, «Vigilancia de los sentidos», en AGMAR, 074.2.22.

de 1920. Y el remedio que ve consistirá en «cerrar filas y reforzar la disciplina religiosa», es decir, reforzar el reglamento y la regularidad⁴².

El Capítulo hubo de tomar medidas contra el nuevo consumo de bienes materiales, recordando la práctica de la pobreza (estatuto I). Aunque permitió el uso popularizado de reloj de cadena (estatuto II) y disminuir el número de ayunos obligatorios durante los días lectivos, por ser ya suficiente ascetismo el trabajo escolar, se mantenían los ayunos de regla en los períodos de vacaciones (estatuto VII); pero, recordó los reglamentos de los Capítulos de 1858 a 1905, que prohibían el consumo del tabaco de fumar como impedimento para «la admisión a la profesión perpetua» (estatuto IX); también se oponía al uso de gafas con monturas de oro o de plata (estatuto X); aunque hubo que tolerar en las grandes comunidades la lectura de un periódico diario local, «en razón de la necesidad de noticias (locales) para ciertos religiosos», independientemente de la suscripción a un diario de tirada nacional, que ya había estado permitido por el Capítulo de 1910 (estatuto XI). Los estatutos disciplinarios continuaron apareciendo en el siguiente Capítulo general de 1923.

Pero estos pequeños gastos personales no afectaban tanto a la economía marianista cuanto a los sentimientos de los religiosos, porque los grandes gastos provenían de las inversiones necesarias para ampliar las obras y las casas de formación. En efecto, durante los años de la guerra y la reconstrucción de los países beligerantes no se había podido disponer de recursos financieros. Mientras tanto, las instalaciones docentes marianistas y los inmuebles de las casas de formación se habían deteriorado, al tiempo que se incrementó el número de alumnos y de candidatos a la vida religiosa. A mediados de la década se hizo urgente ampliar los locales escolares, renovar el mobiliario escolar, comprar terrenos y construir nuevos pabellones y campos deportivos, renovar las instalaciones higiénicas, agrandar y mejorar las casas de formación para hacerlas más confortables; también necesitaban ser renovadas las habitaciones privadas y comunes de los religiosos. De esta forma, todas las provincias se vieron obligadas a hacer grandes inversiones económicas para comprar terrenos y elevar nuevas construcciones. Los religiosos ven este movimiento de capital y de obras, y, mientras que los ancianos piensan que se ha perdido el sentido de la pobreza religiosa, los jóvenes creen encontrarse en medio de la opulencia. El señor Gaehtlinger, reconoce ante el Capítulo general de 1928:

Se oye decir a veces que la expresión «economía» no tiene entre nosotros el significado que tenía para nuestros mayores. ¡Puede ser! (...) ¿Es esto un bien? ¿Es un mal? (...); siguiendo cada uno su temperamento, unos irán más allá, mientras que otros permanecerán más acá⁴³.

La tendencia al bienestar no se podía contener por vía de sanción, pues no se trataba de faltas a la disciplina sino de comportamientos creados a consecuencia de la guerra y que afectaban a dimensiones profundas de la cultura y de las conciencias. El Asistente de Celso, Lebon, los denomina «abusos» contra las normas mandadas por las *Constituciones*, pero el padre Sorret se da cuenta del significado profundo de estos cambios y lo señala en su circular n. 3, de 18 de abril de 1923, donde expone los estatutos de aquel Capítulo en el que había sido elegido para dirigir la Compañía de María. Explicando el estatuto II, relativo a las medidas a seguir para asegurar la perseverancia de los religiosos jóvenes, enseñaba que la crisis de vocación que se da en

⁴² H. LEBON, *Rapport de l'Office de Zèle*, en AGMAR, 03.3.2.

⁴³ E. GAEHLINGER, *Chapitre général de 1928. Rapport du 3^e Assistant...*, p. 36, en AGMAR, 04.1.5.

los primeros años de vida religiosa y las defecciones son «más frecuentes en nuestros días» (p. 36). Y explicaba que el motivo se encuentra en la guerra, que

ha cambiado tan profundamente el mundo y ha actuado sobre ciertas almas y en ciertos ambientes, por una suerte de desorganización de la conciencia moral y de la voluntad, y por un inmenso deseo de disfrutar y gozar la vida.

La misma reflexión aparece en el comentario del estatuto XIV, *Abnégation*, en el que Sorret hace notar que este ejercicio ascético de la vida religiosa

ha venido a menos en nuestros días, donde parece que las convulsiones de la posguerra son como la manifestación de un deseo desenfadado de *laisser-vivre*, de independencia y de placer (p. 90).

Sorret se ha percatado que la guerra ha provocado el derrumbe de los valores burgueses del trabajo, el esfuerzo, la ganancia material, la autoridad y el orden, desacreditados como una ideología de poder y de violencia, que ha dejado en los campos de batalla trece millones de muertos. Tras el desastre de la guerra, excombatientes y jóvenes quieren disfrutar la vida. Se difunde, así en la sociedad un escepticismo hedonista, que también se introduce entre los religiosos. Pero esta actitud no podía compaginarse con la vida religiosa, cuyos valores profesados eran

la renuncia, la fuerza del alma, la acción enérgica para santificarse reformándose a sí mismo y entregándose a las tareas del apostolado y, todo esto, no por un día o un impulso pasajero, sino para toda la vida y bajo la disciplina de una regla y de una autoridad (p. 36).

Estaba claro que los superiores marianistas compartían el pensamiento del papa Pío XI y, como él, insistirán en el cultivo de la vida espiritual y en la formación académica para venir a ser religiosos ejemplares ante sus alumnos y excelentes profesionales que llevan el Reino de Cristo a todas las almas.

Las consecuencias de la guerra tuvieron un extraño efecto sobre la perseverancia vocacional de los religiosos con votos perpetuos. El padre Lebon, en su informe al Capítulo de 1933, hizo notar cómo en el quinquenio 1928-1932 la perseverancia de los religiosos temporales había descendido del 73 % del período anterior al 57 %⁴⁴. En su opinión, ello se debía al hecho que durante los años veinte se habían recibido en los postulados los niños que habían sufrido los horrores de la guerra y las penurias de la posguerra, situaciones que habían generado individuos con graves carencias psicológico-morales. Una vez profesos, la nueva cultura urbana de los modernos medios de comunicación (periódicos, revistas, radio, cine) y la implantación de nuevas costumbres sociales (reuniones de sociedad, viajes, salidas) hacían perder el espíritu religioso a estos sujetos de poca resistencia psicológica, que Lebon describe como «mediocres, tibios, mundanos, irregulares, criticones y desobedientes» (p. 14). Parte de la culpa residía en los directores de las casas, que no vigilaban para preservar las almas de sus súbditos. Era inaceptable que ciertos religiosos se permitieran libertades en materia de pobreza, dispusieran de total autonomía para salir de casa sin permiso del director, ignoraran prácticamente el silencio, no se sintieran obligados a preparar sus tareas escolares en la sala de estudio de la comunidad, recibieran y expidieran correspondencia personal sin control del director, faltaran a la oración común y al examen de conciencia, dedicaran más tiempo a leer revistas y diarios que a la lectura de

⁴⁴ H. LEBON, *Chapitre général de 1933. Rapport... de Zèle*, pp. 13-15, en AGMAR, 05.2.2.

libros de espiritualidad o vidas de santos. Se trataba de comportamientos que vaciaban de contenido la vida interior. Vivir así «sería no comprender la importancia de la disciplina de una Sociedad religiosa» (p. 46). «La negligencia de estos puntos de la Regla podría dar en rigor buenos cristianos, pero jamás verdaderos religiosos».

Lebon comprende que no se trataba de simples comportamientos desviados, sino de una realidad cultural profunda, «de eso que se llama la *sécularisation*» (p. 47), que un poco por doquier se extiende «bajo la influencia del espíritu del mundo, espíritu de independencia, de sensualidad, de curiosidad, de disipación». Ante esta situación, la «misión propia» de los superiores, con el concurso de los buenos religiosos, debía ser trabajar para corregir estos comportamientos no constitucionales, a fin de que no llegaran a alcanzar «el estado de usos legítimos». Porque de continuar por este camino, se llegaría no tener «verdaderos religiosos». Y este fue el objetivo de fondo en el gobierno de Sorret –«llegar a ser buenos religiosos»– en medio de un debate que surge en torno a la necesidad de adaptar los usos y costumbres del estado religiosos marianista configurados en el siglo XIX a los cambios sociales y culturales de la nueva sociedad urbana y de masas, que se va gestando después de la primera guerra mundial.

Dado que la levita decimonónica era el símbolo de aquel modelo de vida religiosa procedente del siglo XIX, esta prenda del vestuario característico del marianista se convertirá en campo de discusión entre los jóvenes religiosos y los defensores de las tradiciones de la Compañía de María. En el Capítulo de la provincia de Cincinnati del año 1919 los capitulares pidieron permiso a la Administración general para cambiar el traje de levita de los religiosos docentes por un «traje de corte príncipe Eduardo», es decir, de chaqueta cruzada, que se consideraba más en concordancia con las modernas formas del vestido masculino. Dos intenciones había debajo de esta petición. Una era abandonar las formas externas de la tradición francesa con las que la Compañía de María se había fundado y desarrollado en Estados Unidos. En este sentido hay que hablar del progresivo proceso de americanización de los religiosos norteamericanos, que se va a acelerar a lo largo de los años veinte. Y una segunda intención era la de prestigiar la función socio-ecclesial del religioso docente, con la finalidad de suscitar vocaciones religiosas entre sus alumnos. Para ello, había que ofrecer el modelo de un religioso educador más en sintonía con los tiempos, tanto en sus conocimientos como en su porte externo. De hecho, el informe a la Administración general argumentaba que no solamente los religiosos jóvenes rehusaban hacer el paseo semanal vestidos de levita, sino que el antiguo traje resultaba un impedimento para atraer vocaciones y era una de las causas de algunas defecciones⁴⁵.

Consecuentemente, en el Capítulo general de 1920 se debatió sobre el traje de los religiosos marianistas, que afectaba a los artículos 198 y 199 de las *Constituciones* revisadas con el nuevo código de derecho canónico. Estos artículos prescribían que el traje de un religioso marianista «se diferencia poco de los de los seglares» y que es competencia del Superior general autorizar las modificaciones necesarias, caso de que «el traje adoptado ofreciese inconvenientes serios en algunos países». Sin emitir un estatuto especial, el Capítulo mantuvo la levita tradicional como distintivo del marianista, pero permitió que en algunas circunstancias se pudiera llevar la chaqueta; pero la decisión estaba reservada a la Administración general. En virtud de este criterio del «doble traje», a lo largo de la década de los veinte la discusión a favor del traje de chaqueta se extiende entre los religiosos de Estados Unidos, España, Suiza, Bélgica, Alemania y Austria. Así, en 1921 la Administración general concedió a los religiosos norteamericanos autorización para vestir chaqueta fuera de las clases y de la residencia

⁴⁵ *Provincial Chapter, Province of Cincinnati 1919*, en AGMAR, 080.08.082; *Provincial Chapter, Province of Cincinnati 1922*, en AGMAR, 08.2.3; CH. KAUFFMAN, *o. c.*, p. 158.

de la comunidad, pero tanto la chaqueta como el chaleco debían ir siempre abotonados. El uso público de la chaqueta fuera de las dos funciones propias del estado religioso marianista significó un paso más en el proceso de adaptación al modo de vida americano⁴⁶.

En España, la discusión por el traje religioso salió a la luz en el Capítulo provincial de septiembre de 1921, a petición de los religiosos del colegio del Pilar de Madrid, que también se quejaban de que era una prenda de vestir en desuso. Pero el provincial Domingo Lázaro se manifestó contrario, afirmando que la levita es, en tanto que un traje religioso, un hábito, el cual es para el religioso un memorial de su estado.

Perderlo sería perder o disminuir públicamente nuestra identidad de religiosos ante nuestros alumnos, que pensarían que nos da vergüenza aparecer como tales.

El padre Lázaro temía que esta conquista fuese el primer paso en un proceso de secularización en la vida de los religiosos:

Se trata de una conquista cuya fase primera ha terminado, pero con miras a seguir por el camino de la libertad. Tiemblo por los posibles peligros personales. [Por lo tanto,] vale más una concesión regulada, que una irregularidad viciada⁴⁷.

La polémica por el traje alcanzó su mayor exasperación en 1928. El Buen Padre Sorret, apelando al argumento de la costumbre, consideraba que una concesión de este género «sería muy grave, pues cambiaría la tradición de la Compañía desde sus orígenes». «¿Hay razón para cambiar?», se preguntaba. Sorret mantiene la levita, porque identificaba al marianista, lo separaba y protegía del medio social en el que desempeñaba su tarea docente: «Nos da gravedad en el porte, austeridad, más dignidad y nos protege más que la chaqueta». Era claro que en Europa la levita significaba lo contrario que en Estados Unidos. En España la solución definitiva vendrá en el Capítulo provincial de 1929, autorizando el uso de la chaqueta cruzada en color negro. La decisión fue aprobada por el Consejo general en sesión del 16 de enero de 1929. Los Estatutos capitulares autorizaban a llevar fuera de casa la chaqueta, según un modelo uniforme. Se acompaña de corbata negra, chaleco y sombrero flexible en color negro. Pero se recuerda que se vestirá la levita siempre dentro de la comunidad y en las ceremonias religiosas. La misma concesión se hizo en 1932 a los religiosos de Italia y al año siguiente a los del Japón. En Bélgica, Suiza (salvo en Friburgo y en Montreux) y en Austria se vestía siempre la levita. En Francia, donde los religiosos debían esconder su condición, los hermanos vestían un hábito modesto de color oscuro. En el Capítulo general de 1933 el padre Lebon sostuvo la necesidad de «reaccionar contra la tendencia de algunos religiosos a llevar vestidos mundanos o de fantasía»; por ello, la levita y el chaleco, «nuestro vestido tradicional» y «nuestro hábito religioso», debían ser llevados siempre dentro del establecimiento religioso, según prescribían las *Constituciones* (a. 351) y el código de derecho canónico, con espíritu religioso y de penitencia⁴⁸.

Pero la concesión no acalló las voces disconformes, sino que se prolongó hasta los años previos a la segunda guerra mundial, absorbiendo las energías de religiosos y superiores. De hecho, en el Capítulo de 1939, el Asistente de Celo, padre Francisco

⁴⁶ *Capítulo general de 1920, Proceso verbal*, n. 48, en AGMAR, 08.2.1.

⁴⁷ Dossier sobre la levita en la provincia de España en el Capítulo provincial de 1928, cf. AGMAR, 074.2.3. Existe una Nota de la AG «sobre la cuestión de la chaqueta en España», con la historia de la polémica desde el Capítulo provincial de 1926. Lázaro a Superior general, 1-IX-1921, en AGMAR, 074.2.16.

⁴⁸ H. LEBON, *Chapitre général de 1933. Rapport de l'Office de Zèle*, p. 9, en AGMAR, 05.2.2.

Jung, de mentalidad rigorista, volvió sobre el mismo tema. Reconocía que el abandono por parte de algunos religiosos de la tradicional levita se remontaba a la secularización forzada en Francia en 1903, cuando los religiosos tuvieron que disimular su condición; luego continuó bajo las condiciones impuestas por las guerras y las persecuciones religiosas. Jung calificaba este comportamiento de *mondanité* y compartía el criterio que la levita salvaguardaba al religioso de la «invasión del espíritu del mundo». En fin, consideraba esta situación como un *grand dommage*, que afectaba sobre todo a los jóvenes que, siguiendo las mentalidades del momento, preferían los trajes de color; pero también había religiosos que buscaban no ser públicamente reconocidos como tales. Algunos directores favorecían esta situación y el celoso Asistente afirmaba que «esto es un abuso contra el cual es necesario reaccionar absolutamente». Para ello, los directores debían actuar contra estas tendencias «sin debilidad y sin falsa complacencia»⁴⁹. A su insistencia, el Capítulo dictaminó el estatuto V sobre el traje religioso. Era obligatorio llevar el hábito prescrito por la regla (a. 201) y el código de derecho canónico (c. 596), a menos que a juicio de los superiores fuese impedido por razón grave. En las regiones donde estaba autorizado llevar traje negro fuera de casa, el vestido debía ser completamente negro y lo más uniforme posible. Los hermanos jóvenes eran instados a «atenerse a su hábito religioso y a no tener miedo de ser reconocidos, siempre y por todos, como religiosos».

Con este estatuto capitular quedó zanjado el debate pero no el problema. En efecto, la progresiva expansión de las formas de vida urbana y de la cultura de masas era la causa más profunda para mantener viva la petición de los religiosos de cambiar la levita por la chaqueta o americana. De hecho, entre los capitulares generales de 1939 se encontraban religiosos que vestían la chaqueta corta americana, cruzada y de color negro. Terminada la segunda guerra, la levita fue abandonada en toda la Compañía; en su lugar el Capítulo general de 1946 ordenó vestir chaqueta americana de color negro como nuevo traje religioso del marianista laico.

La discusión en torno a la levita burguesa era un síntoma de cómo tras la primera gran guerra habían desaparecido los presupuestos del liberalismo y del capitalismo de la primera revolución industrial. Se estaba formando una nueva comprensión más social del capital y del trabajo. Nuevas formas de energía –petróleo y electricidad– sustituían al carbón y al vapor. Aumentaba la producción y se ampliaba el consumo entre las clases trabajadoras de la ciudad.

La ola de bienestar material se extendió, sobre todo, en las provincias de España, cuyo país se había mantenido neutral durante la guerra, y las dos de Estados Unidos, país alejado del escenario de la guerra. La prosperidad económica y el desarrollo de los establecimientos escolares en España y Estados Unidos generaron cambios en la vida privada y colectiva del religioso marianista. Las admoniciones de los Capítulos provinciales sirvieron de poco. A lo largo de toda la década –prácticamente hasta los efectos de la depresión económica de 1929, seguido de los difíciles años de los regímenes totalitarios y de la violencia política previa a la segunda guerra mundial– los religiosos desean adecuarse al bienestar material y a las formas de vida de la moderna sociedad de masas. Los provinciales denuncian la infiltración entre los religiosos de talentos vitales cada vez más cercanos a la mentalidad y formas de las sociedades modernas. Si en la sociedad surge un sentido más democrático en el ejercicio del gobierno, esto influirá sobre la vivencia de la obediencia religiosa. Sus síntomas se manifiestan, señala el padre Domingo –provincial de España–, en «las críticas a la autoridad», «un individualismo irritable, poco disciplinado de una cultura insuficiente

⁴⁹ F. J. JUNG, *Chapitre général de 1939. Rapport de l'Office de Zèle*. p. 15, en AGMAR, 06.2.1.

del sentido de la jerarquía y de las responsabilidades sociales». Su sucesor, padre Gregorio Martínez de Murguía, advierte al Capítulo provincial de 1926 que «el espíritu de crítica y rebeldía contra la autoridad» va unido al «espíritu materialista de la vida y espíritu mundano». El siguiente provincial, padre Gordejuela, afirmaba que los religiosos entendían el derecho a voto para los Capítulos como «conquista de la democracia en el sentido del voto personal e igualitario sin imposición de ninguna clase». No es que sea una situación grave, pero estos comportamientos causan mella en los religiosos perpetuos, que reclaman compensaciones a su duro trabajo docente, y sobre todo afectan a los religiosos jóvenes. «Jóvenes salidos de un medio social rural y analfabeto, caen en un medio urbano, culto y distinguido y quedan fascinados».

La abundancia de jóvenes religiosos en las comunidades favorecía la entrada de las nuevas mentalidades sociales, de «cierto americanismo», como lo denominaba el provincial español Martínez de Murguía. Son jóvenes con títulos universitarios, para los que ciertos capítulos de la regla (sobre el silencio, la guarda de los sentidos y sobre el vestido) están anticuados. Ciertos usos de la vida monástica y conventual van cayendo en desuso o son contestados. En ciertas comunidades se abandona la lectura en las comidas y en otras se lee el periódico para evitar inconvenientes. Por el contrario, se imponen otros comportamientos sociales cada vez más difundidos, como es el tabaco, «ese gran mal, difundido entre los superiores, incluso sacerdotes y ecónomos». El padre Murguía estimaba que estos comportamientos minaban las tradicionales prácticas de la vida espiritual; se oponía a la difusión de la radio porque atentaba contra la «vigilancia de los sentidos» y la concentración del religioso en el silencio; y también en lo que se refiere a la lectura de la prensa escrita. Murguía repite con insistencia que los religiosos tienen como ideal la satisfacción de las necesidades materiales y la pérdida del sentido de la ascesis religiosa, sobre todo en las grandes ciudades. Se difunden nuevos usos recreativos, como los baños en las playas y las nuevas actividades deportivas al aire libre. La circular del padre Martínez de Murguía del 23 de enero de 1931 advierte a los religiosos contra los «baños de sol, hoy tan de moda, no sin peligro para la decencia y la moral cristianas»; porque «se oponen en absoluto al art. 46 de las Constituciones», relativo al voto de castidad y en el que se enseñaba que «el religioso, aun estando solo, permanece decentemente cubierto, esto es, completamente vestido». Por lo tanto, los baños de sol «en las playas solo podrán aprobarse por prescripción médica».

Una segunda franja de fricción de la vida religiosa con la vida seglar lo constituían los viajes en tren. Viajes muy extendidos a causa de los frecuentes cambios de comunidad, desplazamientos de verano para los retiros anuales, visitas a la familia y desplazamientos de los escolásticos hasta las ciudades en donde estaban las universidades, facultades y demás centros de estudio en que debían pasar los exámenes. En la provincia de España, la cuestión se planteó en el Capítulo provincial de 1921. Era la práctica de los marianistas viajar modestamente en tercera clase, entre las gentes más pobres del campo y del servicio doméstico. Entre estos grupos sociales los religiosos asisten a espectáculos poco edificantes, incluso indecentes y groseros, que frisaban la inmoralidad. Llegaba a darse la bochornosa circunstancia de que en ocasiones los alumnos que viajaban con sus padres en la primera clase del mismo tren venían a saludar a sus profesores marianistas, los cuales viajaban en tercera con las criadas y personal de servicio de las casas de estos alumnos. La petición de viajar en segunda clase fue denegada por el Superior general. Al año siguiente retorna la misma solicitud. El Consejo de la Administración general, en su sesión del 11 de octubre de 1922,

respondió con una perífrasis legal, para que, sin conceder formalmente la autorización, se tolerara el uso⁵⁰.

Otro fenómeno social que se divulga entre las masas urbanas y que también afecta a los propios religiosos es el deporte, en especial del fútbol, como forma de ocio. El provincial español, Domingo Lázaro, lo señala en el Capítulo provincial de 1923. Allí comenta en su Memoria:

No puede menos de reconocer que las preocupaciones deportivas vienen adquiriendo una intensidad ya llamativa y absorbente que desentona con profesionales de la Religión y de la educación, y han sido maliciosamente notadas y comentadas por los mismos alumnos con detrimento del prestigio y estimación de los interesados⁵¹.

El padre Domingo ve con preocupación las nuevas formas de ocio, porque están afectando a la vida religiosa marianista en su nivel más profundo, pues se inculca una mentalidad secularizada, con la consiguiente disminución de las prácticas religiosas, dando lugar a un tipo de persona menos interior y más superficial. Reconoce que

si es lícito y hasta conveniente interesarse con moderación en estos juegos, sería impropio y seriamente peligroso dejarse preocupar por ellos ocupando la imaginación y la memoria con datos tan detallados como inútiles y perdiendo un tiempo que hemos consagrado a Dios y que debemos emplear en nuestra mayor formación religiosa y profesional.

Pero las medidas de control tendrán poca eficacia, pues se trata de un movimiento global de la sociedad, que afecta a la totalidad de la Compañía de María, por lo que fue tratado en el Capítulo general de 1923 y formó parte de sus documentos en el estatuto XV. A pesar de todos los reparos, el deporte entró a formar parte de la vida de los religiosos a través de su incorporación en la actividad docente en los colegios marianistas⁵².

En las provincias de Cincinnati y San Luis el desplazamiento de la actividad docente de los marianistas hacia los establecimientos de segunda enseñanza influyó en el cambio de los estilos de vida, sobre todo de los jóvenes religiosos, porque teniendo que asistir a centros universitarios para obtener los grados académicos que les capacitaran para impartir docencia en las *high schools* y en los *colleges*, trataban con los compañeros de clase –muchos de ellos mujeres– con los que compartían la misma mentalidad. Era evidente que los jóvenes religiosos, pertenecientes a la segunda y tercera generación de inmigrantes, estaban plenamente identificados con la mentalidad de su tiempo y la plena inserción en la sociedad americana. Los superiores expresaban sus inquietudes por las mentalidades y estilo de vida de sus jóvenes hermanos, a los que consideraban secularizados y ajenos a las formas tradicionales del recogimiento, la austeridad y la reserva en la vida religiosa. En el Capítulo de 1919 de Cincinnati, los capitulares señalaron

la inclinación de los hermanos jóvenes a tratar con las alumnas mayores de los cursos superiores de segunda enseñanza y de los cursos universitarios, y con los demás jóvenes en general. En numerosas defecciones de los pasados años, la atracción sexual había sido un factor decisivo en la mayoría de los casos.

⁵⁰ Petición del Capítulo provincial de España, de 1922 y respuesta de la Administración general, del 11-X-1922, en AGMAR, 074.2.17.

⁵¹ El XXII Capítulo provincial, del 8.9-IX-1923, Actas en AGMAR, 074. 2.18.

⁵² F. K. (François Kieffer), «Sports et sportifs», en *L'Apôtre de Marie*, n. 169 (III-1925), pp. 394-399; *L'Apôtre de Marie* n. 170 (IV-1925), pp. 444-449.

Era preciso terminar con estos comportamientos; en particular, el Capítulo provincial de 1922 advertía que «las indiscriminadas idas y venidas en automóvil con mujeres es un abuso que se debe condenar enérgicamente»⁵³.

En el Capítulo de Cincinnati de 1924, el provincial, padre Lorenzo Yeske, presentó un duro informe, en el que advertía de los peligros de

la tendencia entre nuestros jóvenes hermanos a buscar la popularidad entre sus alumnos asumiendo comportamientos mundanos, tomando giros del habla popular en sus conversaciones e interesándose por el mundo del deporte. Si continuamos así, tolerando la música jazz, las canciones de amor y los discos de música despreciable, y la lectura de novelas y revistas con asuntos sexuales, la vida religiosa se banaliza (*jazzed*) y se ponen en peligro la vocaciones.

Continuaba el provincial anotando que

es cierto que tenemos que estar a la altura de los tiempos y progresar con ellos; que las relajaciones ocasionales son evitables (tales como los permisos para escuchar los programas de radio después de la oración de la noche), pero hemos de temer las innovaciones de naturaleza mundana y desaprobadas, porque minan peligrosamente la disciplina religiosa⁵⁴.

En definitiva, este nuevo fenómeno se debía a una mayor adaptación de los religiosos a las formas de vida moderna y a un nivel superior de la actividad docente de la Compañía en Estados Unidos, si bien en Norteamérica el fenómeno se debe poner en relación con el proceso acelerado de americanización de la Compañía y de la Iglesia católica a la sociedad americana. No obstante, este fenómeno social era difícil de percibir y los superiores provinciales lo juzgaron como secularización de la disciplina religiosa. Piensan que por vía del bienestar material y de una vida confortable se aposenta en los religiosos una mentalidad secularizada y una tendencia al hedonismo.

El Superior general Sorret hará uno de sus objetivos de gobierno el combate contra la secularización de las costumbres y de los actos de regla. Sus circulares sobre el cultivo de la vida interior, las virtudes morales (la fidelidad, la paz, la fuerza) y teologales (la esperanza en la providencia), la piedad filial al fundador, la estima por la vida religiosa y la educación cristiana, pretenden manifestar, antes que un reforzamiento del reglamento, la visión cristiana de la vida y alentar a los religiosos para que busquen la santificación por medio de todas las realidades que constituyen su vida religiosa, desde la vida espiritual hasta la tarea escolar. El modelo de varón cristiano y de religioso marianista será el patriarca san José, patrono de la Compañía. Durante el generalato del padre Sorret se pusieron los medios para vencer la batalla contra el hedonismo. Para ello, en los noviciados y escolasticados los jóvenes religiosos fueron formados en el gusto por el cultivo de la vida interior, lo que, unido a la insistencia por la misión escolar y el estudio, formó religiosos de fuerte carácter, fieles a las prácticas de la vida interior, identificados con su vocación y dedicados a las obras docentes de la Compañía.

Pero la situación comenzó a cambiar sensiblemente a partir de la crisis económica de 1929, que afectó a todas las naciones, clases sociales y, consecuentemente, a las obras y provincias marianistas. La caída de los valores en bolsa, la depreciación de las monedas, las masas de parados y la subida del precio de los

⁵³ CH. KAUFFMAN, *o. c.*, pp. 158-159.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 159.

artículos de primera necesidad generaron disturbios sociales y políticos. El padre Sorret, en su circular del 22 de enero de 1932, explicó a sus religiosos la gravedad de la crisis y llamó a la responsabilidad en el uso de los bienes, en el trabajo y a poner la confianza en Dios. Sorret supo orientar el significado de la crisis para hacer una llamada a la moralización de la vida y hacer reconocer a los religiosos el valor sobrenatural de la consagración a Dios por los votos. El Capítulo general de 1933, reunido en el contexto de la crisis económica mundial, recogió la enseñanza del Buen Padre y en su estatuto VII exhortaba a la «precaución a tener para preservarse del espíritu del mundo». Espíritu que ahora se infiltraba fácilmente en la clausura religiosa a través de la difusión de los medios modernos de comunicación: prensa, revistas, radio, y en la escuela con el cine, reuniones de sociedad, deportes, excursiones... Ante la asamblea capitular, el Asistente de Trabajo, señor Gaehlinger, apeló a la «reducción de gastos», a una práctica más estricta del «espíritu de economía», a la supresión radical de los «gastos inútiles» y a la reducción del «tren de vida en las casas marianistas», como ya hacían los Estados y se vivía en muchas familias.

Por fuerza de los efectos del *crack* de 1929, los religiosos comenzaron a cambiar de actitud y en la década de los treinta obedecerán a sus superiores y a las consignas de gobierno, en tal modo que se siente un mayor aprecio por la práctica de los ejercicios de piedad y el cultivo de la vida espiritual y la vocación religiosa marianista. Así, cuando surjan las persecuciones del totalitarismo nazista en la provincia de Austria-Alemania, del radicalismo liberal y anarquista durante la II República española contra las congregaciones religiosas, luego seguidos de los sufrimientos y muertes en la guerra civil española y la segunda guerra mundial, los religiosos manifestarán un fuerte sentido sobrenatural y gran fidelidad a los deberes de la regla.

En efecto, no se debe pensar que aquellos ligeros cambios de comportamiento en los usos y costumbres tenían sumida la Compañía en la indisciplina. Por el contrario, tras los esfuerzos doctrinales del padre Kieffer por crear en los religiosos responsabilidad profesional y estima por la consagración del estado religioso, junto con el fervor colectivo que suscitó la apertura en Roma de la causa del fundador, acompañado por las duras experiencias de persecución religiosa en España y Austria, se creó un sentido de estima por la vocación marianista. Al final de las dos décadas del periodo de entreguerras el padre Francisco José Jung afirmaba en su informe de Asistente de Celo, en el Capítulo general de 1939, que existía en toda la Compañía una sana rivalidad por el celo religioso y por la dedicación a la enseñanza⁵⁵. Lo mismo, en la práctica de la pobreza, donde eran raras las faltas graves, aunque Jung lamentara que algunas comunidades compraban automóvil y radio sin permiso. Pero las condiciones materiales de vida de los religiosos eran muy austeras, tanto en sus habitaciones como en las salas comunes, si bien en el vestido se imponía un estilo más mundano, en detrimento de la reglamentaria levita. Otros usos de la vida moderna se insinuaban en la vida comunitaria, como el consumo del café y del tabaco, y caían en desuso prácticas tradicionales de la ascesis monástica, como eran el silencio absoluto, la lectura en el comedor y el capítulo de culpas. El padre Jung enumeraba las faltas al tradicional concepto de vida religiosa comprendido en las *Constituciones* de 1881 y en el *Coutumier*: mayor trato con los profesores seculares, salidas de casa, viajes demasiado frecuentes, uso del automóvil, visitas a la familia entre los religiosos que vivían cercanos a sus padres, pérdida de tiempo en la lectura de periódicos y revistas.

Según el padre Jung, los religiosos jóvenes era el grupo más tentado por «el espíritu de independencia». Tales cambios en las conductas, sentidos como faltas a la

⁵⁵ Registro VII de los *Chapitres généraux* 1923, 1928, 1933, 1934, 1939 et 1940, sin paginar, en AGMAR, 08.2.2.

regla, eran consentidos, en opinión del padre Jung, por los directores y capellanes, carentes del sentido de sus responsabilidades y faltos de energía por respeto humano. Jung y los provinciales no veían otra solución que la reacción autoritaria: «Será necesario reaccionar contra esta tendencia» y someterse «al control de la autoridad». No es de extrañar que el primer estatuto capitular fuera dirigida a los directores, para recordarles su obligación de mantener la «observancia religiosa» contra las faltas y abusos a los reglamentos por causa de «la secularización, de la persecución y de la penetración del espíritu del mundo». Otros estatutos se movían en la misma línea: el estatuto III prohibía la posesión de dinero personal; el IV obligaba a restituir el dinero sobrante de los viajes, el VI prohibía asistir a espectáculos y el VII establecía las normas para el uso de la radio en la sala de comunidad bajo la vigilancia del director y solo con fines formativos y no recreativos. En fin, los superiores entendieron que los cambios de actitudes y costumbres de los religiosos eran abusos a la tradición religiosa marianista y no un reflejo de las mutaciones morales, políticas y sociales posteriores a la Gran Guerra. Por ello pensaron que los abusos se podrían sofocar apelando a la autoridad. Entre tanto, sobrevino la segunda guerra mundial y tras la paz apareció a las claras el nuevo mundo cultural que se venía gestando con anterioridad.